ASENSIO SAEZ

LIBRO DE LA UNION

BIOGRAFIA DE UNA CIUDAD ALUCINANTE

ASENSIO SAEZ

Libro de La Unión

BIOGRAFIA DE UNA CIUDAD ALUCINANTE

Premio «Diego Rodríguez Almela»

PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACION
MURCIA 1957

OBRAS EDITADAS POR EL PATRONATO DE CULTURA DE LA EXCELENTISIMA DIPUTACION

SOBEJANO ESTEVE, GONZALO.—*«Eco en lo vacío»*.—Poemas.—Premio «Polo de Medina» 1950.—Murcia, 1951, 91 páginas.

BERNAL SEGURA, JUAN.—*«Topónimos árabes de la provincia de Murcia»*.—Murcia, 1952, 234 páginas.

HOYOS RUIZ, ANTONIO DE.—*«La política de los Reyes Católicos, en Diego Rodríguez de Almela»*.—Premio «Rodríguez de Almela».—Murcia, 1952, 108 páginas.

BOSQUE CARCELLER, RODOLFO.—*«Murcia y los Reyes Católicos»*.—Premio «Francisco Cascales».—Murcia, 1952, 252 páginas.

CASTILLO-ELEJABEITIA, DICTINIO DE.—*«Argos»*.—2.ª edición.—Murcia, 1953, 318 páginas.

GARCIA ABELLAN, JUAN.—*«Amor, tu antología.*—Premio «Polo de Medina».—Murcia, 1953, 308 páginas.

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL "LA UNIÓN" (Murcia)

BIBLIOTECA REGIONAL
5156235

DHJ
84

tit: 3708

LIBRO DE LA UNION

OBRAS DE ASENSIO SAEZ

CUATRO ESQUINAS. 1950.
LA UNION, CIUDAD DEL SUDESTE. 1955.
LIBRO DE LA UNION. 1957.
LAS ESTATUAS SE MOJAN. En prensa.
TU Y LOS MUERTOS. Teatro. Inédita.
LA MALA LUNA. Cuentos. Inédita.

ASENSIO SAEZ

Libro de La Unión

BIOGRAFIA DE UNA CIUDAD ALUCINANTE

Premio «Diego Rodríguez Almela»

PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACION
MURCIA 1957

ILUSTRACIONES DEL AUTOR

RAZON

De La Unión se puede decir todo lo indecible. Tierra de paradojas y contradicciones ésta. Su historia es densa, poética, alucinante; sus personajes, fabulosos. Inmigración del XIX, como quien llega a una áurea California. Paisaje desolador de la sierra que ve crecer con prisa en su cintura una de las ciudades más importantes de la provincia. «Cantaores», troveros y millonarios. Después, la decadencia, con el silencio y la soledad cubriendo como un lienzo la boca de los pozos. «El que paseó jacas espléndidas por Madrid, compitiendo sus cuadras con las de Alfonso XII, acaba asistido por la caridad de los aristócratas amigos», dice el escritor José Ballester, que pasó aquí parte de su infancia. Singular historia, en verdad, la de La Unión, ciudad que Amador de los Ríos miró en 1888 como

«símbolo y representación de las edades y de los progresos modernos».

Un día se casa la hija de un minero rico. Para que vengan a la boda los invitados de Cartagena se organiza un tren exclusivo; luego, el banquete, con ostras, con exquisitas frutas heladas, con vinos encendidos como joyas, lo sirve en La Unión la casa Lhardy, de Madrid. Se manda construir el edificio fastuoso, con su fachada modernista recargada de guirnaldas de fruto, en piedra, que luego ha de venderse por unos cuantos duros para aprovechar las maderas de su derribo. Fandanguillos, «cartageneras», tarantas del cante minero que puede ser al mismo tiempo piropo que alaba o fino cuchillo cortante que hace salpicar de sangre la camisa recién planchada. Otro día se levantan cien cafés cantantes y al día siguiente se construyen un hospital, un templo, un asilo de huérfanos de mineros, un liceo con aulas de música y pintura... Esta es La Unión, con su inmensa alegría y su tremenda angustia, con su frívolo tablado de los «cantaores», bajo las luces blancas de gas y su otro tablado de la muerte minera que rompe, como una granada, la tabla morena del pecho.

El minero en su negrura,
siempre trabajando abajo,
corta piedra blanda y dura
y con su mayor trabajo
va abriendo su sepultura.

Lo dice la copla que no puede engañarse. La Unión minera. La Unión sonámbula. Tan nueva. Tan vieja a la vez: como que al remover la tierra aparecen ánforas, monedas, lámparas con una carga de miles de años. La Unión en el sureste murciano. Fina y ardiente. Clavel y navaja. Evidentemente, de La Unión se puede decir todo lo indecible.

Tan complicada La Unión que de un solo golpe no se comprende. Tan clara y sencilla al mismo tiempo que basta una palabra para entender muchas cosas. No en vano poetas y escritores la contemplan al margen del canon y el hábito de los pueblos normales, pueblos que nacen y crecen sosegadamente, y hasta mueren si es preciso en la paz ordenada de su vejez, con la sábana limpia que previsoramente se guarda para el gran trance. «Pueblo extraordinario fuera del orden general de los pueblos españoles» llama a La Unión Ernesto Giménez Caballero. «Fuera del orden natural de las cosas» la encuentra Antonio de Obregón, que halla en La Unión el germen de una hermosa película. Y la pintora Sofía Morales me escribió diciéndome que había hablado con Sáenz de Heredia sobre «la gran película que hay en La Unión».

Por la calle Mayor pasa Emilia Benito con su mantón azul celeste bordado de chinos y mariposas, sus mangas de jamón, su aire y su «aquel». Esta Emilia es sólo comparable con Miquita Villegas, la criolla «Perricholi» que inspiró a Merimée una de sus obras, o con aquella otra chica enjoyada de Virginia City, Julia Bullette, que dió su nombre a un vagón de lujo y murió asesinada por uno de sus cortejadores al pretender robarle el buen hombre sus alhajas. Por aquello del dengue y la gracia de Emilia, del «ángel» y el palmito y la sal del andar, se asoman a los ventanales barrocos del Café Moderno o a los balcones del Casino los graves varones de la minería. «¡Al pico marro que suene, niños!», les dice Emilia moviendo sus enormes pestañas, como quien lanza la mejor consigna del combate, y se va repicando en la acera su tacón, de prisa porque la están esperando doscientos mineros para jalearle el cante y la cuquería. «¿Ha visto usted?», dicen detrás de los visillos las pálidas esposas; se lo dicen a las visitas encopetadas, con falso melindre, interrumpiéndole la cháchara sobre la próxima actuación de María Guerrero en La Unión, sobre el número de la semana de «La Novela Corta» o sobre la fabricación de una melada de doradas ciruelas. Luego, porque va a ser lo mismo, terminan por deshojar una conversación en la que la falda pantalón—¡horror!—que se ha atrevido a lanzar Bechoff David ha de ser tema de mucha aceptación y preferencia.

Sube la cotización del plomo. Nuevas casas con teléfono de manivela y tinas de baño, en verde. En la mina «El Tranvía», un barreno alcanza sangrientamente a varios hombres. «Fiestas de árbol», toros, zarzuela: primeras representaciones de «Molinos de viento», contra una Holanda de papel pintado. Las señoritas de las «varietés» incendian el Principal con el fuego que les crece por dentro de los grandes ojos maquillados, pero va a ser inútil llamar a los bomberos,

con sus flamantes uniformes azul Prusia de «vivos» encarnados, porque estarán diciéndole a «la Gabriela», de parte de Emilia Benito, «que duerma y no pase pena».

Sospecho que de todas estas cosas algo se podrá decir.

Creo por otra parte que a muchos les hubiera gustado ver aparecer aquí antes que «partidarios» y aventureros, macizos castillos y rancios personajes de mucho pergamino y prosapia. A Pamplona también le hubiera gustado tener un puerto de mar, con olitas rizadas y barcos empavesados de banderolas de colores, sin sospechar que acaso no le va, que en esto de los pueblos sucede como con alguna de esas damas que de amarillo están muy bien y a lo mejor de verde no, lo que son las cosas.

Verdad es que aquí no hay Teodomiros, Wambas, Sanchos. Ni siquiera arco moro o castillo almenado. Ni aun encopetado conde de casaca bordada ni marquesa de empolvada peluca. ¡Qué vamos a hacerle! Claro que a cambio de esto hay «un escenario muy español y a la vez muy aventurero del Canadá, del Far-West, de California la romántica en los tiempos de los buscadores de filones con polainas, camisas de lana a cuadros, caballos peludos y pequeñas pistolas al cinto». Al menos esto descubrió en La Unión el citado Ernesto Giménez Caballero. Y hay un cante de las minas con intérpretes que respondían a unos «alias» tan estupendos, según expresión del poeta Rafael Laffón, como «la Satisfecha», «el Rojo el Alpargatero», «el Lagarto», «el Chilares»... Y hay trovos y troveros. Y hay muerte, mucha muerte, y vida, mucha vida. Y alegría, mucha alegría, y pena, mucha pena. Y hay un espíritu señorial creado a golpes de días de ventura y días de dolor, que pone un aire cansado y aristocrático en el perfil de la ciudad. Y hay manos generosas, siempre tendidas en ademán cordial. Porque si rica es la entraña de la tierra no lo es menos la del hombre que la habita; que en ósmosis cabal la humilde arcilla de la sangre acaba casi siempre aquí en fino caudal de plata. Y hay, en fin, cosa no menos importante, una gran esperanza que contra viento y marea estrena el corazón cada mañana. Algo valdrá todo esto, digo yo.

Por todo esto precisamente quiero escribir mi «Libro de La Unión», en el que no he de rechazar en modo alguno la cifra y la fecha, antes bien intentaré acudir a su convocatoria para domeñarla y vencerla, poéticamente, eso sí; porque entiendo que escribir una biografía de La Unión ceñida sólo al dato geográfico, a la justa medida botánica o étnica, es aspirar al más definitivo fracaso. El caudal humano, poderosamente humano, de La Unión exige algo más que uno de esos mamotretos provincianos, de contenido entresacado casi siempre de obras generales, decimonónicos aunque estén publicados ayer mismo y desde luego aspirantes desde el primer día de su génesis al olvido y a la telaraña.

No voy a caer en la pedantería, tan fácil por otra parte, por lo que de penosa y lenta supone esta labor, de asegurar que con mi «Libro de La Unión» salvo su historia, pero sí que salvo muchas cosas de La Unión que estaban a punto de perecer y que ahora van a quedarse para siempre atadas aquí merced a un esfuerzo de muchas horas frente al cajón de los recuerdos de ese viejecito de La Unión que ha llorado al evocar tantas cosas muertas; frente a unos documentos de tinta evaporada, trazados por una mano que conoció otras manos rosadas y cálidas y hoy estrecha el polvo helado y las raíces; frente a un manojo de periódicos perdidos; frente al vetusto album de terciopelo azul de esa anciana que en su casa ayer rumbosa, recargada aún de mustios cachivaches inútiles, muestra unos ojos fatigados que ya no coincidirán jamás con los de esta dulce muchacha sonriente en una de esas fotografías descoloridas, que ella va mostrando nostálgicamente, cansadamente... Demasiados archivos quemados en un motín, demasiadas cartas destruídas en una guerra, demasiados nombres muertos. Demasiada ceniza, demasiado polvo. Se desmoronaban, sí, se perdían para siempre muchas cosas, las cuales no hubieran echado de menos algunos hombres de la ciudad, pero sin las cuales La Unión hubiera sido menos ese pueblo romántico y fabuloso, Eldorado murciano con temperatura española de sueño y aventura.

Porque imitar el buen ejemplo es cosa justa y sabida de antiguo, como aquel otro murciano, murciano al menos de corazón y entrañas, que iniciaba sus crónicas con el santo nombre de María—digo del Rey Sabio—, quisiera yo comenzar mi libro.

Con su nombre en la boca a la manera de uno de esos tallos de

albahaca que aún gustan llevar entre los labios los viejos mineros, tomo la pluma, quiero decir la máquina, que el tiempo no ha de pasar en balde por la añeja Herrerías y el mismísimo don Herminio Aguilar, director de «El Palenque», usara hoy mejor su buena «Pluma 22» que no su otra de corona mercada en casa de «la Roja», la de la calle del Angel. Santa María del Rosario, señora y reina de la minería unionense, quiera aceptar el eco de esta palabra mía, tan mustia y menguada casi siempre, y recogerlo en su corazón. Así sea.

ASENSIO SAEZ GARCIA

LA UNION IBERA. FENICIA Y CARTHAGO. MADRE ROMA

De la primitiva Cartagena, Mastia campesina y marinera, donde la raíz del árbol tropieza con el cuenco rosado de la caracola y el pez conoce el vuelo amigo de los ruiseñores, hombres de recias espaldas y músculos morenos endurecidos de soles y de vientos llegaron a La Unión, que fue llamada, al parecer, Iluro, nombre que los iberos gustaron repetir en otros pueblos.

¿Fue entonces cuando ardieron como una vieja estopa los bosques de Cartagena? Coinciden Diodoro de Sículo, Aristóteles y Strabón en que en tiempos muy remotos unos pastores provocaron el incendio de unos montes, incendio que, propagándose a bosques y selvas, levantó la gran catástrofe que carbonizó la corteza ibera.

Se doblaban los árboles crepitando; se retorcían los troncos encendidos, coruscantes, y al desprenderse las ramas empavesadas arrastraban una melena de llamas, prendiendo en arbustos, pastos, matorrales... Crujía la madera candente y se cuajaban en carne de ascua las altas copas de los árboles, que habían de partirse y desgajarse, desmoronándose en una blanca lluvia ígnea. Al fragor del fuego devorador se unía el bramido de los toros, el relinchar de los caballos, la algarabía siniestra y desesperada de las alimañas abrasadas dentro del formidable corazón incandescente de la hoguera. Y una gigantesca nube de humo macizo se levantaba hasta la paz de los cielos, enrojeciéndolos.

Tan vasto, tan descomunal fue el incendio que «hasta la tierra ardió», licuándose aquí el mineral argentífero para originar después, al abrir la piel del suelo, arroyos de plata pura.

Sólo que Posidonio y Atheneo revisten el suceso con el oropel de la fábula y opinan que tan copioso hallazgo de plata sólo debióse a las consecuencias de algún cataclismo geológico. Con lo que el episodio del incendio viene así a quedar mermado en símbolo y metáfora de nuestra riqueza minera.

En su libro «El poblado minero, iberorromano, del Cabezo Agudo, en La Unión», publicado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, A. Fernández de Avilés nos describe las viviendas de esta gente minera de la época mastiana en el citado monte unionense, construcciones que «se desarrollaron circundando al menos todo el tercio superior del cabezo, salvo una zona rocosa del sudeste».

Cabezo Agudo. 180 metros sobre la orla azul del Mediterráneo, tan cercano. Se levanta abombándose lo mismo que una ola petrificada, desprendida del vecino Cabezo Rajado. Ligero, redondeado, de piel alisada de fruta o seno, seno de madre ubérrima y generosa. En sus costados, el pueblo; habitaciones

rectangulares o cuadradas «cuyas dimensiones varían desde 3'30 por 1'30 m. hasta 5 m. de lado».

De los numerosos objetos hallados en sus excavaciones, en 1935 iniciados por Genaro Esparza, vigilante de minas, y sus dos hijos, guarda hoy el Museo Arqueológico Provincial una valiosa colección donada por don Antonio Aguirre, instigador de las investigaciones, de las que conserva en su casa de La Unión, entre candelabros dorados, fanales isabelinos y oscuros lienzos pintados, magníficos ejemplares.

Bajo el polvo de los museos, agujas de cabeza, una rueda de molino, clavos, cuchillos, vasos pequeños en arcilla de tonos plomizos o sangrientos, como un atardecer cuajado; urnas de barro rojo y poroso, ungüentarios, fíbulas, lucernas. Todo hasta ayer guardado bajo la corteza del Cabezo Agudo.

Sobre el pecho abultado, caliente, de una muchacha, como una Venus primitiva y tostada por el sol de la minería, resbalarían, hechas collar, estas cuentas desgastadas, roídas, de conchas marinas. Manos que hasta el polvo bíblico del hueso perdieron en la noche de los milenios sostendrían, entre los dedos de carne maciza y rosada, estas lámparas de barro cuya oscilante llama anaranjaría, en la noche cálida de la primavera, el rostro del amante. Contra la carne femenina, endurecida, de una cadera, estas ánforas conocerían, en la fresca atardecida de cielo malva o rosa, el gozo del agua que bulle y retumba dentro de esas paredes de arcilla y cuyo rezumo deja en la cintura un delicioso tacto helado. ¿Qué crimen o qué beso, qué angustiosa madrugada, de parto o de agonía, con el primer vagido, entre toscos pañales, o la última mirada bajo un telo de niebla, contemplarían estos pequeños candiles, tan mínimos y frágiles, que alcanzaron sin embargo a iluminar la Vida y la Muerte? ¿Qué labios estremecidos de sed se acercarían arrebatadamente hasta el borde de estas vasijas? ¿Sería de nácar adolescente o de curtida piel vellosa el cuello donde este hacha conoció los labios

morados de la herida? Entre la armadura de los huesos blancos de los jabalíes o de los caballos, hoy ya encarcelada por el cristal helado de los vitrinas, se abriría la fresa encendida y palpitante de un corazón, y los colmillos afilados aprisionarían, sobre la hierba con rocío, la carne escarlata, estremecida, de la presa agonizante.

Tiempo muerto cuya emoción se nos escapa, como lluvia entre los dedos, a través de los siglos.

Un nuevo pueblo, luego. Fenicia ladina y comerciante. ¿Fue nombrada por ellos Tarteso la antigua Mastia? Tres Tartesos se levantaron en España según Strabón. Una en Cartagena, otra en Huelva, la tercera en Cádiz. Todas abundantes en plata. ¿No habría de ser plata de La Unión la que iría a enriquecer el templo de Salomón, plata de Tarteso contra un cielo barroco de nubes y palmeras, como un grabado de Doré?

Traen los fenicios un nombre con aura mitológica: Aletes, a quien por haber descubierto el modo de beneficiar la galena argentífera sus conciudadanos, agradecidos, le incluyen en el número de sus dioses, elevándole un templo sobre una colina cartagenera, luego destruído en el 425 por los vándalos. Hasta sus pies ungidos, de ídolo minero, llegaría la plegaria del corazón sobresaltado. La sangre de los sacrificios inventaría un charco de cerezas calientes, donde se reflejaría el incendio de los hachones, y las doncellas ofrendarían su voto, su trémula promesa de novias que ven amenazado al amado en el desamparo de las minas.

Del puerto de Cartagena salían constantemente grandes navíos cargados de plata, y era tal la abundancia de ésta que la fantasía del pueblo ha asegurado siempre que llegaron con ella a fabricarse las anclas y vasijas de las embarcaciones. Centenares de áncoras de plomo, las cuales vieron la mueca espantada del ahogado, en el verde profundo de las aguas, sí han ido apareciendo en las proximidades de Cabo de Palos, prestigiando

así, con un halo de misterio y leyenda, la gracia exquisita de sus azules.

También de plata se labraron monedas que vinieron a regular el comercio, ya que los indígenas, conocedores al fin de su propia riqueza, comenzaron a negarse a los cambios de mercancías. Ceres, robusta, de morbideces frutales, ocupó la cara de las primeras monedas. Luego aparecieron, grabados, el caballo, la palmera, la proa, el elefante. Y se ha llegado a encontrar hermosos ejemplares de monedas emitidas por los Barquidas.

El mineral era entonces extraído por las galerías mediante capacería de esparto, en las espaldas, en las que el tejido vegetal dejaba unas huellas profundas y cárdenas. Para los pozos se empleaban tornos y cuerdas que terminaban en unos cestos de esparto, de espeso enrejado embreado, como si en vez del sucio macizo mineral se esperase el tenue envoltorio conteniendo a Moisés niño, y un Nilo de paisaje minero hubiese preparado ya la nana de sus aguas manchadas por los lavaderos de plomo. Fundíase éste, como hoy, en barras, las cuales eran señaladas con el grabado de un toro o las marcas propias de cada fundición.

Ya a poco más de dos siglos de nuestra era, los cartagineses. No eran gente minera pero necesitaban de las minas, a las que la nueva Carthago debió parte de su poderío. Del Cabezo Rajado —pozo Babelo, de Polibio, Tito Livio y Strabón— se sacaban diariamente hasta 300 libras de plata para Aníbal, «amable y amado de todos, así de los menudos como de los principales», según el decir del padre Mariana, y que entonces soñaría ya con tremendas batallas, presentidas antes que en el campo en la nebulosa de su sangre tempestuosa y encendida, que no logró enfriarle la nieve de Italia.

Famosa fábrica de flechas se alzó en Cartagena, por aquellos días manantial de talleres, arsenales, fábricas de salazones, alfarerías, cordelerías y hasta villas donde se cultivaban alca-

chofas, cardos y rosales de pétalos bermejos de sangre de toro, tan celebrados por los antiguos cronistas.

Sin embargo el auge de la minería corresponde a la época de la dominación romana, con la incorporación de estas tierras a la España Citerior. Polibio, que había visitado estos lugares, cuenta que las principales explotaciones mineras se encontraban a 20 estadios al levante de Cartagena, distancia que aproximadamente coincide con la de las minas actuales. Más de 4.000 hombres llegó a ocupar entonces la faena de las minas, de las que sólo por los impuestos percibió el Estado un beneficio diario de 20.000 dracmas.

De las minas mastianas se ha llegado a decir que fueron para los romanos lo que América, recién descubierta, para Europa. Italia volcó aquí un río de hombres enfebrecidos por la aventura de las minas, en cuya explotación se emplearon innumerables esclavos, que fueron los encargados de abrir una extensísima red de pozos y galerías. Su condición infrahumana llegó a tales excesos que era preferida la muerte a la mina, con su otra muerte húmeda y negra, y el racimo de cuerdas de esparto, en manos de los encargados, cayendo sobre la espalda sudorosa que aún guardaba, abiertos en corales, los pequeños tajos de hinchados rebordes de los otros latigazos recientes. Y una mañana llegó hasta ellos la noticia de que un Hombre acababa de sufrir muerte de cruz, allá en tierras de Palestina. Más supieron del Crucificado, por Santiago, uno de sus adictos y seguidores, que acababa de desembarcar por estas costas. Cosas que helaban los pulsos decía. Hasta prometía un Reino de felicidad para después de la muerte. Un hermoso Reino donde los que antes habían llorado mucho serían de veras consolados. Y todos sintiéronse aliviados en la tristeza de la mina, esperanzados y gozosos, gustando lo salado de sus propias sangres. Porque también por ellos moría el Hombre poderoso y era consolador saber que detrás de la oscuridad siniestra de los pozos, de los largos

días con la espalda curvada y un dolor endurecido rezumándole por dentro de las caderas, estaba la otra Claridad, los otros días luminosos que no se apagan nunca.

También de este período romano, procedentes de orígenes distintos, se guardan en museos nacionales y extranjeros, y en propiedades particulares, espléndidas colecciones de ánforas, lámparas, maromas, esportones, esparteñas, exvotos... Para los que sólo conocen esa otra historia última de La Unión, la del café cantante y el minero rijoso que enciende su habano con billetes de Banco, bien está desempolvar esta otra historia enterrada. No deja de ser interesante que bajo la complicada maquinaria actual que resucita la actividad minera, bajo el cemento y el neón, palpite en La Unión el recuerdo de otros seres lejanos y un poco fantasmales que no manejaron la técnica de los lavaderos de flotación diferencial ni se estremecieron ante los problemas de la energía eléctrica que puede parar de pronto, como un corazón al que no llega la ola de la sangre, toda la faena de la minería, pero que como criaturas de Dios, al modo de estos mineros con gabardina y «Cyma», que después de la penosa jornada asisten al «cinemascope» de las siete, con las alegres chicas de Hollywood poniéndose una venda de colores al recuerdo del pozo o la galería, conocieron, sobre este mismo suelo, la misma lluvia que apaga la antorcha de la sed, el mismo sol que acaba dorando el moreno del torso. Idéntico odio, idéntico amor.

DE GUNDERICO A DON ANTONIO SAEZ

Y vinieron los bárbaros, pueblos que habían conocido, bajo la nevada, el hambre que se agarra a las entrañas como la mordedura de un perro enfurecido, «los cuales hincheron la tierra del miedo de su nombre, de sus proezas y de su fama».

Ardieron las ciudades en una inmensa llamarada y la sangre fingió una cosecha de amapolas sobre el trigo dorado de los campos. Se inmolaron las víctimas que el dios Marte exigía para la victoria de la guerra y se ofrendaron las primicias de los despojos, colgando de los troncos, entre las ramas de un verde húmedo, las tiernas pieles rosadas de los cadáveres. Con las lanzas sosteniendo las grandes cabezas de los caballos, simbólicamente sacrificados antes de la batalla, abiertas las bocas al-

menadas de enormes y amarillos dientes y desatadas las crines al viento, cabalgaron, siempre sobre la desolación y la ruina, hacia una guerra eterna donde era afrenta ruín no perecer en ella.

Las calles vieron amontonarse, bajo la lluvia, los cadáveres, macabramente monumentalizados en grupos de manos crispadas, de gestos tallados en el terror, de ojos espantados que vieron acercarse, hasta sentirla penetrar heladamente en el cuello, el filo de la guadaña. Se envenenó el aire y sobre la verde podredumbre nació, como una flor terrible, la peste.

Justamente en el año 425 cayeron sobre Cartagena las hordas de Gunderico, rey de los vándalos, que arrasaron calles, jardines, palacios, industrias... Con ello la minería se desmoronó estrepitósamente y sobre la sierra abandonada se tendió el espeso silencio de los siglos.

En el año 734 llegaron los árabes a Cartagena, ya sólo una pequeña aldea de pescadores y campesinos, subsistiendo sobre una peana de glorias pasadas. Bajo su dominio se beneficiaron algunas minas andaluzas, pero no se hizo el menor caso a nuestra explotación minera. Como que hasta bien avanzada la Reconquista no hubo de traerse en boca seriamente el negocio de la minería murciana. Así, el Rey Sabio. Acostumbrado a los «saberes de la astronomía», a soles y lunas de los altos cielos, no abandonó sin embargo las otras cosas no menos importantes de la tierra, sabiendo repartir sus horas entre estrellas parpadeantes, cantigas y loores a Nuestra Señora, por una parte; juegos y batallas, por otra. En la segunda de sus Partidas se hace reservar las minas para la Corona, aunque ésta podía otorgarlas a particulares, mediante determinados tributos y sólo por el tiempo que durase la vida del rey.

En 1387 las Cortes de Briviesca promulgan una ley que autoriza buscar, catar y cavar las minas. Y los Reyes Católicos firman, aún con el aroma de las primeras especias del Nuevo

Mundo en la yema de los dedos, las ordenanzas que precisan servicios y derechos de la gente minera. Todo con resultado no eficaz por la codicia de los privilegiados.

Aun no revistiendo los hechos que siguen importancia decisiva, deben quedar aquí consignados. Porque importa traer de esta época cuanto a las viejas minas mastianas ataña. Así el día de Santa Lucía de 1527 el emperador Carlos extiende licencia a don Francisco de los Cobos para la explotación de los metales de Cartagena y su término y jurisdicción con seis leguas a la redonda. Con este real decreto, llega hasta nosotros la breve noticia, sobre la producción de oro en la sierra de Cartagena.

Y una tarde de noviembre de 1587, aún reciente, goteante en la historia el rojo recuerdo de María Estuardo con una gola de sangre cuajada sobre los hombros, Felipe II, de negro cerrado como una noche de tormenta, firma la Real Cédula que concede a Felipe del Río permiso para beneficiar el terreno de plata y plomo descubierto en el Sancti Espíritu, a cuyo pie se levanta hoy La Unión.

Autoriza Felipe III la explotación en término de treinta días de una mina descubierta en la costa, cerca de Portmán, autorización en la que se asegura, un poco fantásticamente, la existencia de piedras de amatistas negras y moradas, y hasta zafiros de relumbrantes brillos, como una página de «Las mil y una noches» enterrada.

Más tarde, entre cornucopias y casacas, soperas de porcelana con grabados pastoriles, arañas y chocolate con soconuscos, Carlos III comienza a preocuparse de la cuestión minera, confiriendo licencias para laborar en varias minas cartageneras.

Pero es el XIX, ya con versos de Zorrilla, chistera y polisón, el que va a marcar la auténtica resurrección de la minería española y con ella, claro es, la de nuestra sierra, que aún guarda, inagotable, su escondido tesoro. Porque la riqueza de estas tierras es tanta que aún después del expolio sufrido ofrece a los

que ahora acuden con nuevas ilusiones encendidas toda la soñada abundancia, la hartura apetecida.

Recobrado el auge al amparo de la nueva ley protectora de Fernando VII y apenas sin dirección, sin norma que organice seriamente los trabajos, comienza el nuevo período de la explotación por medio de «partidarios», que a la convocatoria de las minas acuden con familiares y amigos, formando «partida». Y estos hombres modestos balbucean, gritan asombrados, se deslumbran ante la riqueza colosal que la tierra les otorga suntuosamente. Brazos potentes levantan hasta la superficie, hasta el sol que las dora, piladas formidables de plomo mezclado con plata. Y pirita, estaño, manganeso, blenda, ocre... Se enreda la codicia, como una yedra oscura, al corazón de los hombres, y lo que hacía unos días era sólo un mísero paisaje tendido sobre el recuerdo de una época pujante, perdida, comienza a verse poblado de caseríos que vienen a ser levadura que hincha y hace medrar la gran ciudad presentida ya sobre el costado de la sierra.

En los pueblos lejanos, bajo la lámpara familiar, se comenta el apogeo de las minas murcianas:

—Dicen que las minas de Cartagena ofrecen el mineral a flor de tierra. Tendríamos que decidirnos; venderlo todo y probar suerte.

—Demasiados riesgos.

—Pero, ¿y si fuese verdad lo que cuentan? Mirad que lo aseguran cabalmente: que el «partidario» de las pequeñas pertenencias se enriquece de buenas a primeras.

Y en el café, en la tertulia alumbrada por los intensos reverberos de gas:

—Cuentan que, apenas en unos meses, entre piteras y cardos, ha visto la sierra alzarse varios poblados que crecen en auge por momentos.

—Suelo de entrañas opulentas y sin embargo su corteza es árida y seca como una tierra maldecida.

—Buenas mujeres acuden al relumbre de la plata. Los mineros ricos les compran pendientes de brillantes y mantones de Manila.

—Y hasta edifican casas de mucha pompa y señorío.

—Y los propietarios lucen espléndidos coches de caballos, y fuman habanos, y gustan de acicalarse con grandes sortijas de oro y pedrería.

Fiebre delirante de las minas. Desvarío frente a un presentido Eldorado para tantos sueños quizás muchas veces derrumbados, para tantas esperanzas acaso tantas veces muertas.

Voces de sirena ponen una aureola de mágico prestigio al pregón de las minas, y Andalucía derrama aquí el gran contingente de hombres que imponen su matiz en el hablar del nuevo pueblo: «cabayo», «asusena», y la pérdida perezosa hasta de sílabas enteras, que llega a esconder tras el título de «Rico Tavo» la mina denominada realmente «Enrique Octavo».

Almería mereció hasta premio de copla por el número de hombres aportado:

Tengo que poner espías
a ver si mi amante viene
al pie de Torre García.
No sé para mí qué tiene
el camino de Almería.

Tal vuelo toma la inmigración que atesta todas las edificaciones levantadas a un ritmo vertiginoso, que cuatro de los poblados mineros—Portmán, Herrerías, Garbanzal y Roche—llegan a pedir orgullosamente su segregación del término municipal de Cartagena al que vienen perteneciendo.

En el Ayuntamiento de La Unión se conserva, con prestigio de reliquia, el acta de este momento crucial: en un pequeño pliego de papel de barba, en tinta que el tiempo ha ido apa-

gando hasta el pardo tenue, van apareciendo los «considerandos»: «Considerando que la parroquia de El Garbanzal se compone de varias diputaciones de las cuáles sólo las de El Garbanzal, Herrerías, Portmán y Roche han solicitado su segregación del municipio de Cartagena... Considerando que estas diputaciones tienen una población de más de 1.229 habitantes y que por tanto con arreglo a las disposiciones citadas le corresponde tener un alcalde, dos tenientes y trece concejales, he resuelto: 1.º, Que hasta tanto que el Gobierno de S. M. resuelva de una manera precisa, el territorio que debe comprender el nuevo municipio se componga de estas cuatro diputaciones, El Garbanzal, Herrerías, Roche y Portmán. 2.º, Que se establezca desde luego y funcione el Ayuntamiento, considerando a El Garbanzal como cabeza del nuevo municipio, y finalmente para los cargos de Alcalde, Tenientes y Concejales a los «sugetos» que comprende la relación adjunta». Tras las últimas fórmulas de rigor, la fecha y la firma. «Murcia, 31 de diciembre de 1859. P. de Victoria y Aumada».

La primera sesión se celebra en el despacho del presbítero de El Garbanzal don Juan de Dios Arjona, al día siguiente, bajo la presidencia del alcalde, don Antonio Sáez. Debió ser mucho el contento de los reunidos, tanto que bien por sobra de emoción o abundancia de licores, turrones, mazapanes, mantecados en forma de postiza o corazón y aun otras confituras no menos apetitosas y refinadas, tan legítimas por otra parte en tan grande solemnidad del Año Nuevo, es lo cabal y cierto que en aquella reunión, con ser numerosos los nobles proyectos acumulados en cada uno de los respectivos y respetables magines de los asistentes, no se tomó el menor acuerdo.

—Mi enhorabuena, don Antonio.

—Don Antonio, por muchos años.

—Días de gloria nos aguardan bajo su vara, don Antonio.

—Vaya, don Antonio, que sea para bien.

A la salida de la sesión se vitorea y aplaude al nuevo Ayuntamiento. Las mujeres lloran.

Por telegrama se da cuenta al Gobierno Civil de la constitución del Ayuntamiento. Sus miembros son: don Antonio Sáez, alcalde. Don Domingo Martínez, primer teniente. Don Celestino Izquierdo, segundo teniente. Don Juan Martínez, don Pedro Manzanares, don Pedro Ros, don Francisco Fuentes, don Antonio Huertas, don Pablo Francés, don Leandro Rosique, don José Borracino, don Andrés Hernández, don Vicente López, don Francisco Vidal, don Isidoro Acosta y don Andrés García, concejales.

Muy pronto dos de aquellos poblados segregados a Cartagena—El Garbanzal y Herrerías, a los que en caravana en pulso de esperanza arriban constantemente nuevos trabajadores—inventan graves antagonismos de supremacía con opuestas tendencias: la diputación de Herrerías encaminada a reconcentrar la vida municipal en su demarcación; la diputación de El Garbanzal tendiendo a conservar la capitalidad del municipio.

Que si esta calle o este farol, que si tu torre o mi campana, que si mi guitarra o tu mantón de Manila con tres pavos reales, ocurrió que los dimes y diretes llegaron a tales extremos que cuando Prim, con sus patillas desrizadas por un lebeche marinero y rotozón, llega en 1868 a Cartagena, al mando de las fragatas «Zaragoza», «Villa de Madrid» y «Princesa de Asturias», se encuentra con una comisión de vecinos de Herrerías y El Garbanzal, muy emperejilada y compuesta como para un tercer acto de Echegaray, comisión que interesa encarecidamente de Prim su pronta intervención en un pacífico y armonioso arreglo que haga amainar las enconadas rivalidades de ambas diputaciones. Prueba del verdadero interés de Prim por la cuestión es la llegada a Herrerías del general Milán de Boch, comisionado por aquél, que convoca a las más revelantes personalidades locales a una reunión celebrada en la fábrica de los

Morenos, situada al final de la calle del Angel. En esta reunión Milán de Boch, echando el curro por el pedregal, propone, por borrar diferencias y rencillas, la fusión de Herrerías y El Garbanzal en una única villa que sea cordial atadura, unión de afanes y esperanzas de los dos poblados. Villa que ha de llevar precisamente el nombre simbólico de «La Unión».

La propuesta de Milán de Boch, envuelta en floridos y cucos períodos de amor patrio, viene a hacer blanco en todos los corazones, por lo que es unánimemente, conmovidamente aceptada.

Pocos años después, ante su desmedida riqueza y poderío, recibe la nueva villa, por Real Decreto del 6 de febrero de 1887, nada menos que el título de ciudad, concediéndosele días más tarde a su Ayuntamiento el tratamiento de Excelencia. Pero La Unión, con su título recién estrenado y su temperatura un tanto extrarreal, ya no cabe en este capítulo.

CIUDAD MINERA

La Unión, en el sudeste de la provincia de Murcia, pertenece al partido judicial de su nombre. Comprende, además de su término municipal—2.475 Has. rodeadas de tierras cartageneras, excepto el sur, con límite al Mediterráneo—, las diputaciones de El Algar, Alumbres, Beal, Pozo Estrecho, Rincón de San Ginés y Cabo de Palos, todas del término municipal de Cartagena. Su extensión abarca 24 kilómetros de este a oeste y 16 de norte a sur. Su orografía es montuosa, elevaciones que no exceden los 441 metros del Sancti Espíritu, cuya altura sirvió para la triangulación geodésica de España. Montes, cabezos y oteros de laderas suaves, redondeadas. Sierra de Cartagena, en cadena que festonea el Mediterráneo, tierra desnuda de verdes,

de corteza reseca, bajo un cielo rabiosamente limpio, a veces sin la presencia de una sola pincelada de nube que pueble y dulcifique las soledades infinitas del azul.

Más datos de vieja guía provinciana se podrían acumular aquí: clima correspondiente a la zona del naranjo, ardoroso en estío, templado en invierno, en el que la nieve, si Dios la concede alguna vez en dádiva suntuosa, constituye, por el tiempo que media de nevada a nevada, un auténtico espectáculo, con cierre de escuelas y batalla permanente hasta agotar el último copo que salpica de blanco el rojo de las bufandas. Lluvias escasas que no llegan a rebasar los 300 mm. de precipitación anual... Un poco más: número de habitantes, oscilante siempre; escudo y relación de minerales, y estaría construída la noticia oficial de un pueblo joven, con más de dos mil años a las espaldas, sin embargo. Sólo que el tremendo latido poético y humano de La Unión, el gran surtidor de sangre que es La Unión exige bastante más.

...Desde abajo se alcanza a distinguir la sierra erizada de postes, cables, castilletes, malacates, y en estos días de fin de siglo en que La Unión estrena su título pomposo de ciudad, también de chimeneas, de cientos de chimeneas como colosales mástiles con su bandera de humo extendida en la alta tersura azul. ¡Cuántas chimeneas las de La Unión, faros sin pupilas, torres sin campanería! Tantas que sus humos llegan a enturbiar la nitidez de los cielos, lo que anima a don Luis Ruy-Wamba, en su libro «Excursión minero-metalúrgica a Levante», a compararlos con los siempre tiznados de Vizcaya.

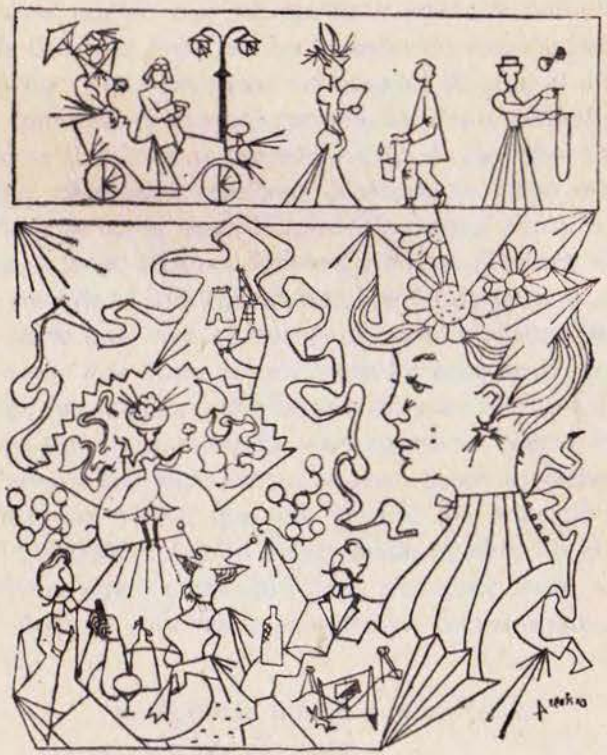
Y desde arriba se ve la ciudad tendida, maqueta de sí misma, apretada en una cuadrícula de calles rectas, de la que emergen como grandes navíos aún en su génesis aprisionada entre los astilleros, las moles en construcción, rodeadas de andamios, grúas, pilados de piedra, vigas, ladrillos, de Nuestra Señora del Rosario y el mercado público, uno de los más bonitos de la época. La cinta blanca de la calle Mayor, carretera a la vez, cruza La Unión de parte a parte, siempre hollada de carros y de asnos que transportan el mineral al puerto de Cartagena. Se le ve perderse en lejanía que ha de llevarla al fin hasta los azules cartageneros, siempre acompañada paralelamente por los raíles de la «The Carthagena and Herrerías Steam Tramways». A un costado, bordeando la vía, aparece el cementerio, donde ya se alinean en esta época vanidosos panteones de cúpulas gallardas, frontis de templos griegos, capillas góticas, ángeles de ojos vendados por la fe que se abrazan compugidos a una cruz con sudario de pliegues inmóviles de mármol, cruces, coronas, lámparas... Muy nuevo todo, de un primor y una albañilería recientes, de yesos frescos, de piedra sin pátina, sin prestigio ni melancolía de años. Apartado, separado por una tapia de poca altura, está el recinto de los «desgraciados», los que en un momento de sangre despavorida y ciega sintieron la aspereza de la soga sobre la garganta, la hoja del cuchillo en lo oscuro de una vena, el plomo de una bala en el hueso astillado de la sien o simplemente la guadaña imprevista de la Muerte que en lo hondo de la mina puede segar de pronto las flores moradas del corazón. Con el tiempo, la piedad de la Iglesia habría de borrar esta terrible zona del luto que ya no se apaga nunca, luto de luces que ya han de permanecer siempre encendidas sobre el aceite verde de la duda. «¿Se salvaría mi José?» preguntará la madre, angustiándose, reconstruyendo el último espasmo del hijo, ya enfrentado con la Eternidad en la que pudo entrar sin ese chispazo de contrición que lo resuelve todo en último segundo.

A los pies de la sierra, entre los caseríos que medran alrededor de las minas, están las manchas oscuras, de tinta cuajada, de los escoriales. Residuos de mineral fundido. Tan numerosos y de proporciones tan formidables que, constituyendo auténticas colinas, llegan a trastocar el perfil orográfico de la ciu-

dad. «Gachas» llama el pueblo a estas escorias de carne endurecida, y es acertada y cabal la ironía.

Subiendo hasta la cumbre de la sierra por la «Cuesta de las lajas», de suelo embaldosado, gris y azul, de losas pizarrosas a las que el sol arranca, recién llovido, reflejos espejeantes, aparece en la hondonada sur, la fastuosa sorpresa del mar de Portmán, espléndida inmensidad de azules mediterráneos, desde el añil intenso, de manto procesional de Dolorosa, hasta el azul amoratado de piel de ciruela, pasando por el cobalto o el turquesa y las ráfagas de los verdes glaucos, de limón, de tierno césped, de aceituna madura... El lebeche le arranca siempre a este mar una furia de olas cóncavas, atropelladas, que se doblan y parten, bramando, contra las calas de la costa, contra los bloques pétreos del puerto, contra las rocas del faro infantil que pone una gota de lumbre en la noche y una emoción marinera de viajes y aventuras en el corazón. En las orillas del mar se ve crecer este poblado unionense, justamente a 3 kilómetros de la ciudad. Portmán, antiguo Portus Magnus de los romanos, con su fundición y desplatación de plomo, primera de España y una de las más importantes del mundo. Su puerto recoge siempre la gracia de una embarcación que recibe, entre la bruma, su carga mineral.

En el siglo XVI, pertenecientes entonces estas tierras a Cartagena, se construye en Portmán una torre donde celosos vigías en permanente guardia puedan recoger, con destino a las autoridades cartageneras, noticia y señal de las escuadras corsarias, cuyas correrías e intenciones no son al parecer demasiado amistosas. Curiosa es el acta que se conserva de la colocación de la primera piedra de la torre: «Estando en el puerto de Portmán, término y jurisdicción de Cartagena, en la parte y lugar donde está señalado el sitio de la torre que se ha de hacer en el puerto, para impedir que puedan entrar en él los navíos de los enemigos, en 9 días de Septiembre de 1556 años, el Sr. Lázaro Mo-



reno de León, Corregidor y Justicia Mayor de esta ciudad de Cartagena y de la de Murcia y Lorca, Adelantado y Capitán Mayor del Reino, y el Marqués de Villena por S. M. y el licenciado Cosme Martínez, Alcalde Mayor de esta ciudad de Cartagena, y el doctor Ruiz de Amarchecoa Judor, Vicario y cura de esta ciudad, estando vestido con sobrepelliz y estola y presentes Fray Andrés de Cánovas, Prior de San Leandro de esta ciudad, y Juan Pareja, clérigo y administrador del hospital de ella, el dicho doctor Ruiz, conforme al manual romano, bendijo cantidad de agua que había en una bota de madera y después de haber bendecido dicha agua, dice otras oraciones conforme al dicho manual en el sitio donde se ha de hacer la torre y lo asperjó con el agua bendita dicha, y luego Pascual Sánchez y Alonso Cabrera, albañiles, habiendo medido el sitio en redondo que ha de tener la dicha torre, a la parte que mira al levante echaron cantidad de mezcla de cal y arena y el dicho señor Corregidor echó en la dicha mezcla un real de a cuatro y otro de a ocho y un real sencillo y medio real de plata y un cuartillo, y un cuarto de cuatro maravedís y un ochavo y dos maravedises y puso sobre la dicha mezcla y monedas una piedra que fue la que dió principio a dicha torre, y los albañiles fueron prosiguiendo la obra de ella...»

Simpático, ligero como una copa de aguardiente, minero y marinero Portmán, que hasta en ritmo de coplas anduvo el muy zaragatero:

En Portmán han puesto un cable
y una vía por el viento;
el Rey de España no sabe
lo que Portmán tiene dentro.

Mozuelas de Portmán, con ojos donde el mar se mira y un par de rosas amarillas en el peinado pinturero, comparten, también en los versos del cantar, el rango y el «aquel» con sus hermanas de Herrerías:

Tengo una novia en Portmán,
otra tengo en Herrerías;
con la una me anochece,
con la otra me sale el día.

Necio del que compuso este cante:

No quiero novia en Portmán
aunque me la dén de balde
que la quiero en Herrerías
aunque me cueste la sangre.

Pero ¿quién va a creerlo? A la legua se ve que quiso bromear el que inventó la copla.

Si desde la cumbre de la sierra los ojos siguen el azul de esas aguas de Portmán, girando hacia la izquierda, han de verlas cortarse y desaparecer detrás de la peña brava, pero si persevera la mirada las recogerá de nuevo, una vez que se ha vuelto la cara hacia La Unión, brotadas ahora ya en lejanías, perdidas en telos de distancias, detrás del cordón umbilical de la «manga», brazo de arenas blancas que la separan del mar Menor. Mar Menor, próximo a la ciudad minera, siempre azul, nítidamente azul, de piel lisa de agua de vaso. De su superficie inmóvil va emergiendo la colección de sus islas menudas, femeninas: Mayor, Redonda, Perdiguera...

Como solución de dominio y vencimiento de la sierra, de sus cuestas y quebradas, el asno. Su paso es lento, mas seguro. Tranquilo puede sentirse sobre su lomo el tímido jinete. Utilízase también el dócil animal como buen medio de transporte del mineral, desde la sierra a los depósitos o las fábricas, y algunos lucen, por capricho del amo, albardas, estribos y bridas de mucho colorín y novedad; para feria o tarde de festejo parecen acicalados, y más de una cupletista jacarandosa de las que llegan a la sierra barruntando el duro o la aventura habrán de

envidiarle el lujo y el perendengue. Se cuentan por recuas, nueve o doce animales cada una, y cada burro ha de cargar alrededor de los dos quintales de mineral.

Es curioso observar su paso cansado, de Huída a Egipto, con la cabeza gacha y las orejas de pelo de plata levantadas. Bulle la sierra de cientos, de miles de estos animales infantiles y tristes pululando sobre el suelo reseco, caliente, de la sierra, suelo de múltiple coloración que va desde los azules de las blendas al carmín oscurecido, como de vieja sangría, del cobre, con su otra gama de verdes, violetas, azules y malvas. Grises de la galena, rojos de las calaminas, negros de los óxidos de manganeso, marrones de las tierras de estaño, amarillos de los sulfuros de hierro, de lentejuelas doradas, como para la falda de Antonia la Cachavera; de pajizos, de interior de calabaza, de los óxidos de hierro, donde también se abren los rojos ígneos, de sangre palpitante, de púrpura de rubí... «¿Hay —preguntará más tarde el escritor Andrés Cegarra —muchas sierras comparables a esta nuestra, de tan humilde traza, apenas 400 metros de altura y algunos, muy pocos, kilómetros de macizo, que ofrezcan al hombre yacimientos minerales de tanta abundancia y variedad: manganeso, azufre, hierro, cobre, zinc, plomo, plata, estaño... por no citar más que los aprovechables industrialmente?»

Impresionante ha de ser la estampa que ofrece al visitante la sierra. Visión y fragor de los malacates, de los barrenos que van devorando la entraña y la faz de los montes, de las cubas, de los lavaderos, de los cantares de los mineros, de las humaredas, en negros borbotones, de las chimeneas; de las fundiciones de boca de ascua, de las vagonetas: cargadas de mineral van y vienen constantemente por los carriles de hierro que recogen en una vena de oro reluciente el sol del día; suben y bajan y saltan y se deslizan y se vuelcan, poniendo en todo un estrépito

minero, una emoción de minería grande, sin horizontes, la emoción y la gracia de las minas de La Unión.

De noche el espectáculo adquiere una altura fantasmal: infinito lucerío brota entonces sobre la superficie de la sierra. Luces llameantes, anaranjadas, crecidas sobre el pabilo del candil de «tortuga», que luego será desterrado por el carburador, portado por cada individuo para alumbrarse su ruta de la sierra. Multiplicadas por cien, por mil, estas pequeñas llamas componen la más fantástica procesión nocturna. Desde las calles de la ciudad la sierra semeja en esa hora un gigantesco candelabro. Acá, allá, en cada una de las aristas y cortaduras de los montes naçe una de esas llamitas que luego han de verse caminar, parpandeantes, hacia la cresta de la sierra, o bajar hacia el pueblo, o zigzaguear de un lado a otro, o perderse de pronto para luego tornar, aparecer...

Hacia el norte comienza el llano, tierra mollar de Roche, tierra de los cultivos, de la espiga afiligranada, como de custodia de Corpus; del pimiento con su carne de llama, del tomate de pulpa encendida que deja siempre un sabor de campo, de merienda rural: partido en tajadas redondas, regado de aceite y espolvoreado de sal, les gusta comerlo a los mineros, cuando vienen de su turno de trabajo, tenso el cantar y alerta la pequeña gula en la hora del yantar hogareño. Crece a la vez la lechuga tierna, femenina, de rizados bordes de un verde barnizado, y el guisante, de fruto en bola, como para juego de niños, y el haba, cuyos sabores se encarcelan en su estuche de frío terciopelo: cada gajo se cubre con una uña oscura, que es por donde luego de cocido ha de romperse la piel para que brote, triunfal, la carne, ya convertida en sabroso «michirón» picante.

Luego, están los pequeños huertos con peras, albaricoques, naranjas, como un bodegón, y en tierras ásperas, descuidadas, la higuera de hojas inmensas y fruto azucarado, dentro de su túnica desollada que rezuma y gotea delicados almíbares, y la palmera de dátiles pajizos y largos, levantando una falsa Palestina, y el almendro que aquí florece ya en enero y se cubre de corolas fuertemente rosadas: redondo y empavesado semeja adelantar la Semana Santa al evocar, con el cimbreo que el viento le otorga a las floridas ramas, un «paso» procesional. También está la pitera azul. Y el gordo chumbo. Ambos de naturaleza sana, dura, prolífera, que crece en tierras groseras y llega alcanzar las de la sierra, dignificándolas con la gracia de su estampa. Alza la pitera su vara florecida entre la maraña de las hojas que se alargan en tiras de aguda punta, endurecidas como viejos tentáculos; algunas de las pencas se doblan, se retuercen, y siguen creciendo ya paralelas al suelo, con su festón de púas, reptando como una sierpe azulada. Las chumberas o «palas» ya son otra cosa: gusta verles crecer el erizo del fruto de forma de barril; tan amenazador por fuera y en su interior se cuaja todo un mundo de dulzura dorada, de arropía y miel. Las gentes humildes que pueblan la colina de las «Cuevas de Roma» los cultivan enjardinando las puertas de sus casas. Mediado agosto, cuando la piel del fruto pierde la frescura del verde para ganar el naranja sonrosado de la madurez, las mujerucas dejan el monte y los bajan hasta la ciudad, amontonándolos en viejos carretones de madera mugrienta, y en la fresca amanecida vocean: «¡Higos de pala, y qué dulces que van, higos!»

En las calles con olor a yeso van surgiendo, entre las jaulas de los andamiajes, los edificios de rango y empaque, y siempre hay un grupo de espectadores que gustan del comineo de las obras: vigilan y acechan celosamente el medrar de las paredes, la calidad de los materiales empleados, la lentitud de los oficiales y peones, el garbo de las fachadas, de las molduras, de las cornisas...

—Buena casa ésta, buena casa.

—Mejor aquélla de dos pisos con sesenta balcones.

—¿Se ha fijado usted en esos remates de balcón que fingen una testa de matrona coronada de frutos?

—¿Pues y esta cornisa, toda de guirnaldas de rosas, en escayola, y estos jarrones de mármol, y estos dos leones cuyas fauces vomitan un paño de primoroso plegado en piedra?

—Pensar que muchos de estos propietarios vinieron con las manos vacías...

—Pobres de pedir más de alguno que yo me sé.

—Cosas de La Unión, que pronto eclipsará en esplendor a las ciudades vecinas, sus hermanas de la provincia.

—¡Ah, La Unión, La Unión!

En las construcciones se va imponiendo poco a poco el gusto modernista de la época: algas o cintas que se adelgazan o ensanchan según los espacios a decorar, guirnaldas de frutales, lazadas, frisos, en piedra, de jardinería fantástica, jardín de verso de Rubén; bustos femeninos de abultado peinado con crisantemos en las sienes... Cuanto más parecido todo a los elementos ornamentales de Toulouse-Lautrec, tanto mejor. A veces aún surgen, retrasadas, reminiscencias de Winckelman y Lelsing, y hasta resabios eclépticos que unen, entre las frondas de una selva barroca de flores y frutos, cenefas de Pompeya o filigranas, de tarta de San José o pastelón de bodas, del gótico francés. Calles y plazas con edificios que gustan recordar los de San Francisco, el teatro Real de Dresde, el de la Opera de Viena, la iglesia de la Guarnición de Stugar y tantas otras edificaciones «fin de siglo» de Chicago o Kansas.

Día primero de enero de 1901, multiplicado en tiernas alegorías con un niño de pañales el sonrosado y recién nacido siglo XX, se coloca la primera piedra del Liceo de Obreros. Reza así el acta del magno acontecimiento: «En la ciudad de La Unión, de la provincia de Murcia, hoy 1.º de enero de 1901, y primero del siglo veinte, siendo Rey constitucional de España Don Alfonso XIII, y, por su menor edad, Reina regente del Reino su

Augusta Madre doña María Cristina, el Señor don Tomás Maestre Pérez, Doctor en Medicina y Cirugía, delegado por el Excelentísimo señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Antonio García Alix, con asistencia de la Junta Directiva y profesores del Liceo de Obreros, del Excmo. Ayuntamiento por su Alcalde don Jacinto Conesa García, de los Alumnos del Liceo, de los niños de las escuelas públicas y privadas, formados en grupos con sus correspondientes estandartes, y de un numerosísimo público e invitados, se procedió a colocar la primera piedra del edificio destinado a Liceo de Obreros. El señor don Antonio Alvarez Caparrós, cura propio de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, revestido con los ornamentos sagrados, rezó las preces de rúbrica y bendijo la piedra colocada en el sitio conveniente del solar que ha de ocupar el edificio. Dicho señor Delegado arrojó sobre la misma varias paletadas de cal, y a continuación dirigió la palabra a los concurrentes, encomiando el acto realizado y felicitando al pueblo de La Unión por tan gallarda muestra de su amor al progreso y a la ilustración de sus hijos». Firman el acta; don Tomás Maestre, don Antonio Alvarez, don Francisco Munuera, don Andrés Teulón, don Francisco Prados, don Antonio Cánovas, don Francisco M. Parras, don Gregorio Martínez, don Jacinto Conesa, don Heliodoro Bernabé, don Ramón Cases, don Francisco Maestre, don Eduardo Mondéjar, don Fidel Prado, don Miguel Pardo, don Pedro Ros, don José Prefasi, don José Valverde...

Junto a la primera piedra se entierra una caja de cinc con numerosos documentos, datos y periódicos de La Unión. ¡Qué ingenua e inútil la pretensión de aprisionar para el futuro la historia de La Unión, inaprehensible como un grito o una tormenta, entre las cuatro paredes de una pequeña caja!

Gran gesto el de la construcción de estas aulas que atienden al progreso —¡cuánta afición entonces a este vocablo!—, a la provechosa cultura de la ciudad, tan laboriosa y dócil que

después de la agotadora tarea cotidiana acude a beber hasta saciarse en las fuentes de la instrucción, como en las portadas, a todo color, de los libros de texto de Calleja. Tanto amor al trabajo que en 1927 el excelentísimo Ayuntamiento solicita y le es concedido por la superioridad, a propuesta de los reyes de armas del reino, un emblema heráldico, donde en escudo bipartido, además de pico y pala cruzados tras una lámpara minera sobre campo de gules, aparecen cinco abejas, símbolo de la laboriosidad, en vuelo que corona la cresta de una montaña, todo en campo de azur. Diligencia y solicitud de abejas, trajín y afán de panal. Nunca más certera la metáfora. Sólo que a veces la sangre mora, azuzada por el sol de la sierra y el fuego del buen vino hace crecer —¡quién iba a decirlo!— como una brizna de indolencia y despego, de sueño y ensueño, por dentro de las venas.

UNA VIÑETA ROMANTICA: ISABEL II EN LA SIERRA

Como un grabado romántico desprendido de un tiempo apagado, muerto, tiempo de gente apasionada y exquisita —poetas, amantes, conspiradores— con «atrezzo» de quinqués, fanales, óleos, cipreses y panteones bajo la lluvia dorada del otoño, nos llega la estampa de Isabel II, rosada y blanca, como compuesta siempre para los pinceles de Madrazo, pisando tierra áspera, sin fronda ni perfume, de la minería. Todo mucho antes de que La Unión recibiese el título de ciudad y aún esta misma denominación simbólica.

Mañana del Dulce Nombre de María de 1862 recibe el concejal del Ayuntamiento del Garbanzal, don Andrés García, aviso para asistir a la sesión extraordinaria de la noche. Almorzando

ha de anticipar don Andrés la buena nueva a sus familiares, que es motivo de contento el citado recado de la alcaldía. De festejo y holgorio no más se ha de tratar en la reunión. Y todos participan ya del júbilo de la noticia: Su Majestad la Reina Isabel II se digna visitar la vecina ciudad de Cartagena, y ha de de colaborar toda la minería en la preparación del gran recibimiento. Rumores corren además de que la egregia señora condescenderá tal vez a subir a la sierra. Grande dicha fuera así, aunque nada seguro ha de afirmarse todavía.

—Más noticias os daré a todos a la noche, después de la sesión.

Tras las cortinas de tela transparente del comedor se perfilan los macizos de la sierra untados de sol contra la porcelana de un cielo cobalto, y todos han de imaginar esa tierra augustamente hollada, dignificada por las plantas reales de la señora.

Todo lo cuenta menudamente don Andrés García una vez finado la sesión del Ayuntamiento.

—Pues que vendrá, vendrá la Reina. No, a la sierra no es seguro aún. Pero de todos modos se han designado seis doncellas del Garbanzal, las cuales ofrecerán a Su Majestad un delicado presente, símbolo y recuerdo de nuestras actividades mineras. Josefa García, Antonia Cobacho, Pepita Aguilar, Joaquina Tadei, Asunción Apolinario e Inés Albaladejo son las elegidas para tan honroso menester.

Y Josefa, Antonia, Pepita, Joaquina, Asunción e Inés comentan, parlotean, tiemblan de emoción como la hoja del árbol en la ventolera, ante el magno acontecimiento, y todo proyecto de emperejilamiento y arrequives del atavío para la fiesta han de parecerles ruines y mermados.

—No habéis de preocuparos sobre lujos, sino de aparentar, porque así se ha dispuesto, «una elegante sencillez alusiva a la llaneza y modestia de la gente trabajadora»— ha dicho don Andrés a las doncellas.

—Don Andrés, ¿verdad es que llegará la Reina acompañada de su esposo don Francisco de Asís y de su hijo Alfonsito?

—Verdad es, verdad.

—¿Oyes, Inés? ¡Con lo nerviosa que yo soy! A lo mejor me desmayo.

—Puedes tomar un poco de agua de aurora hecha de leche de almendras y polvo de canela. A mi prima Enriqueta le va muy bien cuando le da el insulto.

—Un arco de flores y luminarias hemos de preparar todas por si la Reina decide visitarnos.

—¡Jesús!

—Dedos me han de faltar en las manos para contar las fechas que aún nos separan de tan grande acontecimiento.

—Pues yo, desde mañana, aumentaré mi ración de vinagre, por parecer en ese día más delicada y pálida.

—Banderas de rojo y gualda con la estampa de Su Majestad, entre baladre, he poner en mis balcones.

—Horas de ventura nos esperan a todas.

—¡Jesús, Jesús!

Magno de veras es el júbilo de toda la población cuando la Reina se decide a conocer la minería. «La regia comitiva —dirá más tarde «El Eco de Cartagena»— ha tenido en el distrito minero una recepción que nosotros mismos no nos podíamos imaginar, porque omitiendo extendernos en ciertos pormenores, como los de la descripción de los seis preciosos arcos con que decoraron el tránsito los vecinos de Alumbres, Garbanzal, Herrerías y operarios de las minas «Belleza» y «San Juan Bautista», con sus respectivas dotaciones de músicas y brigadas de obreros con banderas y lemas alusivos, así como la variedad de colgaduras y adornos de todas las casas y poblaciones rurales del tránsito, cuyas particularidades aun sin rayar en nimiedad harían más pesado el relato, y refiriéndonos a las descripciones que de ellas se han hecho en nuestro periódico, nos trasladamos

desde luego al sitio en que los industriales tenían preparada una espaciosa, elegante y hasta soberbia tienda de campaña, especie de quiosco de brillantes colores, predominando el nacional en banderas y gallardetes con grande profusión. Situada convenientemente dicha tienda con vistas a la sierra minera y al mar y decorada en su interior como cumplía a su grande objeto, SS. MM. y AA. fueron recibidos a la puerta como a las tres de la tarde del día 23 (1) último por una comisión de mineros y fundidores».

Se complace Su Majestad en escuchar los pormenores de las faenas mineras, y le es grato saber que de ellas «se sustentan más de diez mil familias albergadas en la nueva población levantada como por ensalmo en sitio donde no había el menor tugurio 20 años há... Enterándose por último las reales personas de que la magnífica carretera de diez kilómetros por la cual habían pasado desde las puertas de la ciudad (2) hasta el centro minero, fue costeada por la industria que facilitó a la municipalidad los 80.000 duros que tuvo de costo».

Condesciende la Reina en visitar con su séquito la cercana fábrica de don Antonio Campoy, donde ha de contemplar asombrada la sangría dada en uno de los hornos de fundición, con el impresionante espectáculo de los ríos de la lava, al rojo vivo, de las escorias, cuyo reflejo pone un ribete de púrpura encendida a los músculos desnudos de los obreros.

Se regresa a la tienda terminada la visita. Es el histórico momento en que el Alcalde del Garbanzal presenta a sus seis señoritas, las cuales ofrecen trémulamente a Su Majestad los objetos que simbolizan la laboriosidad y riqueza del suelo que egregiamente pisa. Son, a saber, estos objetos: una cuba y un

(1) 23 de octubre de 1862.
(2) Puertas de San José, de Cartagena.

palanquín, en plata, una barrita de plomo, otra de plata virgen, unas muestras de los más ricos minerales... Y la señora lo recibe todo por sí misma, tendiendo sus gráciles manos, sonriendo.

Hacen entonces su aparición en la tienda las grandes bandejas de deliciosas y delicadas gollerías, especialmente fabricadas para el acto: pastelillos rellenos de sesos, de carne de ave, de rodajas de huevo cocido; melindres de mazapán y hojaldre, yemas de un dorado intenso, de custodia, vidriadas de azúcar; peras escarchadas, tocinillos de cielo de lisa piel rubia, de una fragancia amarilla de pulpa de huevos y almíbares...

Entre pella y bizcocho se van deshojando los más exaltados panegíricos a la labor de la Reina en el Trono de España. Alguien confronta con ventaja su reinado con el de Isabel la Católica. Contestación de Isabel II: «Isabel I tuvo más hechos y más títulos meritorios de todo género que yo, y sólo en una cosa no me fué superior: en el amor que tengo a los españoles». Y entre sus dedos, dedos de carne gordezuela y exquisita de soberana, relumbra el oro perfumado de una yema.

Hablando de nuevo sobre temas mineros y habiéndose mencionado los peligros y sinsabores acumulados en las construcciones de las galerías, la Reina apetece infantilmente la visita a una de éstas. Y «llegados a la galería —habla de nuevo «El Eco de Cartagena»— que es la que construye la sociedad especial minera Buena Unión, dueña de la rica y preponderante mina Belleza en terreno de la llamada Cuatro Amigos, y con dirección a aquella pertenencia, SS. MM. preguntaron qué longitud tenía ya y se les contestó que 465 varas. En vez de imponer esto a S. M. y aun sin detenerse a examinar si habría peligro por falta de fortificación u otra causa material insistió en su deseo de entrar».

Ha de traerse precipitadamente una silla de anea y dos mantas de la casuca de un modesto minero, con cuyos humildes elementos queda trocada la vagoneta, de ordinario usada para el

transporte de mineral, en regio trono ambulante. Sobre él, «la soberana de veinte millones de españoles, la descendiente de más de cien Reyes que, nacida y criada en el primer palacio europeo, brilla en medio de su ostentosa pompa con todo el esplendor de la mejestad real, en fin la poderosa señora que con dulce cetro acaricia, en vez de oprimir, al fiero león español, mereciendo el renombre de «Bondadosa», penetra humildemente en la boca de la galería, y se pierde en su oscuridad...

Se han encendido numerosos cirios que portan, emocionados, los acompañantes. Preceden a la vagoneta don Francisco de Asís, tres ministros, los ingenieros de minas, la comisión industrial... Todos han de rivalizar en empujar la improvisada carroza desde la que la Reina va examinando la magnitud de la obra, elogiando su seguridad y solidez, aplaudiendo el proyecto de otorgarle una salida de dos mil quinientas varas sobre el puerto de Portmán, preguntando e indagando sobre el trabajo de las minas, sobre las aspiraciones y esperanzas de sus gentes. Y llegados que fueron al término de la obra, «la Reina se dignó ver cómo el afanoso operario trabajaba en aquellas profudidades, se condolió como buena madre de las penalidades que en tales faenas se deben sufrir y tomando por último una tosca barrena tuvo a bien señalar el punto hasta donde había llegado».

De veras gusta la Reina de la excursión.

—Es hermoso todo esto.

Lo dice apasionadamente, como todo en su vida, mientras las llamas ondulantes de los cirios le arrancan un destello a las joyas, a los ojos de misteriosas profundidades.

—Es hermoso...

Admirable, emotivo, sí, el paso de la Reina por la galería. «De lo más poético, sublime y tierno que imaginar pudieron Milton, o Chateaubriand, Tasso o Lamartine, Espronceda, Quintana y tantos otros como en nuestra España han sentido hasta el grado más admirable aquella dulce inspiración», según opinión, muy acreditada por cierto, del repetido «Eco de Cartagena». Lo que empuja al señor Campoy a desgañitarse: «¡Señores, esto es eminentemente poético, esto es como un sueño fantástico: la Soberana de la nación más grande del mundo se ha dignado descender con nosotros a las entrañas de la tierra, a una imponente y pavorosa profundidad! ¡Viva la Reina!»

Excusado es decir que la entraña misma de la tierra recoge en recia apoteosis el eco glorioso de la ovación.

A la noche, Josefa, Antonia, Pepita, Joaquina, Asunción e Inés soñarán un gran salón real con arañas de velas rosadas, pesados cortinajes y muebles dorados, y acudirán, entre las nieblas del sueño convertidas en damas de honor de Su Majestad, hasta la altura de su trono, bajo cuyos doseles platicarán un ratico con la Soberana de sus problemas e inquietudes de señoritas garbanzaleras.

En soledad y silencio de noche cerrada, noche sin luna, contemplará luego don Andrés García, ya con el sueño hormigueándole sus enrojecidos párpados dè concejal, las luces de la sierra minera, y adivinando el gozo de sus montañas más por el corazón que por los ojos, ha de sonreir con mucha complacencia y aun de musitar apartándose conmovidamente una lágrima:

—Inolvidable día éste en que Su Majestad la Reina Isabel II, que Dios guarde, se dignó posar su augusta planta sobre la tierra minera.

CALLES. GENTES

Por la calle Mayor va la tartana del «Rojo Mata». Caracolea y brinca, garbosa, la jaca de trote airoso y bailarín. Sabe el tartanero que no hay tartana en La Unión que iguale a la suya en lujo de campanilla y perifollo, lo sabe y bien que lo sabe. Un día baja del tren en la estación de La Unión un ingeniero inglés. El «Rojo Mata» le ofrece su tartana. Acepta el forastero deslumbrado ante las arrancadas del vehículo y le señala una dirección. Mal ceño el del tartanero que en el acomodo y en el parloteo perdió a los demás viajeros y ahora le sale el buen inglés con que busca unos populares talleres de fundición, justamente vecinos de la estación de ferrocarril. Dando frente a ellos están ahora. Todo se lo calla el «Rojo Mata». —¿Y dice usted

que ha de ir a los talleres de...? Lejos, lejos caen, mire usted—. Al arrebato de inspiración del tartanero el inglés contesta que bueno, que le lleve donde estén; para eso le ha contratado. Y el «Rojo Mata» le hace recorrer medio pueblo, trayéndole y llevándole por calle y callejón, glorieta y plaza. Y cuando molido por el zarandeo llega el inglés a su destino, ya detenida la tartana en los patios de la fundición, ha de pagar una crecida cuenta al «Rojo Mata». No hay traducción cabal de lo que el inglés de la anécdota dijo del «Rojo Mata» y de su tartana pinturera, cuando una vez terminada su misión, recavó de la servidumbre de los talleres una nueva tartana, doliéndose de que industria de tanta importancia y competencia quedase tan apartada de la estación.

De los 800 metros de la calle Mayor sabían —saben aún— las mocitas casamenteras, siempre recompuestas, de escaparate en escaparate siempre.

De esto de los escaparates antañones de La Unión habría mucho que decir. ¿Qué comerciante no había de acicalar el suyo en noble competencia con el del vecino? ¿Que el de la esquina levantaba con carretes la Giralda? Pues héte aquí, al conjuro de los dependientes con «ángel», nada menos que el Patio de los Leones, de la Alhambra, todo hecho con pastillas de jabón de olor, jabón «Heno de Pravia» con su funda amarilla que deja en la yema de los dedos un aroma de campo, de égogla de Garcilaso o ilustración de Regidor. Escaparates de las tiendas de tejidos, fingiendo grutas de terciopelo o seda, cascadas de crespón, olas de «moiré». Escaparates de las sombrererías, con su figura de cera, siempre con el mejor y más reciente sombrero, emergiendo entre la apoteosis del jipijapa o la canariera. Escaparates de las confiterías, idealistas y pantagruélicos al mismo tiempo, con sus catedrales nevadas de la tortada, de interiores barrocos de cabello de ángel, de cascos de fruta y almíbares dorados; con sus grandes bandejas de mediaslunas, sus pila-

das de nieve de las peladillas de Alcoy; sus cajas de bombones de enormes lazos azules o rosas y sus litografías de la tapadera donde está pintada la escena de los amantes de Teruel, el diosecillo Cupido con su carcaj de flechas de oro y sus alas de mariposa, entre margaritas; o la torre Eiffel, de París. Escaparates de las zapaterías, de las farmacias, de las relojerías... En la calle X tenían su buen establecimiento los padres de Micaelita, de tanta candidez y hermosura, de tan exquisito acicalamiento de encajes, lazadas y tirabuzones, que en más de una ocasión fué expuesta en el tablado, como un camarín en flor, del escaparate de su tienda.

Espectaculares escaparates; seductores, celestinescos escaparates que envuelven y cautivan el deseo de su contemplador y lo arrastran hasta la claudicación.

En la calle Mayor estaban los estudios de los fotógrafos, con galerías de cristal con cierres de tela negra que servían para graduar la luz de ese falso otoño que aparecía detrás de las señoritas de talle de avispa y seno abultado; luego, ellas salían en esas fotografías con sombrero y sombrilla, apoyadas en un pedestal con un gran macetón donde se abría el penacho de una palmerita artificial de hojas sostenidas por una gran lazada. Al fondo de todo es donde estaba el otoño, malva y rosa, aunque luego todo había de aparecer negreando en la tarjeta postal, con la firma del fotógrafo en un pico, en impecable caligrafía inglesa.

Por la calle Mayor pasaban todas las procesiones. Por la calle Mayor pasaban todas las cabalgatas, todos los «cosos blancos». Por la calle Mayor pasaban todos los entierros: cuando el difunto era doncella sus amigas figuraban en la comitiva, agrupadas detrás del féretro, portando grandes ramas verdes enguirnaldadas de clavellinas, geranios, lazos de colores... Luego, fué suprimido el desfile de esta comparsería, y ya pasaban, severos y contenidos, los entierros, con su normal acompañamiento

masculino que seguía al ataúd de la muchacha finada hablando de otras muchachas vivas, y vivas y bien vivas que estaban.

En la calle Mayor se abrían los cafés más importantes y confortables. Uno de los más populares fué el Moderno, con espléndida decoración «1900», con gigantescos lienzos de Medina Vera, después sustituído todo por una insípida escenografía de bar americano.

De Guerrero, personaje popular que montó un café en el edificio del «Piñón», en los primeros números de la calle de Alfonso el Sabio, se decía que había tomado parte en la campaña del Callao, «no se sabía si de segundo comandante o de pinche de cocina» y que llegado a La Unión «aquí se quedó como todo el que asoma las narices por la Esperanza».

Calle Real. Acacias en cuatro hileras. Tertulia de verano con sillas arrimadas a las fachadas.

—¿No vais este año a Los Nietos?

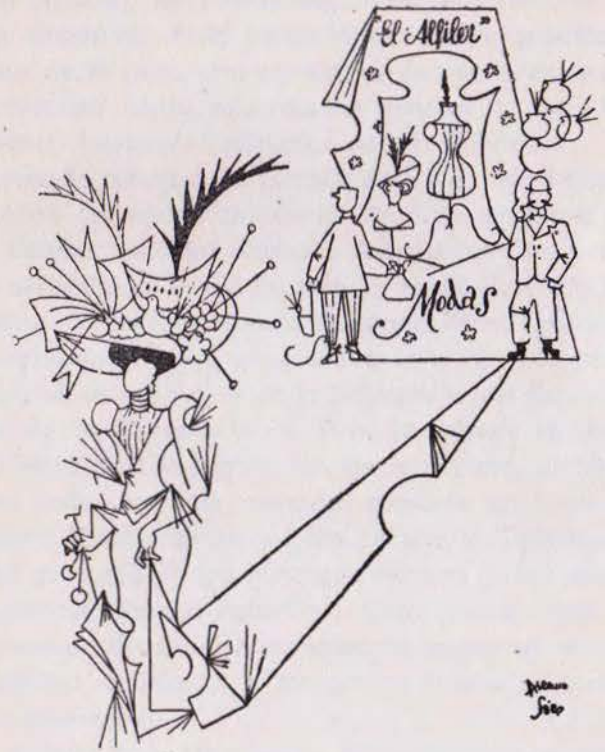
—Lo que es este verano, como no nos bañemos en «el Chorrillo»... No andan bien las cosas.

—Mujer, siquiera el día de la Virgen de agosto, digo yo.

—Lo dejaremos si acaso para el día de San Ginés de la Jara. A lo mejor bajamos al Monasterio a la romería.

—A la Soledad le he prometido subir al «Calvario» de Santa Lucía si pone bueno a mi sobrino.

Por la calle de Bailén, abundante en tabernas, siempre rondando la convidada y el sablazo, iban y venían «Cagarrachico» y «Catapuros», dos nombres popularísimos en los anales de la truhanería, donde fueron catalogados falsamente. Lo que pasaba era que, habiendo venido al mundo con unos tres siglos de retraso y ya clausurada definitivamente la escuela bufonesca de Felipe IV y muerto don Diego Velázquez, ¿qué les quedaba por hacer al bueno del «Catapuros» y al inefable «Cagarrachico», el de los siete chalecos, camarada, según confesión propia, del Conde de Romanones y amigo de la Reina?



En la plaza de Joaquín Costa abrieron un cabaret, que vino a sustituir al último café cantante. Con él se perdía la copla minera, vibrante y desgarrada, que olía a monte, a toronjina, a ramos de claveles granates como charcos de sangre. Entre pantallas color cardenal, con picos terminados en bellotas de seda, y grecas cubistas, los ritmos negroides de «fox-trot» y, luego, el tango argentino. A la gente minera no le gustaba aquello. El cabaret ardió como una pavesa, en la noche enjoyada por el chisporroteo del fuego, mientras los mineros de los últimos turnos pasaban cantando las coplas de «la Gabriela».

Al símbolo guerrero de la calle de Bailén aún había de añadirse los de las calles de Numancia, Dos de Mayo, Sagunto, Viriato, Palafox, Méndez Núñez... Aunque por otra parte estaba la calle de la Paz, y la del Progreso, y la del Porvenir, y la de la Educación... Y las literarias de Quevedo, Pérez Galdós, Cervantes, Campoamor... Y ya en plena euforia de motivos poéticos, la del Clavel, la del Sol, la de la Soledad, la del Espejo, la de la Luna, la de las Flores y la del Pino, por donde se bajaba a la antigua Plaza de Toros, para ver, de azul y oro, al Espartero.

Otras calles hay que muestran nombres sin fuste ni solera, calles como bautizadas en un día en que la Gestora municipal amaneció con prisa y todo hubo que hacerse a trasquilón limpio: Peligro, Beatas, Duque, Industria... Claro que el ritmo arrebatado de construcción callejera amenazaba ya agotar la nómina de reyes, artistas, políticos... Y las glorias locales no eran aún en verdad excesivas.

Por la calle de la Uva, por la de los Morenos, por la de Hernán Cortés, bajaba el agua en torrentera el 29 de septiembre de 1919, anegándolo todo, arrollándolo todo: paredes, árboles, postes, animales... Se suceden aquí las sequías que cuartean la tierra; se resecan las ramblas de paredes calientes, sin una hebra de agua que calme la sed de su cauce, y una tarde se vuelcan súbitamente las cataratas de los cielos ennegrecidos, dra-

máticos, que se rajan en una lluvia bíblica de perdición. Así, aquel día, en que el huracán había soltado su trágica melena y el aguacero venía envuelto en los grandes paños morados de los relámpagos. Largos látigos de agua caían sobre la ciudad, bruñida de lluvia, arrebujada en humo de turbión que termina en diluvio cerrado y bravo. Se veía huir la gente, aterrada, dentro del fanal de agua de la tormenta, buscando el cobijo de un portón, de una casa amiga; otros quisieron acudir al propio hogar, temerosos por los suyos, y el aluvión los arrastró, envolviéndolos en una brazada de aguas gordas, tronadoras. Por las calles altas de la ciudad, las que se abren en cuesta en la falda misma de la sierra, el agua resbalaba, bramando, pero las de suelo en llano, reventadas las bóvedas del alcantarillado, hubieron de recoger todo el diluvio. Por las bocas abiertas en el suelo de los primeros pisos tuvieron que ser sacados sus vecinos. Una rambla desbordada llegó a desviar sus aguas hasta el cementerio y socavó las fosas, arrastrando entre su furia a los pálidos cadáveres, cadáveres de dos muertes: la que les correspondió por ley de Dios y la otra, con barro entre los dientes, del día de San Miguel de 1919.

También por la calle de la Uva, se iba al «Chorrillo», pequeño manantial de la sierra, la tarde del Domingo de Resurrección, con la «mona» de pasta de harina y en medio, aprisionada por una cruz de masa, el huevo cocido, con su pajizo mundo interior. Y es delicioso morder ese amarillo, espolvoreado de sal, a la vez que la masa de la «mona» de piel almibarada. Además del «Chorrillo» se merendaba ese día en el otro costado del campo, con su paisaje de molinos, piteras, cardos, los cardos de cáliz color lila que se depositan debajo de las camas la noche de San Juan, y ha de amanecer, si la prosperidad ronda la casa, reverdecido como en una primavera. Más fiestas callejeras abundaban: los carnavales, las inocentadas, los engaños de San Marcos, las «aleluyas» del Sábado de Gloria y las «Cruces», el día

3 de mayo, con el altar en que, bajo un palio de colchas y encajes, relucía toda una feria de adornos y baratijas que nada tenían que ver con el verdadero signo de la fiesta: pendientes, rosarios, estampas de colores, muñecas, cojines pintados, collares, sortijas, búcaros con ramas de «paraíso»...

Llegada Navidad pasaban por las calles las «cuadrillas» de mineros cantando aquello de

Cuando la mulica vió
lo precioso que era el Niño
dijo a la vaca: Yo voy
a cantarle un fandanguillo.

Más coplas se cantaban zurrándole al pandero, dejándose la piel de los dedos en la caña de la zambomba:

La Pascua del tío Jacinto
vamos a tener hogaño:
acostarnos sin cenar
y amanecer sin un cuarto.

Digamos tarantantán.
No tendría el Niño frío
si naciera por San Juan

Digamos con alegría:
¡Viva la bota y el vino
y la mata que lo cría!

Calles. Gentes. Guarda la calle la evasión fugitiva pero a la vez el acontecimiento que puede enraizarse al corazón y en él permanecer. Parte de la historia de la ciudad pasa, como el río entre las márgenes, de acera a acera.

Calles. Gentes. Tiendas, tartanas, cafés, humos hogareños... El «hola» y el «adiós» brotados a la par. Sorpresa de la esquina

bajo cuyos faroles puede súbitamente abrirse la mano amiga o la navaja albaceteña del asesinato.

Calles. Gentes. Persianas en verde. Balcones y miradores. Detrás de sus cristales siempre había aquí una muchacha. Leyendo, bordando, mirando el «paso» con ramos de tulipas encendidas de Jesús, en la Semana Santa; la manifestación de los mineros en huelga, la carroza florida que finge un joyero dieciochesco... Ya ancianas, han continuado detrás de sus cristales. Un día, además de la procesión, del festejo, del minero revolucionario y descreído, pasará por la calle un entierro, y parte de la historia de La Unión se irá detrás de ese ataúd donde sonrie dulcemente alguien con el pelo muy blanco y el rostro rayado por cien arrugas, mientras se abre un hueco definitivo detrás de uno de esos cristales.

La procesión, el colorín del festejo, la angustia. El entierro. Calles. Gentes. La vida. La muerte.

CANTE DE LAS MINAS

Nace el clavel caliente del cante entre los labios del minero. Una necesidad irrefrenable le empuja la sangre hacia la garganta hasta hacerse chorro de copla florecida.

Cantar que nace del alma
todo lo puede expresar;
por eso el pueblo en sus penas
tiene por alma un cantar.

Copla de la pena y —¿por qué no?— también de la alegría. Más pena que alegría, claro está. Lo que no impide que todo absolutamente todo, tenga aquí su cantar.

Si canta la madre ante la cuna de sábanas pequeñas con las iniciales, en azul, del hijo; si canta el soldado en el camino amargo de la guerra al limpiar la salpicadura de la sangre en el fusil; si canta el campesino entre los oros, como un retablo, de

los trigos; si cantan los niños, compartiendo la copla con la fresca manzana y la rebanada de pan untada de miel, en la hora de la merienda; si los salmos eran cantados con melodías populares y el odio y el amor necesitan del cante para medrar o morir, ¿no ha de cantar este hombre de las minas de La Unión, de sangre andaluza casi siempre, sangre maestra de la copla, mora y sorprendente, con unas gotas de misterio crepitando entre los glóbulos? ¿No ha de cantar el minero, con una urgencia casi frenética, al saltar después de la negra jornada a la tierra firme con el sol, limpia moneda de oro ofrecida, en pago de su trabajo, en la bandeja de la tarde; aún antes: al recibir la corona del viento fino del día sobre la cabeza, todavía medio cuerpo dentro del pozo? Se lo exige el olor del aire puro recobrado, que le acerca un aroma de huertos y de mar. Se lo exige la gozosa inmensidad de los cielos que vuelven a crecer sobre su vida aún húmeda de mina. Se lo exige esa mocita que le aguarda apoyada en el quicio enjalbegado de su puerta, recién peinada, mordiendo la estrella de un jazmín:

Cuando llego de la mina,
en la boca me da un beso,
y el beso me sabe a gloria
revuelta con manganeso.

Se lo exige, en fin, el mismo conocimiento de que mañana, cuando torne a bajar a la galería, volverá a recibir en el corazón el oscuro lanzazo del miedo. La misma muerte enciende aquí la lírica necesidad del cante. «Llora, te hará bien llorar», se le dice a la madre que acaba de ver cómo los geranios calientes del hijo se han convertido de pronto en un frío ramo de nieve, bajo la pólvora del barreno. Un día dice el compañero, en la boca del pozo de la mina: «Voy a casarme. Ya tengo ahorrados unos cuantos duros». Lo dice un hombre como un árbol lleno de hojas, un hombre sano con una voz áspera y potente. Y cuando se vuelve a ver a este hombre, se le encuentra lívido, mirando a través de un telo inmóvil de vidrio, vidrio de ojos de imagen, con la caja del pecho enrojecida por un huerto de corales. La mina es así y no hay más que decir.

Cante de las minas. Agil, ardiente. Sin el crudo tinte pasional de la copla andaluza, su raíz. Doliente a veces por esa muerte de las minas, pero sin las navajas barberas del otro.

La «cartagenera» es la copla de los mineros: brava, dramática y gallarda, toda cincelada en ritmos y vibraciones peculiares. Arabesco del cante jondo. Como que en algunos «cantaores» adquiere la gracia de la hoja de acanto o del rosetón afiligranado de la catedral. Unida a la taranta constituye la esencia del cante de las minas. Con la caña y la serrana la entronca José Carlos de Luna.

No me importa que la guardia
me venga a mí vigilando:
tengo la jaca más fina
para pasar contrabando.
¡Mi jaca vale una mina!

Cantar. Quien canta su mal espanta, dice la gente. Cantar, cantar para olvidar tantas cosas, para recordar otras tantas quizás.

Por la oscura galería
van los mineros cantando,
esperando
llegar a la luz del día.

Es gozoso oir las coplas, en el livor de la madrugada, cuando el alba abre un abanico de nácar rosado sobre las cumbres de la sierra y los tomillos levantan un olor acre de monte. Pasan los trabajadores, camino de la mina.

Trasnochar y madrugar,
subir y bajar la cuesta
y ganar poco jornal,
¡esa a mí no me trae cuenta!
Yo a la mina no voy más.

Cosas de las coplas. Al día siguiente se volvía a la mina y bien que se volvía. El minero es tenaz, leal a todas sus cosas. Si el peligro lo empuja a la taberna, al vino que hace olvidar muchas horas amargas, le otorga en cambio un aire de nobleza, un aura de comprensión y generosidad.

Soy piedra que a la terrera
cualquiera me arroja al verme;
parezco escombro por fuera
pero en llegando a romperme
soy un metal de primera.

Otra copla dice:

Me dejó medio cegato
el polvo de la escombrera.
Ahora gano el pan que como
cantando «cartageneras».

Porque a veces la copla se aliña y se acicala, y salta al tablado del café cantante, hasta el escenario de los teatros con telones con cisnes y pérgolas pintados, lámparas de cristal y damas en la niebla de los palcos de doradas molduras y rojos terciopelos. Y surge el nombre propio, el «profesional» que se gana el pan cantando «cartageneras».

En la calle de Canales
cantaba Paco el Herrero
en compañía de Chilares,
el Rojo el Alpargatero
y Enrique el de los Vidales.

A estos cuatro cantaores aún habría que añadir los nombres de Emilia Benito, «La Satisfecha»; Conchita la Peñaranda, José el Pachocha, Ginés García, «el Lagarto»; Ramón el Peluca, los gitanos Nolascos, Joaquín Celdrán, Pencho Gómez, «la Roja», «el Mendo», Juan Mena... Del Rojo el Alpargatero es este cantar:

En la villa de La Unión
dicen que no hay «cantaores»:
cuando vino Juan Ramón
cantaban los ruiseñores
y también cantaba yo.

Las coplas las inventaban los troveros, los propios «cantaores» y hasta el mismo pueblo por calles y plazas, bodas y bautizos, tabernas y minas, convirtiendo así la ciudad, con sus «cartageneras», sus tarantas, sus fandanguillos, sus malagueñas mineras y sus soleares, en un inmenso café cantante. Todo lo arrollaba la copla: la novia, el vino, la baraja, el aguardiente, la mina, la calle. Ya todo para siempre aprisionado en los barrotes de sus versos. ¿Que es dura la faena de la sierra? Aquí está la copla:

Los mineros son leones
que los bajan enjaulados;
trabajan entre peñones
y allí mueren sepultados
dándole al rico millones.

¿Que por mal descuido se cae el cigarro al suelo? Aquí está la copla:

Camino de Cartagena
me puse a echar un cigarro;
me acordé de mi morena,
se me cayó de la mano.

Todo sea por Dios. ¿Que la calle luce farol nuevo, y se estrena un traje y se muere el niño de la vecina y las madamas se

asustan de las voces un tanto ásperas de los mineros? Aquí está la copla, siempre la copla:

No se asuste usted, madama,
que el que canta es un minero
que tiene la voz tomada
del humo de los barrenos.

También Cartagena mereció siempre andar en los cantares, Cartagena, marinera, labradora. Vuela la mariposa de siete colores en la dársena de aguas remansadas, sobre las cajas de madera mojada de la pesca reciente, con la rosada agonía de las agallas aún salpicadas de gotas de mar. Sobre la consola, fanales con navíos conciertan con el rojo de las rosas recién cortadas en los huertos, rosas «de la capa del Señor». ¡Qué sabor de romance de ciego con muchachas enlutadas, con jueces y cuchilladas, levantan los muros del viejo penal bajo la luna helada de los acordeones!

Me cogieron los civiles
robando en Sierra Morena.
Los jueces me condenaron.
Y me trajeron andando
al penal de Cartagena.

A veces los malos pensamientos no se dirigían al cajón de los duros «del tío sentao» o a la faltriquera de la vieja rica. Porque resultaba que el ladrón era un empedernido romántico, merecedor del colorín de la tarjeta postal, con lazos y palomas, entre ramos, la tarjeta con que luego ha de felicitarse a las Pepitas:

A Cartagena me llevan,
no me llevan por ladrón.
Me llevan porque he robado
a una niña el corazón.

Para el minero era una alegre recompensa la estampa de Cartagena, cromo de almanaque con mástiles, jarcias y banderolas, que le alejaba de las orillas de todos los días, las orillas negras de la mina.

A Cartagena me voy
a ver el mar y sus olas,
y a ver los barcos del Rey
con banderas españolas.

¿Fue un tartanero de La Unión el que cantó por vez primera la copla de la tartana?

Mocita cartagenera,
hermosa flor de levante,
si quieres ser tartanera,
vente conmigo al instante,
que mi jaca es muy ligera.

Si al fin se decidía la muchacha, ya se sabía: tartanera para siempre de la tartana más bonita. Braceo y trote, como sobre alfombra de rosas, de la jaca castaña, feriada de moños, cascabeles dorados, campanillas de plata... Envidia de todas las tartanas, con la mocita recién casada, reina tartanera con el velo de la boda al viento, sembrando de alegría, de granos de sal, el camino que va, todo seguido, de Cartagena a Herrerías.

De Cartagena a Herrerías
han puesto iluminación.
Tiene pena de la vida
aquél que apague un farol
y no lo encienda enseguida.

Y luego:

Conchita la Peñaranda,
la que canta en el café...

Café cantante. Humo de tabaco, agua turbia de los espejos, copas que guardan una joya líquida donde se quiebra en mil pedazos el lucerío de las grandes tulipas. Palabras, palabras que sólo han de pronunciarse a media voz.

—¿A qué vienes, hombre?

—A beber aguardiente. A traerte esta gargantilla de piedras de colores. A quererte.

El la había visto dentro del gran espejo de marco negro, dibujada en lo hondo, como si estuviera muy lejos del azogue, detrás de una banda de niebla.

—Soy «la nueva».

Mascaba desde hacía mucho tiempo un sabor borracho de cansancio. Se maquillaba la boca con un rojo anaranjado de llama de incendio, intentando aparentar una intención frívola que no le iba de ningún modo, que se le quedaba en aire de nostalgia de otros ámbitos lejanos con otras noches viendo crecer por la ventana, bajo la fresca sábana planchada por la madre, la luna morada de su pueblo.

En el tablado aparecían súbitamente los guitarristas y las «bailaoras» con el mantón de Manila a lo morrongo y las grandes colas que se les quedaban abiertas sobre la madera del escenario, como un pavo real.

—¡Eh, tú!

—¿Qué pasa?

—Esta noche te espero a las once.

—¿A quién, a mí? Yo no soy como «la nueva». A la hija de mi madre no se la compra por un puñado de billetes. Yo cumplo aquí, y ya está.

A ella le gustaba decir eso de los billetes. Siempre que se presentaba buena ocasión lo decía. Lo había aprendido en una función de teatro.

—Que te espero a las once.

—Por las malas habrá de ser.

—Si tú lo quieres...

La botella de coñac rebotaba, quebrándose en el mármol, y en seguida nacía un olor acre de alcohol revuelto con sangre, la sangre que manaba de la mejilla enjalbegada, rayada por los cascos, de la que siempre decía que no.

—Nada, nada, que no ha pasado nada.

Lo iba diciendo el dueño, un mozo viejo, chulón, pelado al rape.

—Que no, que no ha pasado nada.

Entre las mesas de mármol ondulaba, como una sierpe, «la nueva».

—Yo soy «la nueva». Vengo de lejos, ¿sabéis?

Conchita la Peñaranda,
la que canta en el café...

Conchita la Peñaranda tenía en la voz un chorro de flores amasadas. Su mantón de Manila la envolvía como una ola: era hermoso oirla cantar entonces, verle cómo le brotaban de pronto los nardos del cante entre el incendio de los labios. En las transparencias de agua de mar de sus ojos se le veía todo el temperamento de mujer que no le basta con recitar más o menos correctamente, sobre la guitarra, los versos de la copla, sino que ha de enroscárselos a las muñecas como pulseras calientes. Lo prueba el hecho de que hasta su propia vida anduvo en versos de cantar:

Conchita la Peñaranda,
la que canta en el café,
ha perdido la vergüenza
siendo tan mujer de bien.

Pero en seguida la otra copla dignificadora que la cubría de rosas de olor:

Para naranjas, Valencia;
para aguardientes, Arganda;
para cantar peteneras,
Conchita la Peñaranda.

El cartagenero don Antonio Puig Campillo recoge en su «Cancionero popular de Cartagena» el hecho, contado a su vez por Antonio Frutos, «el Camisero», el cual, gestionando una corrida, encontró en La Unión, en uno de estos cafés, al pintor Julio Romero de Torres, muy joven, «cantaor» antes que pintor, bajo las luces amarillas de los tablados. Así lo recuerda la copla:

Del alto cielo y sin guía
yo ví bajar un lucero
que en altas voces decía:
«Ya se despide Romero;
me voy pa las Herrerías».

Gran figura también la de esta mujer, morena de ojos azules, inmensos, hija de Joaquín Benito, el barbero de la calle de la Uva: Emilia, «la Satisfecha». El padre rapaba barbas hablando siempre de la corrida del domingo o del estilo del Rojo el Alpargatero. Los mineros que guardaban turno cantaban por lo bajo fandanguillos, tarantas, «cartageneras»... Todo lo iba recogiendo la fina receptibilidad, la intuición tirante de Emilia, una niña menuda y desarrapada que, cuando desaparecía del «salón-barbería» el último cliente, se colocaba frente a la luna del espejo, repitiendo aquellas coplas, ya en trance de artista ante el fervor y arrebato de su público.

—¡Emilia!

El padre lo barruntaba todo, el dengue y el desplante teatraleros de la hija, que a nada bueno habían de conducirla.

—No me gusta que seas así, Emilia.

Y ella:

Me llaman el barrenero
porque pongo la barrena...

—¡A fregar los platos, que es tu oficio, lagartona!

Además del arte de Fígaro, poseía Joaquín el otro no menos noble y lucrativo de sacamuelas. Ahí estaba la vitrina que ofrecía el gran estuche de segunda mano con el instrumental del oficio, reluciente sobre un fondo de terciopelo raído. Un perro de ojos cansados iba y venía acechándolo todo, supervisando la labor barbera, musicada por los trinos del canario amarilleante en su jaula de alambre. Joaquín apreciaba lo suyo al perro, tanto que cuando murió, en sus brazos por supuesto, se pasó su buena noche en vela, llorándole, sin apartar la mirada del animal, patitieso en su mínimo ataúd, todo rodeado de cirios.

—Este Joaquín—, decía un amigo, palanquinero pitañoso, fumando un «emboquillao»—, este Joaquín...

Al pico marro que suene...

—Emilia, que no me gusta que estés dale que le dale a las coplas, eso es lo que pasa.

Ella no lo podía remediar: era como un caudal de diamelas que se le venía de pronto a la garganta y que se rompía en coplas.

Dale, dale, compañero,
al pico marro que suene...

—Que no, que no me gusta que seas así, coñe.

Pasaban los mocitos pintureros, con sus bigotes de guías afiladas y sus largas blusas de tela gris, camino de la mina.

—Adiós, Emilia.

—Anda, Emilia, canta como tú sabes cantar.

—Emilia, ¿nos vas a dejar esta mañana sin tu copla? Mira

que tenemos gente nueva: éste viene de Jaén y dice que todo eso de nuestro cante son paparruchas.

—¡Anda, Emilia!

Ya bastaba. No había que hacerse de rogar. Lo decía sonriendo, mascando una brizna de toronjina:

—Bueno, bueno ¿qué queréis que cante?

Y era su voz como una hoguera de oro que iluminaba suntuosamente los desconchones de la barbería.

Se fue, ya mujer. El padre se quedó aquí, con sus tijeras, sus frascos de colonia barata, trasquilando crenchas y sacando muelas podridas. Se fue porque una fuerza ciega, un ciclón oscuro, arrollador, la empujaba hasta las aguas hondas de la copla. Cantar era su destino, por lo visto. Son cosas que están escritas. Cantar, cantar siempre: en la mañana, mirando los geranios con rocío, o por la noche, bajo el manto negro del cielo y los luceros formándole una corona de diamantes. Como el pájaro de su barbería, ella se encontraba aprisionada entre las paredes de La Unión, estrechas para su cante como un río desbordado. Por los caminos del mundo iría ella, con el golpe de viento en la boca, despeinada y con los zapatos cubiertos de polvo si fuera menester. Luego, si por añadidura venía lo del raso brillante y los pendientes finos, tanto mejor. Pero cantando siempre, eso sí. Aceptaría lo que las malas lenguas proclamaban bajo los faroles, en las esquinas encharcadas: que no estaba bien lo que hacía. Lo aceptaría, pero continuaría haciéndolo. Porque para Emilia, la melodía era lo primero y universal. Exactamente pensaba Nietzche, lo que son las cosas.

Sin embargo la esperaba la victoria rotunda y definitiva, como si estuviera con ella citada de antiguo. Y sus actuaciones en los teatros, primero, y luego sus grabaciones en discos fueron en verdad triunfales.

Aparecía en el escenario, taconeando fuerte, solemne y segura a la vez. Alegre, sonriente, satisfecha en una palabra. Satisfecha como su mismo «alias», símbolo y bandera de su propio destino. «Satisfecha». Satisfecha de haber nacido. ¡Si no lo podía remediar! Era tal la fuerza del torrente de la sangre, que no le bastaba con la copla, y había de moverse y bailar, zascandileando de uno a otro lado, abocándose hacia las candilejas, huyendo hasta el jardín pintado del foro o acercándose hasta los rompimientos de los laterales para cambiar rápidamente un mantón por otro. Actuación hubo en que lució hasta quince soberbios mantones de Manila, mantones de fondo en carmín, en pajizo, en verde, con países de hilos de colores abriéndose en pagodas, rosales, mariposas, puentes, mandarines, claveles reventones... Mantones que se ajustan y ciñen a las caderas y alzan el busto apretándolo, modelándolo exquisitamente.

A veces entablaba conversación abierta con el público. ¡Cómo le gustaba a Emilia este palique! Sobre todo en La Unión! Se levantaba el telón y se veía, por unos segundos el escenario vacío: en seguida venía ella, majestuosa y popular, como una reina campechana que gusta acercarse a sus súbditos. Se adelantaba al proscenio, bajo los aplausos unánimes, interminables. «Esperarse, esperarse». Que era tanto como decir: «Aquí estoy yo para cantaros todo lo que querais y más, porque me da la gana, pero no me vayáis a negar un rato de conversación, con lo que a mí me gusta». Se hacía el silencio, aunque desde arriba aún seguía cayendo por mucho rato el gran aguacero de los piropos y ditirambos de sus amigos los mineros:

—¡Viva el arroz con leche!

—¡Viva el tren digo yo!

—¡Borde!

—¡Válgame tu capazo terrero!

—¡Anda yq la canela fina y la pirita buena y los langostinos con tomate!

—¡Viva Orán!

En verdad «aquello» apenas rozaba con el cante, ni siquiera

con Emilia, pero estaba todo dicho con tan seria intención de piropeo, de rito hondo, que había que aceptarlo como los más cabales elogios, como la más encendida exaltación madrigalesca.

Tampoco se quedaba corta la otra, una vez hecha la calma:

—Aquí me tenéis de nuevo. La verdad es que tenía ganas de veros. ¡Pero mira aquél qué cara de justo juez me trae esta noche, mal toro te corra! ¡Pues anda que el otro de allá! ¡Sí, tú, hombre! No disimules que somos amigos de viejo. ¿O es que tan poco vale ya mi persona que me retiras el trato?... ¡Hola, don Lentes! Oye: ¿desde cuando los salmonetes usan gafas?... Pero, hijo, ¿eres tú? ¡Dichosos los ojos! En el presidio te hacía; ya ves tú que mal «pensá». ¡A ver cuando nos vemos despacio!

Con esta frase última, tan inocente en el fondo, Emilia Benito se adelantaba en muchos años al «a ver cuando subes a verme», recitado en mitad de la canción graciosa, un tanto canalla de la rubia, y monumental Mae West.

Casi siempre empezaba Emilia sus actuaciones con «el pico marro»:

Dale, dale, compañero,
al pico marro que suene,
que la piedra está muy dura
y el molinico no muele.

Y era inevitable que alguien le pidiese «la Gabriela»:

Anda y dile a la Gabriela
que voy a las Herrerías,
que duerma y no pase pena,
que antes que amanezca el día
estaré yo en Cartagena.

Nadie ha cantado después «la Gabriela» con tanta ternura y exquisitez, con tanta pasión y gallardía.

Una noche en Valencia, bien por razones artísticas, bien por rencillas particulares, se le había preparado a Emilia una silba colosal. Llegó la noticia hasta la «cantaora» y cuando, una vez empezada la función, tocóle a Emilia el turno de salida al escenario, en vez del aplauso de bienvenida, cerrado y cortés, al que estaba acostumbrada, se encontró con el más terrible y punzante de los silencios. Todos los relámpagos del cante, todo el bosque de fuego del cante, tremolaron aquella noche en su garganta. Cantó dramática, retorcida y desmelenada, con todos los huertos de dalias del cante volcados en los versos de la copla, con toda la médula del cante rota, salpicándole los volantes de su vestido. Antes de terminar ya había reventado el trueno de las palmas, triunfantes al fin sobre los malos ánimos, en la más imponente de las ovaciones que Emilia escuchara jamás. Ella aparecía en mitad del escenario, bajo los blancos focos, lívida, con la mata del pelo descompuesta por el esfuerzo cayéndole sobre los labios jadeantes. Avanzó hasta la embocadura. Preguntó:

—¿Erais vosotros los de la silba?

Y les soltó un taco, de los tremendos, porque si no aquella noche no hubiera podido dormir tranquila.

Después de sus giras de «cantaora», volvía a La Unión, donde se la esperaba con una banda de música.

Aquí queda fragante a través de los años, el recuerdo de Emilia Benito, como un cromo de alegres colores, como una pintura de pandereta, como algo jubiloso y a la vez impregnado de melancolía, la melancolía del tiempo muerto. Son muchos los que comentan aún sus últimas actuaciones, ya con las falsas ojeras pintadas y el turbio maquillaje que oculta las primeras arrugas, todavía hermosa. Sin embargo, antes del cuchicheo que anuncia la terrible piedad del público para la que hasta ayer gozó de su estima arrebatada y un día comienza a morder lo amargo de su decadencia, Emilia ya no pisó un escenario de La Unión. Había poseído casi siempre, a pesar de todo, una

intuición aristocrática que la alejaba de muchas cosas que no deben hacerse. Por eso el recuerdo de Emilia Benito en La Unión será siempre el de la estampa gentil que perfuma con los rosales bordados en un mantón de «cantaora» toda la historia de un pueblo.

Aún durante muchos años, todavía se la pudo ver en La Unión, cada día primero de noviembre. No llegaba nunca a la ciudad: su misión terminaba en sus orillas, justamente en el cementerio. Descendía de un espléndido automóvil, penetraba en el paseo central de los cipreses, avanzaba hasta la tumba de Joaquín Benito... Sólo unos minutos. Los suficientes para colocar unos nardos sobre la tierra helada, los cabales para escuchar de nuevo aquella voz que le llegaba envuelta en una niebla de nostalgias: «Emilia, Emilia, que no me gusta que seas así».

. . . . . .

Como otras tantas cosas, el cante de las minas se apagó dejando paso a la canción «jonda», amañada y teatralera, del disco dedicado y el falso espectáculo pintoresco. Gentes nuevas han venido a la sierra, y no han sabido recoger la hermosa herencia; gentes que acaso vuelvan ahora a construir la otra historia de la nueva ciudad, una ciudad con casas en bloque, bares, neón y calles numeradas en cuyas esquinas se pierde definitivamente el último eco del cante de las minas, el de verdad.

LA ERMITA VIEJA. EL NUEVO TEMPLO

Corazones devotos ordenan en 1859, aún en germen el verdadero ímpetu minero, la construcción de una ermita. Don José Pedreño, hermano del banquero don Andrés, regala los terrenos. Una epidemia de cólera se desata por toda la sierra. La ermita, todavía en construcción, ha de servir de lazareto.

El edificio es grande, húmedo y oscuro, de bóvedas muy bajas que dejan una sensación de pesantez, de frialdad de sótano. Preside Nuestra Señora del Rosario, imagen tallada por Sánchez Aracil. Casi una niña. Aparece sentada sobre unas nubes plateadas, arremolinadas en espiral, como de merengue muy batido. Y en la penumbra, entre un pequeño bosque de candelabros, de búcaros de porcelana con flores de papel, de mace-

teros y doseles, se adivinan las pupilas paradas de los santos. Una Soledad y la urna del «Señor de la Cama», difunto en un hielo de cristales con polvo. Nuestro Padre Jesús del Prendimiento, con su pelo postizo donado por una devota, entre dos sayones. También está San Pedro, con un gallo disecado con una falsa aurora rosándole los ojos de vidrio, empujándole el último canto estrangulado en la garganta. Y el cuadro terrible de las Benditas Animas. Y la Samaritana: aparece a la vera de un pozo cuyas piedras de corcho imitan las auténticas del de Jacob, y ofrece un cántaro de barro cocido, vacío, a la angustia del Maestro, sentado al otro costado del pozo. Muestra Jesús un gesto de cejas encontradas, gesto que pide la dádiva del agua para calmar su sed de tantos caminos, la eterna sed de su lengua morada de madera.

Hasta el 5 de agosto de 1865 en que abre su archivo como adyutriz de la parroquia de Alumbres, la ermita no administra sacramento alguno. Quirico Vilches Rodríguez es el primer niño bautizado. Y el 28 de septiembre, con el altar mayor adornado de mimosas de tela y alambre, se celebra la primera boda.

Frente a la ermita se abre una plaza con terebintos de hojas delgadas y finas, de un verde brillante, con racimillos de uvas bermejas. Crece la plaza. Crece el poblado minero. En las noches de verano la gente de la plaza sale a sus puertas, con sillas y mecedoras, y se complace en la larga tertulia bajo los faroles de gas. Se comenta el empuje, el apogeo de la sierra.

—De Almería llegaron ayer siete familias.

—Mañana viene mi cuñado con la suya de Huércal-Overa.

—¡Pues sí!

—A nosotros nos ha escrito el primo de mi marido desde Barcelona, haciendo los «preguntaos» sobre las minas.

—¡Pues anda!

—Mucha mina y mucha tonelada de plomo y se les pudre

de humedad esa ermita. Vergüenza les debiera dar —dice de pronto la recién llegada de Murcia.

Una vecina acude con una fuente azul con unos cortes de sandía.

—Tocamos a tajada por cabeza.

Con esto del calor da gusto la tertulia hasta las tantas, con el «camino de Santiago» arriba, coronándolos a todos. De vez en cuando baja de la sierra una banda de aire fresco, como de campo con árboles y balsas.

Viene un viejecito, con su blusa larga de obrero, portando una silla de anea que apoya en la pared. Con su vestido color de calabaza manchado de sudor por las axilas pasa la vecina de la esquina, la que sirve de camarera en un café cantante.

—Hija mía había de ser —rezonga el viejo liando un pitillo con una hojita de papel de fumar «El Rey de espadas».

—Cada uno hace de su capa un sayo —razona la que tiene la cuñada en Huércal-Overa, que acepta alguna vieja empanada de las que la camarera tima en el café.

Si la noche es excesivamente calurosa ellas aguardan a los maridos que están en el último turno. Vienen cantando a grandes voces.

El lunes por la mañana
los pícaros tartaneros
les robaban las manzanas
a los pobres arrieros
que venían de Totana.

Tartaneros, mineros. Nuevas casas, nuevas tabernas. Y la ermita, casa paupérrima de Dios, iglesuca de aldea, hecha de piedra y barro a prisa, se desmorona en su desamparo.

—Lástima, lástima.

—Ya ve usted, con el cariz que el pueblo toma.

—Un «potosí» dicen que guarda aquí la tierra.

Todos los vecinos de la plaza de la ermita coinciden en augurar días de grande prosperidad para la minería.

—Hemos de verla, hemos de ver a Herrerías dentro de un par de años.

—Buen tiempo para Herrerías —ha dicho un camarero, frente a los grandes espejos con anuncios del Anís del Mono, mientras servía el café a don Antonio Sáez.

—Optimo —ha corroborado don Antonio Sáez.

—Gran tierra aquélla —afirma días más tarde el Corregidor de Cartagena. Y por delegación del Gobierno Civil nombra alcalde del primer Ayuntamiento del poblado minero a don Antonio Sáez.

Y una tarde, ya Herrerías gustando las mieles de su título de ciudad, el excelentísimo e ilustrísimo señor don Tomás Bryan y Livermore, en su palacio murciano de la plaza de Belluga, recibe noticia de la minería.

—Vea su Ilustrísima que la población minera aumenta por momentos, que su industria es cada día más floreciente y próspera, que la fiebre de las minas amenaza a tantas almas que todo lo han de dejar por la aventura y la codicia. Y Dios queda olvidado en la húmeda orfandad de una ermita rural.

De todo queda enterado el obispo Bryan que sabe, además, que la parroquia de San Pedro, de Lorca, destruída por el terremoto de la noche de San Agustín de 1672 y reedificada más tarde a costa del cura Pérez de Tudela, apenas cuenta hoy con unas escasas docenas de fieles: unas hermanas viejecitas, enjutas y descoloridas, con ropas de mucha ranciedad y pobreza; una señora enlutada que gusta del rezo ante la imagen de la Divina Pastora, de Francisco Salzillo; una muchacha de profundos ojos azules que viste hábito del Sagrado Corazón... Pocos entierros, pocas bodas. ¡Cuántos esponsales, sin embargo, con el negro vestido y el ramo de azahar, en cera; cuántas muertes, muertes de mina, en la ermita adyutriz de Herrerías, en la ermita de La Unión! El obispo Bryan toma la pluma. Días más tarde se sabe que la residencia del párroco de San Pedro, de Lorca, ha sido trasladada a la sierra minera, junto a la ermita.

Víspera de San Juan llega a la ermita, ya parroquia por voluntad del obispo, don Martín Martínez, cuya primera firma en los libros parroquiales aparece precisamente con fecha 24 de junio de 1888, sosteniendo aún el título de párrocos de San Pedro, de Lorca, cuantos rigieron esta parroquia de Herrerías hasta el día primero de marzo de 1908, oficialmente erigida en parroquia de primera con el título de Nuestra Señora del Rosario.

Nada sabemos de la impresión de don Martín Martínez ante la sierra, ante sus hombres enfebrecidos por la sed, sin vasos ni ánforas, de las minas.

Mirándolas desde su ventana, doliéndose de lo yermo de estas almas, muere don Martín, y en noviembre de 1890 viene don José Tomás Pérez. Dos años más tarde don Antonio Sánchez Navarro celebra el último matrimonio en la antigua ermita. Día de la Purísima ha crujido una viga de sus bóvedas y se han desgajado unas piedras. Al día siguiente se derrumba el coro. Don Antonio ha de reunir una Junta pro-construcción de una nueva iglesia.

—Hora era —han dicho los vecinos de la plaza. Y para celebrarlo han desempolvado sus guitarras y hasta sus botellas del buen anís que si se vierte en una copa grande con agua hace crecer el delicioso color morado y lechoso de la «paloma».

Y hasta la Junta pro-construcción llega la borrachera de la «Nueva California», cuyas edificaciones alcanzan ya las laderas de los montes. ¿Por qué no construir un templo a tono con la pujanza de la población, con sus aspiraciones desbocadas?

6 de octubre de 1894 el obispo Bryan, de grosella y fresa coloca la primera piedra de la nueva iglesia. El arquitecto don Justo Millán dirige las obras: se cavan los cimientos en los terrenos donados por don Román Sánchez y don Pedro Casciano;

se levantan, entre cárceles de andamios, muros y arcos; se cierran, como inmensas frutas de piel fosilizada, las cúpulas; se forjan las suntuosas verjas, se tallan las imágenes, se estofan los retablos...

El obispo Bryan sigue desde Murcia el proceso de las obras. Ha prometido su asistencia a su inauguración. Desde La Unión le llegan a menudo noticias detalladas del adelanto y hermosura del templo.

—Vea ahora su Ilustrísima que la sierra minera realiza píamente una ejemplar obra a mayor honra y prez de Nuestra Señora.

El obispo Bryan sonríe.

Al cesar don Antonio Sánchez Navarro en su cargo, corren noticias sobre que el nuevo párroco no ha de ser del todo adicto a las obras, y que aun habrá de motejarlas de vanidosas y contrarias a la parquedad que ha de mover el verdadero espíritu cristiano. ¡Albricias y aleluya, que todo fue rezongo falso, que el doctor Alvarez Caparrós gustoso y bien gustoso que es de la magna idea! Suplica a todos su donativo para el templo, pregunta, trajina, indaga, corre, se desvela por todo cuanto haya de suponer un grado de adelanto en las obras...

El obispo Bryan sonríe.

Se señala el día 7 de diciembre de 1902 como fecha crucial de la inauguración. Las bandas de música ensayan selectas y pausadas marchas, animados pasodobles. Se ha escrito a renombrados oradores sagrados de verbo arrebatado y encendido: ya han contestado afirmativamente Cavero y López Maymón, canónigos de Orihuela, y el Provincial de la Orden de Capuchinos, fray Melchor de Benisa. Y se ha avisado a la orquesta de Cartagena.

Cada día, atardecido, se ve cruzar la calle Mayor a un mismo grupo de señoritas con manguitos de piel y adornos de «soutache». Van un tanto presurosas y vuelven la esquina de la calle

de Numancia. Una hora más tarde, ya encendidas las luces blancas de los faroles de gas, las señoritas con manguitos de piel y adornos de «soutache» vuelven a pasar, esta vez más sosegadamente, por la calle Mayor. Un amigo de las señoritas, caballero de frondoso bigote y panza un tanto respetable, en cuya corbata rutila la estrella de un diamante, las detiene ahora unos breves momentos.

—¿Qué, del ensayo de la misa solemne? ¡Muy bien, muy bien! ¡Animo y actividad, jovencitas, que sólo faltan nueve fechas para tan venturoso día!

Al anochecer siguiente, la mujer del alcalde, que viene de comprar una cajita de yemas escarchadas en «La Muñeca», inquiere sobre la misa del venturoso día.

—¡Mirad que sólo faltan ocho! Por Dios que no habéis de descuidaros.

¡Ocho días! Amanece siempre un cielo ceniza, con nubarrones de negra crestería. ¡Si lloviera ese día! En Murcia dicen que ha llovido bastante. Mal invierno aguarda.

—¿Vendrá el obispo a la fiesta? —pregunta una niña, en la sobremesa, bajo la lámpara de afiligranadas tulipas verdes que hacen creer en el comedor una claridad submarina, de acuario.

—Lo que pasa es que este año se ha adelantado el invierno —ha musitado alguien en voz baja, junto al obispo Bryan.

El obispo Bryan sonríe.

Al obispo Bryan lo entierran unos días antes de la inauguración del templo.

Del pomposo acontecimiento —chistera, cohete y banderola— guarda fidelísima memoria la siguiente acta de inauguración: «Leone XIII P. P. Regnante. En la ciudad de La Unión, provincia de Murcia, Diócesis de Cartagena, el día 7 de diciembre del año del Señor de 1902; siendo Rey de España don Alfonso XIII; Gobernador Eclesiástico (S. V.) el M. I. Sr. Dr. don Juan Gallardo; Arcipreste de este Partido el Dr. don Juan Ma-

nuel Pérez Gutierrez; Párroco de esta ciudad el Dr. don Antonio Alvarez Caparrós; y Alcalde de la misma el Licenciado don Pedro Ros Manzanares... se procedió a la bendición del nuevo templo Parroquial, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, Patrona de esta Ciudad... verificándose a continuación la traslación solemne del Santísimo Sacramento, Santos óleos, Crisma y la Imagen de la Santísima Virgen del Rosario, al nuevo Templo».

La primera sal bautismal la recibe el mismo día la niña Angustias Alonso Moreno, hija legítima de don Ramiro y doña Juana, cuyo abuelo paterno ha construído a sus expensas la capilla bautismal. El altar mayor está presidido por aquella graciosa imagen de la Virgen del Rosario, de la ermita de Herrerías, de gesto más infantil ahora, de ternura más delicada y dulce frente a la magnitud del nuevo templo, en el que ha de quedar definitivamente como Patrona de la minería. Con ser mucho lo hecho, con ser asombrosa la labor terminada, ¡quedan aún tantas cosas que completar! Torres, capillas, exorno de bóvedas... La fachada principal aún no ha sido comenzada. No será comenzada nunca. Aún así el templo resulta exquisito y suntuoso: tres naves, crucero, girola, dos bandas de capillas laterales hasta un total de quince, veinte altares, cerca de treinta imágenes talladas por buenos escultores...

Claro es que si, pasados rumbo y alborozo de los festejos se penetra en el interior de la iglesia ya sólo han de verse a la alcaldesa, a la jueza, a alguna nueva «minera» rica, exuberante el atavío de filigranas, broches y arrequives. Y pare usted de contar. Bueno, quizás haya de encontrarse hasta una docena de fieles más: una señorita de la Congregación de Hijas de María, un ingeniero, varias viejecitas que viven en la plaza de la antigua ermita, un muchacho que hace versos, una adolescente de piel amarillenta y grandes ojeras moradas que recuerdan esos pensamientos de raso de las funerarias... Fuera —¡tan cerca!, ¡tan lejos!— quedará la ciudad, sus dudas y esperanzas, todo definitivamente ahogado en la fiebre de las minas que pone a los ojos y al corazón una venda de desvarío.

Mirando a los fieles desde la altura del coro semejarían unas cuantas hormiguitas perdidas en una angustiosa soledad, una infinita soledad. Nadie podrá apagar ese frío sutil, cortante, frío glacial que habrá comenzado a crecer bajo las bóvedas de Nuestra Señora del Rosario.

LA MUERTE, NUESTRA AMIGA

Muchas cosas se han dicho de la muerte del minero, de la muerte en la mina que envuelve como un inmenso sepulcro, la breve y verdosa palidez del muerto. Su sombra siempre lo ha manchado todo aquí, trágicamente.

Hoy mismo que los ascensores eléctricos, las lámparas de pila seca, los frenos, las señales de seguridad y tantas defensas garantizan la vida del minero, no se ha logrado eliminar del todo ese frío pequeño y amenazador que acecha siempre la vida del minero en una grieta de la galería, en la garganta de los pozos, en el polvillo de los minerales que se agarra a lo rosa de los pulmones en una macabra nevada.

«Se amanece con la copla y el vino mordiendo alegremente en

la garganta, pero se puede anochecer con las manos cruzadas sobre el vientre y un pañuelo cubriendo la boca sin palabras. Se contemplan los ojos de la esposa, el moreno de su cintura sobre la blanca sábana, pero ¿quién asegura no volver después con un telo de eternidad sobre los ojos? Se puede decir temprano: «Monte, mina, novia, madre», para volver a media tarde, a hombros de cuatro amigos, con la boca cuajada de tierra y una granada de sangre manchando la camisa.

»A veces la tragedia se hacía colectiva, y al paso del entierro, los ataúdes con proa hacia el gran Pozo, hacia la gran Galería de la eternidad, se agruparían las novias, las esposas, de negro, agitando en adioses uno de esos pañuelos con cenefas negras que hacen más negro el luto negro, despidiendo a los difuntos y componiendo la portentosa estampa trágica de la sierra.

»Cuántas recién casadas, contemplando aún las varas del azahar sobre la fría jarra, como en una Anunciación, cambiarían alfileres blancos de boda por tocas de viuda. Cuántas novias por casar se quedarían bordando flores sobre el mantel nupcial, iniciales en blanco sobre las grandes sábanas que gastaría ella sola.

»Sí, sería terrible el duelo de estas novias, de estas amantes, de estas esposas de luto riguroso, mujeres de sangre encendida y mora, que no se avenían a perder lo que un destino aciago les negaba, y que gritaban enronquecidas, como personajes de una tragedia griega, ante el cadáver manchado de tierra del amado, Dolorosas sin puñales, Dolorosas paganas para estos Cristos humanos, amarillos y rotos, en andas de su terrible Viernes Santo minero». (1)

---

(1) Conferencia pronunciada por el autor, sobre el tema «La Unión, ciudad del Sudeste», en la cátedra Saavedra Fajardo de la Universidad de Murcia.

Más cosas se han dicho de la muerte en la mina, de la obsesión de la muerte en el minero, clavada siempre como un ascua taladrante en medio de la frente. Hasta la misma copla la recoge, haciéndola crecer como una enredadera, enredadera de panteón, entre la reja de sus versos:

Sólo al minero le ayudan
el talento y el valor;
corta piedra blanda y dura,
siempre de la muerte en pos,
trabaja en su sepultura.

Copla de los mineros, sencilla y popular, que nunca miente.

Va a partir el minero a la mina. La esposa le prepara «el trapo», una servilleta grande, rústica, que se anuda por las cuatro puntas, y dentro queda el parvo yantar del hombre: una cazuela con el «frito», un trozo de queso blanco o una sardina de bota, un cartucho de papel de estraza con las menudas olivas de «cuquillo» que recuerdan las cuentas de un rosario de azabaches...

—A la vuelta no te entretengas demasiado en la taberna.

Los hijos duermen. En el comedor un quinqué juega a los fantasmas con las sombras de los muebles, desdobladas contra las vigas del techo. Bajo el reloj, la mujer del almanaque del chocolate Amatller sonríe estúpidamente en esa hora turbia de la madrugada, y señala una fecha cualquiera de 1900.

—Que no encuentro el candil de la mina.

—Mira si está en la leja de la cocina, hombre.

Se va el minero. La madrugada fría y las estrellas. Después la cuesta del monte, la caseta de la máquina y la cuba. El minero coloca los pies sobre el borde de ésta y se sujeta por un cinturón a una de las argollas de la cadena. Por un instante la suspensión inmóvil en la boca del pozo; bajo los pies, el vacío, la larga garganta negra y caliente que deja escapar un olor

penetrante, afilado, acre. ¿Qué es lo que aguarda en lo hondo? ¿Qué mundo extraño, qué desconocido cosmos se abre ahora por dentro de esas entrañas ciegas? ¿Y si el descenso que en estos momentos empuja a la cuba a esa hondura no se acabase nunca? Bajar, bajar, bajar siempre...

A fines de siglo el ingeniero Malo de Molina propone un experimento a realizar con un obrero inteligente, valiente, obrero de fábricas o talleres soleados, de campos con luminosos cielos que se abren como un palio sobre la cabeza despeinada por el viento. Y este hombre participa por primera vez en la faena minera. Hágasele contemplar los preliminares de la bajada al pozo. Colóquesele luego en la cuba y en el instante en que, ya balanceándose en el aire, se va a iniciar el descenso, observad su semblante: le veréis descompuesto, pálido, encogido y aterrado el espíritu que se le vuelca por los ojos espantados. Ojos de la criatura de Dios que acaba de conocer sobre su hombro, enfriado momentáneamente, el tacto de una Mano que nadie ha visto.

La bajada. La cuba ha comenzado a descender y los candiles encendidos van poniendo una corona de luz macilenta sobre el relieve rocoso de las paredes en las que se estampan ahora las sombras de los viajeros, descomunales, rompiéndose en los salientes y desgarraduras. La rodaja de la luz del día, en la boca del pozo, va quedando cada vez más inalcanzable, arriba, moneda perdida que muchos ya no vuelven a recobrar nunca. 50 metros. 100 metros. 400 metros. La cuba se ha detenido ante las galerías. Ya otras luces, otro clima, otro mundo ajeno al vuelo del pájaro, a la rama retallada sobre un fondo lejano de nubes caminantes. ¡Qué distantes ahora la mesa de la taberna, el farol de la calle con su halo de insectos, la rosa cortada que perfuma el comedor de la novia! Hasta los hijos, la esposa, semejan perdidos en un horizonte imposible que no ha de recuperarse en mucho tiempo. El trabajo. Duele el

pecho, los músculos, la sangre. Las herramientas acaban por penetrar hasta la médula del hueso y hacerse carne de la propia carne. Horas. Tiempo que nace de unos relojes que nadie sabe donde se mueven, que nadie sabe ni siquiera si están en alguna parte, pero cuyo tic-tac muerde los pulsos, tensos, poblando de agujas, ruedas, manecillas, toda la imaginación ardiente, desesperada a veces. Acabar, huir cuanto antes de aquel bosque de piedra. Horas. Más horas.

—¿Falta aún mucho?

—¿Cuántos minutos todavía?

Se horada la peña de las paredes, se continúan los trabajos de profundidad. Nuevos filones, nueva vida desbordante, arrebatada y manantial, a costa de la sangre muerta. Aún más horas. Al fin, la subida. Tres tirones de la cuerda, y arriba ha de sonar la clave que haga ascender la cuba. La estrella luminosa de la boca del pozo vuelve a recobrar progresivamente su fulgor hasta reconcentrarse en una luna redonda y nítida, y esa hostia de luz va dejando ver la vida. Se pisa la tierra firme y se respira gozosamente la bocanada del viento libre. Un día más.

Mañana la mujer volverá a preparar «el trapo».

—Que no te entretengas mucho en la taberna...

Mañana. Ahora un día más ganado a la mina, eso es lo que importa de veras ahora.

Por todo esto canta el minero, por todo esto gusta de las «láguenas» hechas de vino rojo, de Jumilla, mezclado con aguardiente, y del juego de la baraja con manchas, y de «la coñac» que anima la sangre, y del anís que le coloca a sus miedos de minero una niebla de ensueño.

Mientras, ellas esperan. Las mujeres, «las mujeres de la sierra» del cantar. Esperar en su más cabal oficio. Esperan unos cuantos duros, el sábado por la noche. Esperan la vuelta del amante. Esperan la subida de los jornales. Esperan el día en

qué unas amigas llegan inesperadamente, compadeciéndolas, preparándoles una taza de tila. —La tila es cosa santa. Conformidad y paciencia. Salud para rezarle que no falte y allá nos espere muchos años—. Ya está el marido ahí, tendido, roto, con un ramo de alhelíes encima Todo de pronto. Bueno, pero ellas ya han estado esperándolo todo desde siempre.

—Maldita sea la mina. Malditas sean todas las minas del mundo.

Otras mujeres también lo dicen. Lo dicen todas, encendiéndole una lamparilla de aceite al cuadro de la Benditas Animas del Purgatorio o a la Virgen de la Soledad, sobre la cómoda, de negro, con sayal de lentejuelas y corona de latón.

—Porque vuelva mi Juan.

Muchas, empujadas por un terror anscentral prometen ir descalzas el Viernes Santo, en el Entierro del Señor, y ofrecen terribles hábitos a las imágenes que pasan en las procesiones, tambaleándose encima de los tronos, hábitos de colores agresivos: llamarada, de rojo de pimiento, de los sayales de Jesús Crucificado; azul cobalto de la Dolorosa, violeta y amarillo de Nuestro Padre Jesús Nazareno...

—Porque ampares a mi hombre.

—Porque se me pudran los pulsos antes de ver a mi Antonio entre cuatro velas encendidas, como el Señor de la Cama.

Y siguen esperando.

La muerte. En las escuelas el niño que viste de tonos claros, de colores alegres, aparece una mañana de negro cerrado. Un compañero lo compadece, y este compañero ha de volver a la escuela al cabo de unos días, todo de luto.

—También por mi padre, ¿sabéis?

—Acabaremos a este paso vistiendo todos de luto— ha dicho el niño mayor de la escuela, desde su pupitre largo y pintado de negro, como un féretro.

La muerte, el luto. La blusa color de rosa, los pendientes de

piedras brilladoras y la palma de jazmines sobre el pelo tirante, mojado de agua de colonia. Y de pronto la tinta del luto ennegreciéndolo todo. Las medias espesas, las alpargatas de suela de cáñamo, el vestido de tela mate, el pañolón que se anuda debajo de la barbilla. Ellos, también de luto absoluto, con la mancha terrible de la camisa negra. El día de Todos los Santos se saca el pensamiento de enormes pétalos de raso, del que pende la cinta fúnebre del recuerdo, la que dice en letras doradas: «Tu esposa e hijos no te olvidan». Durante el resto del año es guardado en una caja cuadrada de cartón, sobre el armario ropero. Flor de un morado brillante que cada año va siendo más desvaído pero que mantiene la memoria del difunto entre los miembros de la familia. El pensamiento, la lámpara de aceite, un par de búcaros de loza con un San Antonio en relieve, el cesto de caña de las flores y la ampliación fotográfica del muerto, la que se encarga en seguida al fotógrafo para colocarla todos los años, en este día, sobre la tumba, con una orla de crisantemos, siempervivas y «moco de pavo». Todo al cementerio, con la familia: la abuela, la viuda, los hijos, los hermanos, como un grupo escultórico en la cabecera de la fosa, levantándole así al ausente su mausoleo de lujo y construyendo el gran cuadro plástico del día. No regresarán hasta bien anochecido: permanecen toda la tarde junto a la tumba, mirándola fijamente; las mujeres suspiran a menudo. Pasa la gente que acude al cementerio por lo que de festejo y romería tiene la jornada, y se detienen ante esas tumbas, conmoviéndose, indagando una seña, un sucedido, un dato sabroso sobre la biografía del difunto que sonríe desde el cartón de su ampliación. No hay que decirlo: aun separado de su tumba, colgado en la entrada de la casa, entre litografías brillantes y un par de búcaros rellenos de serrín con rosas de papel, el retratado muestra claramente su identidad de finado, de hombre que acicalado con la ropa del domingo se retrató sabiendo el destino de su retrato. ¡Qué misterioso hálito, qué tremenda poe-

sía popular, de romance de ciegos, de trovos y de coplas, la de estos retratos de cementerio de los mineros muertos!

—¡Lástima de hombre, con lo buen mozo que era!

Al pasar frente a la tumba todos lo van diciendo, compadeciéndose de veras, y miran un poco miedosamente, como se mira siempre al negro de los cuervos, los lutos de los otros mozos de la familia. Lo de la buena planta del muerto es referida siempre, en macabra comparación, a los vivos que lo velan, y hay un gesto inevitable de la que piensa: «¡Menudo muerto que haría éste!» Puede que no se equivoque y que el año próximo uno de estos muchachos mineros, familiares del difunto, esté pudriendo tierra, ya para siempre conservada la mocedad detrás del cristal de la ampliación.

—¡Qué lástima!

—¡Ay, Señor!

Y han de pasar todos apresuradamente, envueltos en el halo de su propia compasión, comiendo altramuces amarillos y semillas de girasol con sal, y buscan en seguida la emoción de otras tumbas.

Como guitarra sin cuerdas
se va quedando La Unión:
unos que mata la sierra,
otros que se lleva Dios.

La Muerte y los muertos. Los antiguos la pintaron con una guadaña reluciente y un níveo sudario bajo el cual crecen los blancos huesos. Viene el hombre a la vida, y cada paso dado en su camino es ya empujado por esta Huesuda ensabanada que un día, cansada de empujar, decide segar de golpe la flor de las entrañas. Nadie espera la terrible decisión que igual puede llegar en el fondo de la mala copa o en el filo cortante de una navaja, muertes que se contemplan lejanas y como referidas a otras vidas encendidas en otro corazón que no es el nuestro. No así

el minero, siempre percibiendo su aliento y su pulso, su temperatura de hielos y nieblas. Lo asegura la copla:

...corta piedra blanda y dura
y con su mayor trabajo
va abriendo su sepultura.

Buena amiga a pesar de todo la Muerte. Se queja el minero de su hastío, de sus ilusiones apagadas, de su cansancio, de su gran cansancio de todos los días. Y de pronto la Muerte lo tiende amorosamente, con una cruz entre los dedos amarillos, con un sueño donde el tedio o el desengaño no han de tener cabida, para descansar. No deja de ser confortador el lance si bien se mira.

«THE CARTHAGENA AND HERRERIAS STEAM TRAMWAYS. COMPANY LIMITED»

Un tren pequeño, casi infantil. Partía de la estación de Herrerías llegando hasta Cartagena, con sus frescos fondos marineros abriendo una acuarela azul en cada ventanilla, pero lo mismo podía terminar en San Francisco o en Virginia City con parada, por supuesto, en toda una breve colección de pueblecitos del Oeste americano. Como que se temía a veces que apareciese el sherif, con su pistola y su placa, pidiendo la documentación y pretendiendo ahorcar a toda costa a aquel sujeto, con indumentaria a lo William Terriss, del último vagón, que habría asaltado la primera diligencia de la mañana.

Su mismo nombre —«The Carthagena and Herrerías Steam Tramways. Company Limited»—, por el origen inglés de la

compañía, ya le otorgaba prestigio y cariz de gran señor, de caballero extranjero que visita la sierra minera, se va y vuelve.

Hasta en coplas aparecía:

De Cartagena a Herrerías
han «levantao» una pared,
por la pared va la vía
y por la vía va el tren
¡y dentro la prenda mía!

La gente se preguntaría qué es lo que pintaba «la prenda», zascandileando a toda hora de Cartagena a Herrerías y viceversa. Lo cierto es que iba allí. Asomada a la ventanilla, seguro.

—Da gloria mirar la sierra desde el tren— diría sacando todo lo posible el busto ceñido por un mantón de ocho puntas. Y se volvería graciosamente hacia dentro porque una carbonilla de la locomotora se le habría metido en un ojo, uno de sus ojos profundos, inmensos y gitanos de «prenda».

El tren daba color a la sierra, garbo y tono de buena decoración, de pintoresca escenografía donde se desarrollaba al cabo del día tanto drama, a veces tanta tragedia.

Sus vagones eran de dos categorías. Sacaban billetes de «primera» el Secretario del Ayuntamiento, una muchacha descolorida, con sombrero y boa, acompañada de su señora tía; un caballero de espesa barba y chaleco amarillo con botones de nácar; una señora gruesa, viuda, con varias hijas doncellonas envueltas todas en las olas del luto: mantos, bolsos, hebillas, lazadas, zapatos, todo de un duelo cerrado y riguroso; un sacerdote, dos ingenieros, una canzonetista de la compañía de «varietés» que anoche debutó en el Principal...

En «segunda» viajaban: un contable, la pareja, en verde botella, de la Guardia Civil, un grupo de gitanas con tracoma, que iban a vender flores de papel de seda a Cartagena; tres señoritas humildes, una mujeruca de vientre colosal, un par de

monjas del Hospital de Caridad, que todo lo miraban con graciosa humildad, y al arrancar el tren se santiguaban devotamente: dejaban un olor doméstico de telas lavadas, muy planchadas y almidonadas pero de las que no se ha podido evitar ese tufo de cocina pobre, tufo de verdura cocida de los hospitales.

Sonaba la campana de la estación, de fresco sonido de ermita veraniega, y arreciaba el pregón de los vendedores en el andén:

—¡Caramelos de menta y limón, anisicos!

—¡Avellanas, habas, almendras tostadas y saladas!

—¡Ha salido «El Imparcial», «Blanco y Negro», «El Palenque»!

—¡Al rico pastel de crema!

El tren iba a partir de un momento a otro. Entonces llegaba un señor de nariz afilada, con bastón de puño de carey, jadeando, y una atribulada matrona de orondas grasas, haciendo sonar sus collares como de jaca en trance de apresuramiento. Pasaba, rápido, un mozo de la estación con un descomunal cajón a las espaldas y los viajeros decían que parecía imposible lo de su prisa con la joroba de su carga. En la vía vecina pitaba un tren de minerales. Todos hablaban con urgencia, como si se hubiesen guardado las palabras más importantes para el último minuto. Silbaba al fin la locomotora. Abocada a su ventanilla una niña pálida vomitaba.

Se partía como para un viaje de mucha aventura y dilatados kilómetros. Luego, de Herrerías a Cartagena había media hora de trayecto. A un costado, el campo: olivos de un verde desvaído, con polvo; almendros, higueras de tronco salomónico, casas enjalbegadas de blanco, de añil, de rosa, con una parra de dulces uvas doradas haciendo toldo sobre la puerta. Un corral. Balsas con el frío cristal del agua rasante, inmóvil. Tierras labrados. Una mujeruca peinando a una niña de cara mugrienta, al sol. Un perro, un pozo, una cuerda de ropa tendida, recién lavada,

goteando «azulete». Piteras y molinos. Hasta el azul rabioso de los cielos ascendiendo, el tronco de una palmera de «belén», mezquina, solitaria. La sierra, al otro lado: tierra árida, polvo amarillo, polvo oscuro, polvo ferruginoso. El cementerio, con sus cipreses aún pequeños, de un verde húmedo y tierno. Los «gacheros». Las minas. Y a uno y otro costado se extienden los caseríos y poblados: la Esperanza, Alumbres, Media Legua... Luego, una onda fría, de olor marinero: Cartagena.

Un tren de bolsillo, con rumbos de sol a sol. Tren sin noches con la cena envuelta en papel de periódico manchado de grasa, los párpados enrojecidos por el sueño y una lluvia helada pegada a los cristales de la ventanilla mientras la locomotora clava el arpón de su silbido en las espaldas del p a i s a j e. Tren sin pálidas madrugadas en las salas de espera con una bombilla derramando una luz turbia sobre las maletas, los bultos de tela rameada y las cestas donde asoma la cresta sangrienta del gallo que llama, con su canto, al alba sonrosada, como a una novia. Tren sin lágrimas de largas despedidas.

Un tren sencillo sin misterio de grandes distancias ni aventuras. sí. Sin túneles ni descarrilamientos que enlutan la primera página de los diarios, junto al retrato del Rey.

Sin embargo sus ruedas sí conocieron la carne temblorosa del suicida. Esto le ponía al tren una leve banda de tristeza en la chimenea, como una de esas tiras de luto de las mangas. ¡Quién iba a decirlo! Se veía venir tan ufano, tan de buen humor, tren retozón, tren niño, tren de la noche de los Reyes Magos en el gran escaparate de la sierra. Y de pronto se sabía que aquellas ruedas de juguete habían contemplado la espantosa jardinería de unas entrañas abiertas y la bola azul, terrible y parada de los ojos de los muertos.

De Cartagena a Herrerías...

La copla la cantaban en la calle, en la sierra, en el café cantante. También la cantaban las muchachas que gustaban pasear por la estación, bajo la fronda de los árboles del andén; venían a esperar el regreso del tren. No, no aguardaban concretamente a nadie, pero era bonita esa hora en que, detrás de los cristales de la ventanilla, aparecía por vez primera ese ingeniero alto de las maletas de piel de toro.

De Cartagena a Herrerías...

Luego, el tren volvía a irse detrás de su penacho de humo, camino de Cartagena.

—¿Vendrás pronto?

Tarde de verano. Sombrillas de colores, gasas, jipijapas, zapatos blancos.

—Vendré pronto.

Las novias siempre ponían un aire amable que orlaba, como una tarjeta postal, las orillas del andén.

En el invierno, chales, pieles, botas altas, paraguas...

—¿Vendrás pronto?

Pero un día la pregunta hizo diana en lo más triste de un destino imprevisto. Sobre la sierra comenzaba a extenderse el mal viento de la desventura.

—¿Vendrás pronto?

Ya no se vendría pronto. Quizás no se volviera nunca. Se paraban las minas y se abandonaban las casas. Mal sino el de la sierra.

Entonces estas muchachas de Herrerías —ya La Unión amarga de la sinrazón— desdoblaban un pañuelito blanco con sus iniciales en una esquina, y acababan por enjugarse la perla de una lágrima, como se decía en las novelas de bolsillo que salían los sábados. Y ya no preguntarían a nadie si iba a venir pronto porque ya sólo eran las novias de un recuerdo. Llorando, llorando siempre, han ido marchitándose detrás de los cristales de su balcón, viendo desmontar la tienda de enfrente, derribar una

casa o caer la lluvia. Un día, ya definitivamente viejas, habrán de ir a Cartagena, y utilizarán este tren. Acariciarán sus maderas gastadas y escucharán emocionadas su jadeo de hierros y maderas, su esfuerzo asmático al alcanzar una cuesta, su ronco silbido que a ellas habrá de parecerles un largo lamento. «Quizás en este asiento, junto a esta ventanilla, iría él un día», pensarán de pronto estas viejecitas de oscuros vestidos, muy limpias siempre, muy tristes siempre. Y no llorarán. Sus ojos habrán gastado ya todas las lágrimas.

PROCESIONES DE SEMANA SANTA

Empujadas por laoble devoción de unos y voluntad de holgorio y festejo de los más, las procesiones de Herrerías pronto ganaron merecida fama de fausto y brillantez.

Comentaba la prensa del 30 de marzo de 1893: «El comercio ha obtenido positivos resultados, como lo prueba el hecho de haber vendido un confitero 500 arrobas de caramelos». Caramelos de limón, de un dorado pálido; caramelos de fresa, como cuadrados rubíes, caramelos de menta que recordaban un mar coagulado... Iban envueltos en un papel brillante, con la estampa de Jesús y María, y en el dorso unos versos elementales, sobre un motivo pasionario.

Amoroso Jesús mío,
que «sufristes» con paciencia
y santa resignación
la más cruenta pasión,
sálvanos con tu indulgencia.

O estos otros, dirigidos a la Dolorosa, que cruzaba la calle lentamente, mecida sobre una peana de claveles:

Virgen santa, Madre nuestra,
por la señal de la cruz,
danos siempre la dulzura
de tu amor, amén, Jesús.

Hasta la apertura del nuevo templo de Nuestra Señora del Rosario, las procesiones salían de la ermita de Herrerías, aunque por las reducidas dimensiones de ésta los «pasos» se preparaban fuera, en almacenes y cocherones. A la sombra de las prosaicas piladas de cajones, maderas, hierros y ladrillos, la frágil arquitectura de los tulipas de bordes ondulados, de los claveles, de las pálidas rosas, de los aristocráticos lirios de corola morada, y los santos, con sus pelucas recién rizadas.

La primera procesión, en Miércoles Santo, comenzaba a desfilar atardecido, ya con las luces malvas y amarillas del poniente coronando el cabezo Rajado. La calle principal, como final del itinerario. Al filo de la media noche aparecía el estandarte o guión en el primer tramo de la calle Mayor, esquina de la plaza de los Benzales. La gente ya había ocupado totalmente las sillas que flanqueaban la carrera, arracimándose además en balcones y terrazas. Se veían avanzar despacio los tronos, encendidos como inmensas hogueras ambulantes. «Ascuas de oro» los llamaba la gente, construyendo así la más justa metáfora de la Semana Santa.

Primero pasaba la Samaritana, enjoyada, bajo un árbol hecho

de ramas auténticas de olivo o pino. El pozo aparecía siempre exornado de tallos de enredadera, salpicada de flores contrahechas: margaritas, jazmines y campanillas, como la cenefa de una tarjeta postal. Las imágenes del grupo eran de Roque López. El origen de su adquisición para la ermita de Herrerías se perdió, se fundió como uno de aquellos caramelos de la Semana Santa en la humedad de la lengua de los años. Vestía la pecadora manto de raso verde y sayal frambuesa con lentejuelas. Jesús iba de morado, con estrellas sembradas sobre el terciopelo de la capa. Todo mostrando una orla apretada de alhelíes que siendo cultivados por la familia de los Gambines, en sus tierras cercanas al Garbanzal, levantaban un aroma menudo y bíblico de huertos de Samaria.

Ya ante el «paso» inicial, el cante de las minas volcaba esta primera saeta, con ciertos visos de intelectualidad ingenua y popular:

Junto al pozo de Jacob
está la Samaritana
oyendo a Nuestro Señor
su calidad de Mesías
y misión de Redentor.

¿Qué motivo acercó a la Semana Santa de nuestro Sureste, graciosamente, a la mujer de Samaria? Porque su figura, que tanta simpatía ha despertado siempre en nuestras calles, que ni siquiera cronológicamente coincide con los hechos de la Pasión, difícilmente se la vuelve a encontrar procesionando fuera del ámbito levantino.

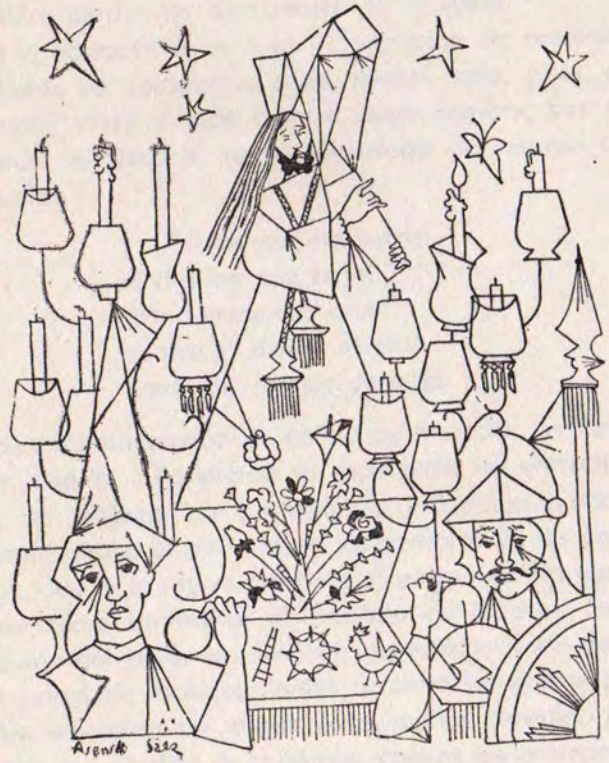
Pasaba el Prendimiento. Aparecía Jesús en su Getsemaní de luces, ofreciendo las manos rígidas, de venas pintadas, a la ferocidad de dos soldados, con armaduras del siglo XVI, como en «El Expolio» del Greco, los cuales sostenían, mentidamente, porque atados a un pequeño clavo de la palma de las manos apenas

llegaba a rozarle los dedos, un pesado cordón de oro rematado en dos borlas de mucha riqueza y primor. Jesús, aquí de rojo, con túnica bordada. Una melena negra le ondulaba hasta la mitad de la espalda. Un año, saliendo aún las procesiones de la ermita, don Adolfo Bilbao, católico cabal, hizo traer de Vera a un hombre, alto y pálido, de ojos profundos, cansados, que hizo de Cristo auténtico, con llagas pintadas de bermellón.

San Pedro, con su llave de plata. San Juan, casi un niño: entre el pulgar y el índice izquierdos mostraba la más esbelta palma de las que habían llegado para la liturgia del Domingo de Ramos. Cerrando el cortejo, la Virgen de los Dolores, con su falso corazón erizado de espadas, sus lágrimas y sus pendientes.

Las luces del sol hacían aún más intensas las tintas de la Tragedia, más hondas y sangrientas las heridas de Jesús, aumentando así el dramatismo del espectáculo. Y como se siguiera un orden cronológico en los temas pasionarios de los cortejos, el Viernes Santo, al amanecer, salía nueva procesión, haciéndose simulacro de la mañana deicida al desfilar Nuestro Padre Jesús Nazareno, cuya cofradía, aún existente, posee los títulos de Real e Ilustre. Detrás, sobre monte de flores, la Verónica, efigie de mujer hermosa aunque entrada en años. De las orejas sonrosadas, inmóviles, le caían dos largos pendientes de piedras azules que, al balanceo del trono, oscilaban rítmicamente. De una mano a otra cruzábale un paño con el retrato, en carmín, de Nuestro Señor. El gesto asustado, un tanto inexpresivo, de la Verónica despertaba siempre una viva emoción entre las gentes, como si se acabase de realizar el milagro y aún no se hubiese cuajado totalmente el dibujo de la cara de Cristo en el almidón del lienzo.

Anochecido, salía el Santo Entierro. El Crucificado. La Virgen de la Caridad, de Sánchez Aracil, morena y guapa, sentada sobre un pedestal de roca. Los soldados romanos o tercio de «judíos», con bigotes de grandes guías, ya que los integrantes



del mismo nunca se decidieron, al menos mientras lo exigió la moda, a sacrificar el mostacho. Entre los «judíos» figuraba Pilatos con el rollo de papel de barba de la sentencia. Días antes del desfile la Junta de procesiones llamaba al futuro Pilatos:

—Has de afeitarte el bigote.

—Prefiero perder los diez reales de la faena.

Y ante la perspectiva de dejar la procesión sin personaje tan decisivo, había de consentirse todo. Pilatos salía, pues, con bigote. Y hasta saeta y todo tuvo el buen hombre, por aquello de no perder el destino, saeta importada del mismo corazón de Andalucía:

Pilatos por no perder
el destino que tenía
firmó sentencia cruel
contra el divino Mesías.
Lavó sus manos después.

Pasaban los nazarenos de capuchas moradas, verdes, blancas, rojas, negras... De pronto se escuchaba un entrechocar de maderas, un tintinear de cristales, se inflamaba doradamente una esquina, giraba el trono sobre los hombros de los costaleros, y aparecía, súbito e imponente ante el pasmo de los ojos, bamboleándose como un navío, el sepulcro de Nuestro Señor. En cada esquina del trono se abría un gigantesco ramo de tulipas, como un panal de luces oscilantes, y entre los globos de vidrio inflamados emergían las largas varas de los claveles, las rosas sangrientas, los alhelíes de múltiples corolas en morado o blanco, los lirios de agua o calas que se abren en una campana de fresca carne cuajada, maciza, con su gran bajado enharinado de polen amarillo.

Cerrando el cortejo, la Soledad. De delantal de tisú de plata sobre el rígido miriñaque de alambre. Fina, blanca, vacilante encima de su alta piña de bombas, cuyos miles de «prismas» o

lagrimones de cristal tallado inventaban, por el vaivén que el trono les arrancaba, la más deliciosa y estremecida música de la Semana Santa.

Y otra vez, crepitante, la saeta popular:

Cubierta con manto negro,
guarnecida de dolores,
Emperatriz de los cielos,
ruega por los pecadores
en el Santísimo Entierro.

La cantaría sin duda un hombre humilde, quizás poniendo en la copla más alma que estilo, y es seguro que la saeta, como saeta que era, como cuchillo o dardo, iría a clavarse directamente en el corazón de la Madre de Dios.

Porque era evidente que el minero se conmovía, se angustiaba en esta noche solemne ante el desfile de las efigies. La muerte que abría una herida helada en el costado de Dios, hermanaba a los hombres con el Hombre. Muerto ya Nuestro Señor. Sobre la piedra del sepulcro, Dios estaba muerto, rígido y pajizo, con la fría carne manchada de cera. Así habrían de estar ellos algún día. Sólo que para Jesús había de venir luego la música de las campanas, volteando alegremente en la gloria de la Resurrrección. Y todo estaría salvado. ¿Todo? ¿Quien los salvaba a ellos de aquel mal sino de las minas? La muerte negra, en el frío de los pozos, en los largos caminos de la galería, o bajo una sábana lavada, en la alta cama de hierro, con los pulmones rotos. ¡Buen final de todos modos!

¿Y *luego*, qué paisaje nuevo, qué horizonte imprevisto habría de extenderse ante la sangre ya parada? ¿A qué nuevas Minas habrían de bajar *luego*?

Hasta el sencillo corazón del minero, repleto de tantos miedos y de tantas esperanzas, descendía inesperadamente un dulce escalofrío que le hacía estremecerse hasta la raíz misma del pelo,

hasta los centros mismos de las entrañas, hasta la misma médula de los huesos cansados. Dios pasaba junto a ellos. Dios. ¡Qué palabra más grande! Durante el año ellos habían mirado muchas veces la cuna del hijo, los suaves hombros redondos de la esposa, el dorado del pan sobre el mantel, pero nunca se habían parado a mirar la sangre de Dios. Se habían acongojado muchas veces en el año ante la otra sangre cuajada en los pulsos, como una dalia cortada, de los compañeros, y ellos, hombres de duras espaldas y corazón entero, habían llorado rabiosamente ante esos muertos, pero ni una vez siquiera volvieron la cabeza para mirar las cinco heridas moradas del cuerpo de Nuestro Señor. ¡Cuántas palabras gastadas a lo largo del año! Y esos labios no se habían abierto nunca para decir: «Padre nuestro que estás en los cielos, en la boca de la mina y en nuestro corazón». Y ahora estaban frente a ese Dios que parecía dejarles una claridad desconocida en el pensamiento. Frente a ese Dios tan complicado, tan elemental al mismo tiempo, que ellos no entendían bien del todo. Dios, sí. ¡Qué palabra más grande!

Terminaba de pasar la procesión. A lo lejos, el trono de la Soledad ya sólo era un pequeño ramo coruscante de estrellas. La calle, convertida por unos instantes en un hermoso sueño, comenzaba a ser de nuevo esa pobre vereda para el paso de los hombres.

...De Cartagena y Murcia, tan próximas, maestras procesionales insuperables siempre, recibió La Unión medida y canon, norma y lección de procesiones. Sin embargo, la definitiva, la arrebatada personalidad minera acabó por imponer su pintoresquismo peculiar: personajes como don José Mellado, el tío Serrano, los Gutiérrez, los Garvilladores, con sus regias capas recamadas, sus blancos caballos y sus fortunas volcadas en el esplendor de los desfiles procesionales; cofradías de características tan acentuadas como la de San Juan Evangelista, con sus túnicas blancas, de «vivos» rojos, y sus capuchas, sin capirote de cartón, cai-

das sobre la espalda, que no paró en mientes ni sacrificios para acicalar el trono de su titular con flor o tulipa, «prisma» o bombilla, lazada a perifollo habido y por haber; detalles como el de los «sayones» de túnicas mugrientas manchadas del vino de las cien tabernas del itinerario o el desfile de las imágenes antes de la procesión, en sus traslados de los cocherones a la iglesia, al son de un pasodoble torero... Todo lo cual levantó la auténtica hechura, el tono verdadero, un tanto estridente a veces, de la Semana Santa minera.

Unidas al avatar de la sierra, la brillantez de las procesiones aumentó con el auge de la minería y se descolorió y mustió con sus quebrantos, contándose largos períodos en que fue mermado el número de cortejos y aun suprimidos totalmente, malvendiéndose incluso tronos y efectos procesionales.

En 1936, la pavorosa llamarada de la guerra devoró túnicas, sudarios, «pasos», imágenes... Sólo quedó un Cristo, lívido, muerto en la cruz, ya para siempre abiertos los brazos al perdón y a la esperanza . (1) Manos rudas, ásperas, manos de mineros pertenecientes a la Cruz Roja de La Unión, que aún subsistía —subsiste entre tantas cosas muertas— que tan generosa labor desplegó siempre en las contínuas catástrofes de la minería, lo custodiaron durante tantos días aciagos. Todo podía perderse. El Cristo no. Había demasiada ternura, demasiadas fuerzas oscuras en aquella inmensa mirada que bajaba hasta lo hondo de sus vidas, como un rayo de sol en medio de la tormenta, quemándoles dulcemente las entrañas.

Reincorporada en 1947 al formidable índice de la Semana Santa española, La Unión no ha vuelto aún a encontrar sin embargo en esta nueva etapa su auténtica expresión procesionil

(1) Magnífica y popular imagen del Crucificado, conocida con el sobrenombre de «Cristo de los Bomberos», por haberlo costeado este cuerpo con destino a una de las procesiones de Viernes Santo.

que, frente a tantas jóvenes Semanas Santas construídas sin el menor antecedente y sin la menor gracia, le corresponde por derecho y solera. Porque no es importada, como rueda de feria, ni verbenera ni falsa, esta emoción desnuda, cortante, que se levanta al paso de los Crucificados de La Unión, como agonizantes mineros célicos, oscilantes sobre la roja clevelería de las andas, o al paso de la Dolorosa que arrastra su cola de terciopelo por calles y plazas, por perspectivas que comienzan y acaban en el corazón mismo de la sierra. Como que el mismo Cristo semeja morir más trágicamente, más sangrientamente, sobre los montes desnudos y desolados de La Unión, que tanto saben de la muerte, que incluso geográficamente evocan aquel otro Calvario auténtico de la gran Tragedia. «Cabezo del Humo», «Sancti Espíritu», «Cabezo Agudo», «Cabezo de don Juan», los llaman. Ganas de complicar las cosas. Bien claro se está viendo que sólo son los Gólgotas mineros que esperan, además de la sangre de los hombres —sangre pequeña, sangre nuestra de cada día, sangre de los mineros de La Unión— esta otra sangre grande, definitiva y universal del Hijo del Hombre.

MOTINES

Y un día hasta la febril actividad de la sierra, hasta el corazón elemental, sin demasiadas complicaciones, del minero, llegaron, como un golpe de mar, las primeras inquietudes sociales.

Los postulados —equívocos, ruínes unos, bien intencionados otros— que proclamaban lo que ellos llamaban justicia social obtuvieron pronto, alentados por aires extraños, una buena resonancia en el ánimo del obrero de las minas. Se buscó una forma suave, leve, apenas nada: un cantar, sin saber, o acaso con la lección bien aprendida, lo que la copla supone en estos hombres que, precisamente cantando, arrancan el plomo del filón, rompen con la novia que borda un ramo de cerezas en el

mantel o se enfrentan de buenas a primeras, como con una antígua amiga pálida, con la Muerte.

Minero, ¿pa qué trabajas,
si pa tí no es el producto?
Pa el patrón son las alhajas,
para tu familia el luto
y para tí la mortaja.

Porque el minero auténtico, el que de veras le arrancaba a la tierra su tesoro, jamás conoció la abundancia, el pequeño desahogo que lleva un poco de holgura a lo mezquino y parvo del hogar, con la esposa y los hijos demacrados, desaliñados, como una ilustración para una propaganda subversiva. Por calles y tabernas se cantaba:

¡Pobre minero! Tú vales
tanto como vale el rico
porque cortas con el pico
toda clase de metales.

También se decía:

Vale más un minerito
con la ropa de trabajo
que todos los señoritos,
calle arriba, calle abajo.

Ocurrió que frente a la natural equidad, incluso a la evidente largueza de algunos patronos mineros, se levantó el otro costado negro de la mala ambición, del abuso y la componenda.

A cargo de algunos patronos se habían abierto varios comercios, de donde forzosamente los mineros habían de retirar sus compras, ya que los jornales eran cobrados en «vales» sólo canjeables por las diversas mercancías expendidas por dichos establecimientos. Pronto surgió la especulación, la estafa, y lo

que se había discurrido orientado hacia la protección del humilde se convirtió, por positiva falta de moralidad de algunos patronos, en fraude descarado.

Mal dolor les dé a los vales
y al borde que los crió,
que por no pagar con reales
aún estoy soltero yo.

Hasta en comedia aparecieron los «vales» como ejemplo de oprobio. Así, don Herminio Aguilar escribió sus «Consecuencias de un vale», representada con gran éxito por la compañía local de don José Baeza.

La revolución se iba fraguando lentamente, como el mal debajo de la piel sana, que un día ha de abrirse de pronto para dejar al descubierto toda la turbia podredumbre.

Mañana fresca del 4 de mayo de 1898 la sierra volcó sobre la ciudad el grito de protesta y se levantaron las grandes voces violentas que empujan a la esposa a los últimos rincones de la alcoba para poner encima del aceite crudo las «mariposas» de los días aciagos.

En su libro «Los motines de La Unión», el popular trovero José Castillo Rodríguez vertió todo lo que de amargo y doloroso significó para él aquel 4 de mayo. La estampa, ya desgastada y amarillenta por los años, como un daguerrotipo, fué la siguiente:

Víspera del motín llegó José Castillo a su casa, de vuelta del trabajo.

—Vengo cansado, madre.

—Está «la Iberia» lejos. Nunca me ha gustado el «Cabezo Rajao». Los montes son hermosos para verlos desde lejos, con árboles grandes, con tomillos morados, con hierbaluisa que deja en los dedos un buen aroma, como Dios los creó, y no con hom-

bres que los rompen con dinamita y los salpican de gotas de sangre.

—Quejarse no resuelve nada.

—Es que me gustaría que fueras algo más que tu padre, que en paz descanse. Verte en otro oficio es lo que me gustaría, frente a una mesa de madera barnizada, tintero y papel encima, con una camisa limpia y las botas bien relucientes de betún.

—«La Iberia» no es una mala mina. Al menos mañana descansaremos.

Había muerto un pariente del propietario de «la Iberia», don José Carlos Roca, y se había comunicado a los obreros que al día siguiente, por lo del entierro de mucha pompa y solemnidad, no se trabajaría. Un día, al fin, con los brazos descansados.

—Ya van siendo los días largos— dijo la madre de pronto, avivando la llama del quinqué. Con el golpe de luz cayéndole de cerca, se le acentuaba más el cansancio de los ojos. Se veía que había sufrido mucho.

Llegó una vecina, alta, de negro. Se acercó a la madre:

—Mañana estoy libre; te ayudaré a lavar.

—Gracias, mujer.

José se acostó pronto. Durmió intensamente, con sueño de muchas semanas coleccionado en la sangre.

Amaneciendo, justamente a las siete, llegó la vecina, ya con las mangas en alto para el lavado. Despertó a José:

—José, la calle Mayor está llena de obreros. ¡Se han declarado en huelga!

—Voy a levantarme.

—Dicen que los sublevados vuelven a los mineros que intentan subir a la sierra, y que les obligan a tomar parte en la manifestación. Bueno será que la sangre no se derrame.

Llegó hasta la calle Mayor. En los rostros, en la mueca brava y descompuesta de los hombres, se veía aquel animal con-

tenido muchas veces en lo oscuro de los instintos. Quizás el espíritu de la revolución fuera del todo limpio, pero cuando se desatan los posos de la sangre, ya no es fácil que vuelva atrás, y salta y se desborda, manchándolo todo.

Un cojo, a falta de arma más eficaz, empuñaba su propia muleta, golpeando toda la cristalería de las tiendas: vitrinas, puertas, escaparates... Los del Llano del Beal se habían unido a los sublevados. Ya habían asaltado varios comercios, y entre los tumultuarios cruzaban los menos escrupulosos blandiendo una ristra de rojos chorizos grasientos o jugando a fabricarse pulseras con rollos de pan. Otros pasaban con un par de jamones atados, colgando al modo de una casulla: un jamón en el pecho, el otro a las espaldas.

En una tienda el dueño había hecho frente a los revolucionarios. Y manejando la horquilla de colgar el embutido, como buen mosquetero encaramado sobre la tabla del mostrador, repartía mandobles a diestro y siniestro. Uno de los fracasados asaltantes recibió un golpe en la frente, y le crujió secamente el hueso, como una astilla, detrás de la mancha encendida de la sangre.

—Vente con nosotros, José.

Y al volverse se le volcó el aliento agrio de un compañero.

—Que te vengas con nosotros.

—No me gusta esto.

—Es justo lo que pedimos.

Los recibió el alcalde en su despacho de paredes de papel rameado, con sus sillones de altos respaldos de madera tallada y sus lámparas de bronce.

—¿Qué es lo que pedís?

Lo decía con dulzura, comprendiendo todo el dolor que manaba en el fondo de aquellos ojos embravecidos, endurecidos por tantos rencores, ojos de criaturas de Dios a pesar de todo.

El que hacía de presidente de la comisión visitadora fué leyéndole a don José Maestre las cláusulas del pliego: supresión

del «vale», aumento de sueldo, disminución de las horas de trabajo...

Volvió a hablar el alcalde. Claro y bien claro estaba todo.

—Ya sé que tenéis razón. Pero las cosas no se hacen con sangre.

Se había apoyado contra la mesa de faldilla roja, y un pliegue de preocupación comenzaba a cruzarle la frente. Fuera, se oía el tumulto de los impacientes.

—Pan del bueno comprado con reales y no basura y escombro escrito en un papel. ¡Abajo los «vales»!

—Os pido sensatez, cordura.

Lo decía el alcalde con una voz que crecía ahora bajo una corteza de angustia.

—No está bien lo que están haciendo, no está bien. Con gritos y pistolas no se consigue demasiado.

Mal dolor les dé a los «vales».
y al borde que los crió...

—Sensatez, cordura...

Aquella misma mañana crepitaba, desmoronándose entre un fuego blanco revuelto con sol, todo el Archivo del Ayuntamiento. Del alumbrado de gas no quedó en pie ni una sola farola.

A mediodía corrió la noticia entre los amotinados:

—Que están esperando al Regimiento de Infantería de Sevilla.

—De Cartagena dicen que ha salido ya.

La Administración de Consumos ardía por los cuatro costados, levantando una humareda espesa, de negros borbotones, que ennublecía la mañana.

—¡¡La tropa!!

—Como que se acaba de declarar el estado de guerra en La Unión.

—Buena les espera a todos.

—¡La tropa, la tropa!

En la imaginación popular «la tropa» equivalía a todo un alarmante mundo de sables afilados, de uniformes aparatosos, de charreteras doradas, de caballos desenfrenados levantando con sus patas una oleada de polvo, de escopetas que apuntan directamente a lo rojo del corazón...

—¡La tropa, la tropa!

Para las frágiles señoritas unionenses, tan recargadas de lazadas y encajes, tan imaginativas y soñadoras, «la tropa» sólo quedaba en sinónimo de bizarría, marcialidad, brillantes desfiles con banda de mucho metal, bajo un limpio cielo azul en que rebotan cien banderitas amarillas y encarnadas... Algo de aventura imprevista guardaba, además, la palabra; de quimera, de ilusión que puede marcar un horizonte galante. Desde sus balcones, tras los visillos, ellas presenciaron, emocionadas, la entrada del Regimiento. Con la llegada de éste se dio por terminada totalmente la revuelta, aunque sólo por precaución la presencia de los militares hubo de animar aún por mucho tiempo a la ciudad.

Nueve de mayo considera la Alcaldía «que ha pasado el motín y que, restablecida la calma, no existen motivos fundados para sospechar ni menos temer nueva agresión que incontinente rechazaría la Autoridad Militar». En aquella sesión, a la que asistieron don Juan Mancebo, don Baldomero Pérez, don Ginés Cegarra, don Francisco Prados, don Martín Pérez, don José Cegarra, don Eusebio Victoria, don Enrique García y don Juan Castillo, se autorizó «lo conveniente para la reparación de desperfectos y adquisición de nuevo mobiliario». Y fue anunciado el severo castigo «de los que con motivo de los desagradables sucesos ocurridos abandonaron sus destinos o demostraron negligencia y apatía en el cumplimiento de sus deberes».

Fue simpática, durante la estancia del Regimiento, la mutua amistad establecida en general entre los soldados y el pue-

blo. Las dulces señoritas de los encajes y los lazos organizaron por su parte tertulias de capuchín, con rigodón y pionono, en la que los oficiales prestaron la gallardía y apostura emanadas de sus vistosos uniformes.

—Alberto, ¿no ha oído usted cantar a Florita la romanza de «El rey que rabió»? Anda, Florita, canta aquello de «Yo que siempre de los hombres me burlé...»

—¡Jesús, Arturo, no ha tomado usted nada en toda la tarde! Pruebe este pestiño. ¿Le gustan los pestiños? Los he fabricado yo misma con huevo batido y miel de romero.

Aparecía la criada luciendo vestido nuevo, con los licores.

—¿Los caballeros prefieren coñac o una copita de Quina-Momo?

—Bueno, ahora se va a tomar usted un pitisú y no hay nada más que hablar. Lolita, hija, acércale a Carlos la bandeja de los pitisús.

—¿Que mis dientes son perlas? ¡Por Dios, Enrique, que atrevido es usted!

Luego, acompañados al piano por la dueña de la casa acababan cantando todos aquella habanera que dice:

Tecla
se llama la mulata que yo
camelaba con sal...

En la calle las niñas jugaban al corro al compás vertiginoso de un vals que ya empujaba lo suyo queriendo destronar al rigodón y en el que había un barco que se llevaba a Cuba a los soldados españoles, con su nostalgia y sus trajes de rayadillo.

Yo quisiera ser
golondrina
y echar a volar...

Los oficiales del Regimiento acabaron, por supuesto, en maridos de las señoritas de la cachupinada.

...Y un día volvieron a despertar precipitadamente a José Castillo Rodríguez.

—José, que te buscan.

—¿Quién?

—La pareja de la Guardia Civil. Creo que es por lo del cuatro de mayo. Mala cara traen, José.

En la mañana clara los fusiles arrimaban oscuros miedos a la cintura de la madre.

—Hijo, no sé qué va a pasar.

—¿Qué quiere usted que pase?

—Tengo mucho miedo, hijo.

Se fue empujado por esos fusiles, cara a su destino amargo. La madre lo vio perderse en las últimas esquinas de la calle, donde unos niños descalzos y raquíticos jugaban al «paso».

Guilín, guilín «Ingalaterra».
Tomatera.
En el mar hay una higuera...

—Estaría escrito, Señor.

La madre se sentó junto a la ventana y apartó los geranios para mirar mejor la calle, soñando en que habría de verlo venir pronto. Pero tardaría mucho tiempo en volverlo a ver de nuevo, tardaría mucho tiempo en verlo otra vez sonreir o tocar la guitarra o componer uno de aquellos «troves» que él mismo cantaba y que le llenaban los ojos de luces, como si estuviera amaneciendo dentro de ellos, aunque fuera la medianoche.

—Estaría escrito.

¿Fueron antiguas rencillas, afirmaciones que interpretaban equívocamente los pasos de Castillo en aquel 4 de mayo? ¿Fue en verdad desorbitada la actuación del trovero en los motines de La Unión? De un modo u otro al penal fue. Y conoció el hambre, y el frío, y el desengaño, y mordió todos los limones agrios del desamparo. Todo lo cual acabó por bruñirle, por afilarle,

como una navaja, aquella sensibilidad exaltada y desmedida de poeta popular, de trovero de las minas de La Unión.

Años más tarde —7 de marzo de 1916— estalló una nueva revuelta. Y se untaron las piedras de sangre.

—No basta la otra sangre amasada con tierra —decían las mujeres—, la sangre que Dios quiere que se derrame en el suelo de la mina, sino que hay que derramar esta otra sangre limpia que corre como un caballo por dentro del cuerpo sano de los hombres. Dios nos va a maldecir de veras para siempre.

Se extendió la huelga por toda la sierra. Un grupo de mineros exigió a los de la «Fábrica de Pío» el abandono de la fundición. Intervino la Guardia Civil. Una mujeruca, gritadora y bravía, hizo frente a las escopetas que le abrieron una cinta encarnada en la blancura del pecho. Cayó mirando a las nubes, doblada, retorcida sobre el charco de la sangre.

—¡Que me desangro, bordes! ¿No véis que me desangro?

La muerte aún la sorprendió vomitando insultos.

—No, si ni en el infierno callará.

—Más sangre —insistían las otras mujeres, despeinadas, vestidas de negro por otros muertos de la sierra—, más sangre sobre tanta sangre...

Luego vino otra vez la calma y el sosiego. Y volvieron a sonar las grandes guitarras. Y las voces broncas de los mineros se abrieron de nuevo para cantar la paz y la confianza. Y se inventaron nuevas coplas.

Bendiga el cielo al ministro
que obligó a pagar con reales
el trabajo del minero.
¡Ya se han quitado los «vales»¡
Como y bebo donde quiero.

FESTEJOS

De siempre fue la sierra dada a la jarana, al festejo de rumbo y boato. El «partidario» era ante todo divertido y derrochador. Cómo no, si entre los dedos le brotaba, inagotable, el manantial de los buenos duros. Por lo que verbena y algarada, bautizo y boda, carnaval y bullanga, acabaron por poner sello de divertimiento, marchamo de opulencia, a la ciudad.

Todo por supuesto mientras el calendario, con su cromo de gitana morena con pañolón y peineta que ofrece una copita de coñac del fino, fue marcando el tiempo de las vacas gordas.

Los grandes bailes de máscaras, por ejemplo, tuvieron aquí una aceptación unánime y definitiva, mientras en la calle brotaba el otro carnaval desbordado, zafio y mugriento, con sus

dominós alquilados, sus frailes, sus miriñaques de lentejuelas oxidadas, sus madames Pompadour de trapillo... Los destrozonas, con sus colchas desflecadas, sus delantales manchados y sus sombreros cochambrosos eran las que más gritaban; algunas, en su hambre de igualdad social, creían firmemente ir vestidas de marquesas. Y el soplillo de la cocina les fingía un abanico de foyer de ópera.

El 30 de septiembre de 1897, «El Palenque» publicaba la información siguiente: «Mañana dan comienzo las fiestas de la Virgen del Rosario, que por los preparativos que se hacen prometen ser muy solemnes y lucidas... La retreta se organizará en la rambla de Porras. Los premios señalados para el concurso de labores son los siguientes: un espejo de tres lunas, un «neceser» con caja de «peluch», un esenciero, un pañuelo de encaje y un estuche de costura. Los acordados otorgar a los ciclistas que se hagan acreedores a ellos son: un alfiler de corbata de oro y piedras, un termómetro con pie de bronce y una boquilla de ámbar. Para el carruaje de más capricho que salga en la retreta se ha señalado un premio de cien pesetas».

Y en el número 313 de «El Renacimiento», de la calle de Sevilla, se decía: «Durante las horas que duró la verbena (en la explanada de la iglesia de El Garbanzal) era materialmente imposible la estancia en el paseo de la misma, por la gran multitud que lo llenaba y que acudió a presenciar la quema del castillo».

¡Qué gesto en trance de gozo, ante el primer cohete, el de la sencilla gente minera, tan aficionada siempre al ígneo lagrimón de colores de la pólvora, a la dorada cohetería que miente cien palmeras en el cuenco negro de los cielos! Era el de la pólvora un bello mundo de sueño, de magia y de belleza, tan distinto a su pequeño mundo cotidiano de oscuridades y zozobras, en la otra noche oscura de la mina.

Cabalgatas, «cosos», juegos florales, mascaradas, bailes de

gala bajo las grandes lámparas, en salones decorados con pinturas de jardín con parejas, y al fondo, entre la fronda, en pálidos azules y violetas, los castilletes y los pozos mineros, al óleo, como un Watteau industrial, Watteau venido a menos.

En los anales de La Unión brillará siempre el áureo recuerdo, inapagable, de aquella fiesta magna que para contribuir con sus beneficios a los gastos de la Guerra de Cuba, se celebró en el Teatro Principal una noche de abril en 1898, y en la que algunas localidades fueron vendidas a mil pesetas, cifra que en estos festivales pro-Guerra de Cuba sólo fue superada por el Teatro Real, de Madrid.

«Decir lo que fue la función es punto poco menos que imposible. No puede la pluma describir el aspecto que ofrecía el Teatro Principal». Sin embargo «El Palenque» del 28 de abril del año citado fuerza la imaginación y al final lo dice todo: «¡Qué mujeres, qué trajes, qué elegancia! ¡Cuánta luz, cuántas flores, cuántas banderas! ¡Qué mantones de Manila, qué españolismo! La sala, deslumbradora. Las colgaduras del paraíso, palcos y plateas formaban la bandera española. Escudos, follaje, muchas flores, un derroche de luz...» Entre tanta maravilla y gloria, las señoras y señoritas aumentaron la nota de españolismo atreviéndose a vestir unas de encarnado y otras de amarillo, componiendo así la más suntuosa enseña viviente, ejemplo de patriotismo, timbre de gloria para la ciudad minera que mereció por esta fiesta un exaltado telegrama de felicitación del Gobierno Civil.

Los caballeros, por no ser menos, mostraban en solapas, levitas y sombreros, banderitas y lazos con los colores nacionales. Las dos plateas de la entrada se destinaron a la venta de dulces, periódicos y cigarros, y los palcos fueron habilitados para «tiendas», que la habilidad de los unionenses habían convertido en fantásticos y lujosísimos pabellones. El del Círculo Conservador presentaba «una lápida de flor natural con arte combinada en la que se leía: «La Unión. ¡Viva España!». Dos columnas tam-

bién de flor sostenían el Escudo de España. En el centro, el retrato del Rey». El Círculo Republicano reservó el suyo para unos soldados recién venidos de Cuba: se les veía emocionados, un poco pálidos.

En la primera parte de la fiesta fue interpretado «El prólogo de un drama», de Echegaray. Durante el entreacto gentiles vendedoras asaltaron el patio de butacas, vestíbulo y «ambigú» y en pocos momentos llenaron «los caprichosos y elegantes bolsos» con una crecida recaudación. ¡Cuáles no serían la belleza y el donaire de estas vendedoras que «El Palenque» tuvo que dar públicas excusas por la omisión en el periódico de las distinguidas familias asistentes a la fiesta, debido a la distracción del periodista encargado de la reseña, que en admirar y piropear a las vendedoras consumió «el tiempo que necesitaba para cumplir su misión». Queden aquí, en homenaje a su patriotismo y hermosura los nombres de algunas de las vendedoras: Aurea Parras, Leonarda Zamora, Juana Conesa, Adelaida Martínez, Rita Ceño, Ana Mancebo, Juana García, Lola Gallo, Eloísa Adán...

Al alzarse de nuevo el telón para comenzar la segunda parte, el actor señor Fuentes, leyó una composición dedicada a América, escrita expresamente para la fiesta por el médico de Portmán, don César Carrera:

...pronto otro nuevo florón
adornará nuestra historia,
que vamos tras de la gloria
con el Dios de la razón,
que es el Dios de la Victoria.

Contra la infame calaña,
del entusiasmo la ola
conviértase en ruda saña.
¡Avante pues! ¡Viva España
y viva Cuba española!

Después de variados números no menos lucidos y patrióticos, la brillantísima fiesta terminó con un cuadro plástico, alegórico, montado por el señor Baeza, en el que ante una pintada aurora triunfal aparecía España, representada por una bella señorita, que pisaba la bandera del enemigo: semejaba éste humillada actitud de derrota y sus manos se juntaban en súplica; soldados de Infantería española completaban el cuadro levantando sus armas hacia la victoria del cielo de las bambalinas. Todos inmóviles, sin pestañear, como un monumento de Querol o Marinas, tan característicos de las plazas españolas de la época. El emocionado silencio que levantó la estampa en la sala fue realmente impresionante. El vuelo de una mosca se hubiera advertido en toda su nitidez. Súbitamente la orquesta atacó la Marcha Real.

Ni que decir tiene que la apoteosis acabó por arrancar la más atronadora, la más indescriptible ovación, y que los gritos de «¡Viva España!», mezclados entre suspiros, sollozos, lágrimas y sorbitones, pusieron auténtico broche de oro a la inolvidable velada.

A pesar de la buena voluntad del señor Baeza al componer el patriótico cuadro y de los unionenses al aplaudirlo encendidamente, pocos meses después España perdía a Cuba.

...Entre los que brincaron el puente, un tanto resquebrajado, de los sesenta y tantos años, aún se comenta la suntuosidad de los festejos de 1913. Todo lo van contando con un telo de nostalgia enredado en la voz.

—¡Tiempo, tiempo!

El tiempo. Aquí está ahora, descolorido, de un blanco amarillento, rosigado por los plateados «pescadillos» de la humedad lisiado de años, aquel programa de los festejos de 1913. En la portada, entre arabescos tipográficos, el pie de imprenta: «La Madrileña. La Unión».

El día 2, jueves, el primer festejo: la actuación de la banda

de Zapadores-Bomberos de esta ciudad. Y a continuación: «Si vuestras hijas están pálidas, anémicas o faltas de apetito, usad la hemoglobina asimilable Stengre». ¡Qué señorita anémica unionense habría de resistirse, en víspera de festejos, a la feliz convocatoria del programa que habría de llevarle el arrebol de los glóbulos del boticario Stengre a las mejillas!

Después: «Día 3, viernes. A las seis de la mañana, gran diana. A las diez, inauguración de la exposición de mineralogía y labores en los salones del Liceo». Por la tarde, la gran fiesta de Aviación.

Y así una interminable nómina inefable de verbenas, iluminaciones, elevación de globos grotescos, conciertos, disparo de morteretes... Entre bombilla de colores y cohetería de mucho primor y lucimiento, el anuncio de «Las Novedades. Cuellos y puños, tarjetas postales, ligas para caballero». Aún nuevas sorpresas: árbol de fuegos de artificio con apoteosis, procesión con la Patrona, baile blanco... «Fernando Bueno, Reactivos y utensilios para laboratorio». Más festejos todavía: Batería, traca y teléfono de fuegos artificiales a cargo del laureado pirotécnico de Orihuela, señor Cánovas. «La Alhambra, tejidos». Velada de fuegos japoneses, «espectáculo sorprendente, nuevo en España», «Coso Blanco...» Cerrando el programa, el anuncio con niño ataviado de marinero, con bucles y aro, de la «Sucursal Arturo Gómez», ofreciendo trajes de lana para caballero a diez pesetas, de «mozito» a ocho pesetas y de niño a duro.

—¡Tiempo, tiempo!

El tiempo.

—¡Mamá, mamá!— Hasta la intimidad de la salita de estar, donde la madre bordaba un Pierrot con bandolina sobre el raso de un cojín, llegaba el alboroto y contento de las hijas.

—¿Qué es lo que os pasa?

—¡La Comisión de festejos que nos invita a tripular el «Molino bretón», en el «coso blanco!».

—Más me hubiese gustado el «Jarrón Fantasía», hijas mías.

—Pero, mamá, el «Molino bretón» es muy bonito también, con sus aspas de margaritas de papel y su capuchita cónica —decía la mayor, que estudiaba Geometría en el Colegio de la Purísima Concepción, Educación, 14.

—¡Nada de carrozas!— mediaba el padre que venía del café Moderno, con un «Nuevo Mundo» arrollado en la mano derecha—. Nada de carrozas. Siempre he dicho que todo esto de las señoritas decentes encaramadas en un armatoste no me gusta lo más mínimo. Además, es peligroso. Una noche, en Murcia, ardió una de las carrozas de la fiesta y una señorita acabó en un santiamén hecha un chicharrón.

—Pepe, refrena tu lenguaje— decía la esposa. Siempre había de estar celosamente al acecho del buen parecer. No ocurriese como con otros mineros súbitamente enriquecidos: que había de notársele, sobre la gala y el postín, lo rústico y grosero de su condición.

Otorgaba al fin el padre:

—Bueno, bueno, luego hablaré con don Juan Paredes, miembro de la Comisión de Festejos y os recomendaré para un buen sitio en la carroza. Mientras tanto, que vuestra madre os encargue los vestidos. Y nada de locuras, nada de tirar serpentinas a gente desconocida. Ah, al final del «coso», os prometo un «grupo» en los estudios fotográficos de Angel Martínez.

Y llegaron los festejos, y la brillante banda de los Zapadores-Bomberos desfiló tocando el pasodoble de «La alegría de la huerta», y la calle Mayor se tachonó de luces de colores, y se iluminaron edificios, y se estrenaron trajes, y el «coso blanco» inventó, con sus bolas de papelillos, su «confetti» y sus serpentinas, una imponente nevada sobre la pista: pasaban lentamente, una y mil veces, las carrozas cuyos títulos, según el programa, fueron: «Molino bretón», «Monoplano», «Andalucía»,

«Centro de flores», «Jarrón Fantasía», «Canoa ligera», «Fantasía japonesa»...

La fiesta de Aviación, esperada ilusionadamente por toda la ciudad, resultó concurridísima. Había de celebrarse en un improvisado aeródromo situado en Los Cobachos, junto a la hermosa hacienda de recreo, con cenadores románticos y estatuas entre rosales, de don Juan Conesa. Frente a frente, el sueño y la poesía contra el progreso práctico, la fría máquina. De la fiesta se hicieron cargo monsieur Demazel y monsieur Labatut, profesores de la Escuela de Aviación, de París, quienes ejecutarían los ejercicios —audacísimos rezaba el programa— de acrobacia y velocidad, de adorno, de altura, con pasajeros incluso... Todo en su «magnífico y potente» biplano de carrera, que aparecía en el centro del campo, como un inmenso pájaro sagrado. Junto a él, monsieur Demazel y monsieur Labatut tenían algo de dioses del aire, el gran sueño milenario que al fin se había hecho realidad gozosa después de tantos ensayos y tentativas con el brasileño Santos Dumont, que había planeado alrededor de la Torre Eiffel, es decir, había visto la espalda de los pájaros en vuelo. Ya la Western Unión despachó en 1903 un telegrama en que se anunciaba ampulosamente que Orville Wrignt había permanecido en el aire 57 segundos contra un viento de 31 millas por hora. Y en 1909 —¡oh, prodigio de los avances!— el peruano Chavez había conocido, volando, la nieve rosada, contra el azul purísimo, de los Alpes.

Para esta fiesta de Aviación de La Unión, la «Pastelería Moderna», tan «chic» siempre, siempre al tanto de las evoluciones de la moda, sirvió unas delicadísimas «canastas-meriendas», integradas por selectos fiambres, pasteles de carne, tocinillos de cielo... Claro que por cada «canasta-merienda» hubo de pagarse su buena peseta.

Calle de Numancia. Paseo de las acacias de la calla Real. Barrio de Perín. Mucho antes de la hora anunciada para el festejo

ya se veían nutridos grupos que avanzaban hacia el «campo» de Aviación, impacientes de devorar tan imprevisto y formidable espectáculo. Y cuando las campanas de la torre del Garbanzal anunciaron la hora señalada para el comienzo de las pruebas, absolutamente todas las localidades aparecían ocupadas por una abigarrada muchedumbre que comentaba, discutía y que ante la inminente emoción, comenzaba ya a impacientarse un tantico.

Contemplando el monoplano, desde sus asientos de primera fila, dos aventajados estudiantes —hijos de mineros ricos, aún sin incorporarse a sus cursos respectivos en espera de consumir el último cohete de los festejos— comentaban:

—La Historia se estremece, amigo, ante el avance de la Ciencia. La antorcha del Progreso alumbra ignotos horizontes.

—¡Ah, el Progreso! Artefactos que cruzan los aires, Baekeland que inventa la baquelita, Helnronner, la soldadura eléctrica... Por otra parte, la falda que deja ver ya totalmente el pie de la mujer... ¡Ah, el Progreso!

—¡Si los antiguos levantaran la cabeza y pudiesen contemplar los experimentos de monsieur Demazel y monsieur Labatut!

Súbitamente corrió la mala nueva entre el público. Se había levantado un vientecillo leve y juguetón que había hecho cerrar las frágiles sombrillas de algunas señoritas, sombrillas veladoras de la nacarada blancura de la piel, a la que el sol del campo podía menoscabar. Pues bien, si continuaba el vientecillo no habría fiesta de Aviación. Se veía cruzar el campo a monsieur Demazel y monsieur Labatut, con sus ajustados trajes de aviadores. Muy nerviosos, pálidos.

Los viejos, los «antiguos», refractarios a toda novedad, disfrutaban lo suyo.

Comenzó el abucheo.

—¡Que si el viento amaina!

—¡La conquista del aire!

—¡Ave de Satanás para aplastarse como una tortilla!

Arreció el viento. El gran pájaro sagrado del monoplano ya sólo era poco más que un canario en una de esas jaulitas domésticas pintadas de verde, con el cacharro del agua y el departamento para el alpiste.

Cuando la tarde puso una tira gloriosa e inflamada de oro en el azul del poniente y las «canastas-meriendas» de la «Pastelería Moderna» hubieron otorgado a la delicia del palador el último hojaldre, el público se dio a sí mismo por terminada la fiesta de Aviación, volviéndose con viento fresco —nunca mejor colocada la expresión— a la calle Mayor, ya en esa hora empavesada y bonita de veras.

—Buen efecto el de las bombillas de colores— diría uno de los estudiantes exaltadores del Progreso.

—Acertadita, acertadita la combinación— contestaría el otro, que siempre había de traer de sus estudios en la capital lo pulcro del hablar madrileño. Y se volvería para piropear a la señorita de X, de mucho garbo y galanura siempre y cuyo «aire» en nada tenía que envidiar al que horas antes había hecho palidecer a monsieur Demazel y monsieur Labatut.

TROVOS Y TROVEROS

¿Quién empuja la voz de estos hombres, voz que se derrama como un vino morado y espeso, como un óleo encendido y purificador por los costados de la sierra? Voz poderosa. Voz popular de los troveros en la que los cien San Gabrieles de la gracia decidora anuncian el júbilo y el duelo, la sonrisa y el llanto.

Todo lo recoge el trovo que pone en el dolor un bálsamo reconfortante y un contrafondo de esperanza y optimismo en la mala hora.

Desde la cuna el oído se acostumbra aquí al ritmo, a la medida y a la gracia del verso:

Las mujeres de la sierra
para dormir a su niño
en vez de cantarle el coco
le cantan un fandanguillo
y lo duermen poco a poco.

¿Quién va a asombrarse luego de que ese niño, ya hombre salga, sino por los cerros de Ubeda, sí por senderos y vericuetos de la sierra minera de La Unión, dando las buenas tardes o buscando gresca o requebrando de amores por octosílabos de su propiedad?

Quienes lo ponen en la boca, como un rito, son los troveros. Troveros, no trovadores. La raíz primigenia de ambos, trovadores y troveros, puede ser la misma, no su papel. El trovador componía sus versos amables disponiendo casi siempre de tiempo, departiendo sus buenos ratos con la musa, como dama encopetada en visita con hojaldres y gollerías, en la que ha de platicarse largo y tendido. No así el trovero, versificador espontáneo incluso frente al tema impuesto. Cuando el trovero deja la improvisación y se recoge en los claustros de la Preceptiva para elaborar premeditadamente, entre los fríos cipreses de la rima, los arabescos de su verso, —esto quito o pongo, esto me gusta o no me gusta— el trovero deja de serlo para convertirse lisa y llanamente en un poeta, con lo que a veces sale perdiendo el buen hombre.

Centenares de nombres de troveros se hubieran podido aportar a la gran historia de la trovería unionense, donde tantos hombres y hasta tantas mujeres sintieron en la boca el gajo del trovo, como una rosa de fuego que habían de cortar arrebatadamente. Ellos sin embargo no pensarían jamás que sus versos pudieran ser incorporados a la estremecida antología del trovo, el cual brotaba espontáneo, silvestre, casi nunca anotado, muerto por lo tanto al nacer si es que el amor o la memoria de sus adeptos no acudían a recogerlo.

Quizás la primera necesidad que empujó al minero al trovo fuera la angustia social, su explotación desmedida, su gesto de hombre desamparado. Trovo de doloridas resonancias que habla del trabajo «de sol a sol», de los hijos enfermos, de la esposa de grandes ojeras violetas, envejecida prematuramente, siempre con el mismo vestido descolorido, recosido, cien veces lavado; de la mesa vacía, sin «la bendición de Dios», el pan caliente que los hijos se recrean en comerlo mojado en aceite rociado de sal, «el pan amargo del minero». Pero luego se acabó nombrando a don Pelayo, a Pepe-Hillo, al Astro Rey, al capitán Araña, a Napoleón y hasta el mismísimo lucero del alba. Porque el trovo es un huracán que lo arrastra todo y a todo complica. No alcanzarían los bardos, en plena apoteosis del cantar de gesta, con los salones medievales a la escucha, expectación tan sólida como la que los troveros de la sierra levantaron ante el solo anuncio de sus actuaciones en un teatro, o en la taberna, o en la casa de un amigo, con sus sillas de anea, sus cromos y sus bombillas de flexible forrado de papel de cometa con una lazada en rosa.

Había que presenciar los torneos. Cada trovero, si es que no poseía gusto para el cante, había de buscarse su «cantaor» y hasta su guitarrista. Porque no bastaba recitar los versos sino que, como en las coplas de desafío de los payadores argentinos o nuestras jotas de picadillo, habían de cantarse y hasta ser acompañados de música; las quintillas, como malagueñas mineras; las décimas, como guajiras. Los contrincantes se colocaban en sitio principal, uno frente al otro, con sus respectivos guitarristas, «cantaores» y partidarios, comedidos, contenidos en un principio; dramáticos, encrespados luego hasta el apasionamiento que pone la sangre al rojo vivo y levanta la terrible belleza de la riña de gallos.

Los primeros trovos se construyeron con cuartetas rudas, mal pergueñadas casi siempre, que luego encontraron su dignificación y señorío en José López Requena, maestro de La Unión. Aunque el verdadero coloso de la trovería fué José María Marín. Fue Marín quien comenzó a glosar los trovos en quintillas y décimas, extendiéndose la nueva estructura a los demás troveros, muchos de los cuales fracasaron ante la dificilísima moda-

lidad. Sirva de modelo el siguiente trovo glosado en quintillas, inventado por el propio Marín:

TROVO

Cuando voy al cementerio,
tu voz me parece oír
que me repite al oído:
no te separes de mí.

GLOSA

Aun de tu amor el imperio
domina en el alma mía
y su eterno cautiverio
contemplo en la tumba fría
cuando voy al cementerio

Entre el continuo gemir
con que mi triste plegaria
sé a veces interrumpir,
en la estancia funeraria
tu voz me parece oir.

Con su armonioso sonido
de mi amor las penas calma,
cual eco repercutido
entre las fibras del alma
que me repite el oído.

Hasta en el viento que allí
está las flores meciendo
que te acompañan a tí,
me va el eco repitiendo:
no te separes de mí.

Si se medita que estos versos se compusieron «sobre la marcha», sin la ayuda del truco del tiempo, de la soledad, de tantas cosas de que dispone el poeta para pulir la obra definitiva, se comprenderá que, frente a la inevitable ingenuidad y chapucería de muchos troveros, haya de adjetivarse de colosos y hasta de genios de la trovería a ciertos hombres, que a cuerpo limpio, compusieron versos y más versos, que cantaron decorosamente todo lo habido y por haber, que murieron con el trovo en los labios, gustándolo como un néctar.

El trovero Angel Roca dice:

Trovar es saber unir
el verbo y la inspiración.
Saber pensar y sentir
y en bello crisol fundir
pensamiento y corazón.

Lo que no está al alcance del carbonero de la esquina, precisamente.

«El trovo es hijo de La Unión», continúa Roca, que conoce al menudeo todos los entresijos e intríngulis del trovo. Y nos habla de su dificultad en estos versos:

Trovar si bien se interpreta
es un arte prodigioso,
un edificio grandioso
donde el plano es la cuarteta.

Pensamiento y corazón
con el ingenio ligados
han de ser siempre aliados
de la repentización.

Y del tiempo, empujado por los relojes ajenos a la angustia del trovero ante las flechas de sus agujas, dice:

Pulsa el trovero su lira
soñando cielos y mundos;
son del tiempo los segundos
la cárcel en que respira.

Marín, Castillo y Manuel «el Minero» fueron los troveros más populares de antaño. Para proclamar el mejor se organizó una gigantesta velada en cuya primera parte Marín obtuvo el número uno. El jurado delegó en éste para la elección del segundo puesto, por lo que hubo de continuar la lucha entre Castillo y «el Minero». Más de veinticuatro horas llevaba la velada sin que ningún espectador concibiese remotamente la idea de abandonar su puesto, cuando Marín, dirigiéndose al «Minero» le cantó:

Con el dos confórmate,
que el uno ocupado está.
Castillo no dejará
que su número te dé.

Aun reconociendo el uno el mérito del otro, Marín y «el Minero» jamás volvieron a ser amigos. ¡Qué lazos de lealtad los del compañerismo para que «el Minero» llegara a defender a Marín ante el trovo que le denigraba!:

Quien a Marín censuró
no supo lo que se hizo;
sólo un cerebro enfermizo
obra como aquél obró.

Conocido luego el hecho por Marín, contestó éste en verso:

Mucho agradezco, Manuel,
que mi causa defendieras
y que proceder supieras
como un camarada fiel.
Aún para mí tu papel

sigue teniendo valor
y hasta soy tu admirador
realzando en versos tu nombre
pero sigo odiando al hombre
y apreciando al trovador.

El fué el auténtico rey de la trovería. Aunque unionense por los cuatro costados, Marín había nacido el 18 de julio de 1865 en La Palma (Cartagena). Y a punto estuvo el hombre de dejar el troveo por el latín del bueno. Al final no pudo ser cura: sus padres lo reclamaban al seminario para el trajín de las minas, y ya la «oscura galería» fue su ámbito y su musa, la musa de su verso elemental a veces, pero brioso, centelleante, agudo como un arpón siempre.

En su libro «Algo de mi vida» el trovero José Castillo dice de Marín: «Este hombre extraordinario, con cara de bonachón, obrero toda su vida, tiene una facilidad asombrosa para versificar al compás de la guitarra. Resta importancia a su meritoria labor poética el no saber cantar. Jamás le oí cantar... Su mayor prurito consistía, no en dar noble beligerancia a su adversario, sino en humillarlo, en inutilizarlo. En la intimidad del hogar, Marín no tenía más voluntad que la de su familia, ni otro afán que ver satisfechas las necesidades materiales de sus hijos con el producto de su trabajo. En el trato social era afable, cortés, bondadoso; jamás tuvo frases ofensivas para nadie. Cuando se ponía a improvisar con alguno que el vulgo había consagrado se convertía en otro hombre».

Varias controversias tuvo Marín con el citado maestro Requena, el cual padecía lo suyo ante la superioridad de su rival. Por lo que como anillo al dedo habría de venirle al buen Requena el conocer un día la buena nueva. De José Castillo, un muchacho unionense a la sazón en las minas del Llano del Beal, se hacían lenguas gentes que en el arte del trovo sentaban cá-

tedra de sabiduría. Requena oyó trovar a Castillo. «Mucho va a dar que hablar este mocito». Lo dijo sonriendo cumplidamente: es que barruntaba su propio desquite ante Marín en la evidente maestría del nuevo trovero. Tuvo no obstante que pasar mucho tiempo para que Marín y Castillo se enfrentasen en polémica cerrada y hostil, primera de las que realizarían juntos, en teatros, casinos y veladas íntimas que pronto pasaban a categoría de públicas. Bastaba que se sospechase la presencia de Marín y Castillo para que los aficionados acudieran, invitados o no, a abarrotarlo todo. Unidos ambos por la aventura del trovo, actuaron en los más importantes locales de Barcelona, recorriendo también parte de Andalucía y componiendo la verdadera orfebrería del trovo al repentizar quintillas de versos alternados, contrarrestando cada uno la idea del otro, como en éstas que siguen:

Castillo: Marín, en La Unión estamos.
Marín: Estamos porque vinimos.
Castillo: A ver cómo nos portamos.
Marín: Veremos cómo salimos.
Castillo: Tal vez huyendo salgamos.
. . . . . .
Castillo: Toreaste en compañía mía.
Marín: Mostrando no tener miedo.
Castillo: ¿Pero triunfaste algún día?
Marín: ¿Yo? Siempre que salí al ruedo.
Castillo: Paraste en la enfermería.
Marín: No temo si el toro viene.
Castillo: Oculto tras la barrera.
Marín: Pero es cuando me conviene.
Castillo: ¡Vaya una sangre torera!
Marín: ¡Que ése tal Castillo tiene!
Castillo: Al arte de Pepe-Hillo.

Marín: Tienes tú mucho temor.
Castillo: Por algo teme Castillo.
Marín: Porque le falta valor.
Castillo: Igual que a ti: ¡en el bolsillo!
. . . . . .
Castillo: Ten cuidado, reyezuelo.
Marín: Nada tengo que temer.
Castillo: Teme a si yo me rebelo.
Marín: ¿Y qué me puedes tú hacer?
Castillo: Morder el polvo del suelo.
. . . . . .
Castillo: Yo soy el monte, tú el grano.
Marín: Yo el Sol, tú estrella errante.
Castillo: Yo el gigante, tú el enano.
Marín: Yo el sabio, tú el ignorante.
Castillo: Que te sentará la mano.
Marín: Yo soy el mar, tú laguna.
Castillo: Yo fuente, tú arroyo pobre.
Marín: Yo el Astro Rey, tú la Luna.
Castillo: Yo plata fina, tú cobre.
Marín: Tú el ataúd, yo la cuna.

Ocurrió que en cierta ocasión, a repetidos ruegos, Marín acudió a Cuesta Blanca (Cartagena) tomando parte en un torneo con un vate local, «el Retal» por mal nombre, cuya altura trovística no fué, por lo visto, del agrado de Marín:

Tantas razones mandar
que a Cuesta Blanca viniera
a trovar con un «retal»,
¡cuando con piezas enteras
tela me suele faltar!

Brotó en el otro la furia punzante, de león herido, de gallo acribillado por cien picos de muerte:

No permito que me ultrajes
con tu manera de hablar,
ni mi comercio relajes.
Quizás con este «retal».
¡Tela te sobra «pa» un traje!

Invitado por Ramón de Campoamor, hasta su hacienda del Pilar de la Horadada llegó un buen día Marín. Salió a recibirle el poeta, ya viejo, con las patillas románticas canosas y una memoria antigua de salones con arañas y abanicos en las pupilas cansadas, un poco tristes. Saludó al trovero:

—Me dicen que viertes perlas...

A lo que atajó Marín en el relámpago de la improvisación:

—Es cierto y de cobre son,
porque las perlas del pobre
tienen muy poco valor.

Habló en verso sin proponérselo. Era una fuerza ciega que le empujaba las palabras del trovo. Ahí está todavía su nombre, fresco e inmarcesible. El fué en verdad el que poseyó el verdadero secreto del trovo, el que lo encendió hasta ponerlo al rojo vivo, como una brasa quemante; el que enredó de hierbabuena los barrotes de sus versos.

Cuando este Marín se acabe,
cuando este Marín se muera,
el mundo entero lo sabe:
que de la musa coplera
Marín se lleva la llave.

Ya anciano recibió de los mineros de La Unión un gigantesco homenaje al que asistieron más de 3.000 admiradores, venidos de los más apartados rincones de la provincia. Marín saludó a todos volviendo a enroscar, una vez más, al tronco del trovo las verdes serpientes de la repentización:

Saludo al pueblo minero
que sigue siendo el que era
para este viejo minero,
y en un abrazo quisiera
abrazar al pueblo entero.

Todavía conservaba la antigua arrogancia, pero se le veía cansado, pálido, como un Quijote que ve consumada su última aventura...

Con Marín y Castillo, Ginés García Ros «el Lagarto»; Antonio García; «el Mugrena», Manuel Gómez; «el Morato», Ramón Celdrán, Manuel Gómez, Juan Mena, Diego «el Puro», «el Peladilla», «el Alhameño» y tantos otros compusieron la nómina inefable de la trovería. Al «Morato» se le atribuye el siguiente trovo:

Anteayer fuí al teatro
y «vide» a la Emperatriz;
platiqué con ella un rato
y me dijo la infeliz:
«¡Para trovar, el Morato!»

Por lo que se deduce que hasta las empurpuradas emperatrices estuvieron augustamente complicadas con los trovos mineros.

Si no con la arrebatada exaltación de otros días el trovo ha encontrado hoy en las actuaciones, siempre interesantes, de Ballesta, Angel Roca, «Cantares», «Picardías», Pedro «el Albañil», Juan Vidal, Serrano Nieto, entre otros muchos, su más fervorosa continuación.

De «Picardías» es esta redondilla que hace honrosa mención a La Unión:

Te canto con emoción.
Cuna de improvisadores,

de poetas y escritores
fuiste, ciudad de La Unión.

Porque el nombre de La Unión siempre ha de ir, como el de mocita peripuesta y jacarandosa, de trovo en trovo.

Activa ciudad minera:
ya vuelves a resurgir.
Aún no puedes extinguir
el filón de tu cantera.

Lo mismo que fuiste ayer
honra de la patria ibera
hoy por fin vuelves a ser
en tu nuevo renacer,
activa ciudad minera.

Pueblo de La Unión: Tu nombre
se vuelve en el mundo a oir
dándole a España renombre,
pues por la mano del hombre
ya vuelves a resurgir.

Famosa sede industrial,
promesa del porvenir
eres hoy, pues el metal
de tu subsuelo venal
aún no se puede extinguir.

En industrial minería
vuelves a ser la primera
igual que lo fuiste un día
¡No se extingue todavía
el filón de tu cantera!

La Unión habrá sonreído agradecida a la alabanza del nuevo trovo, ahora puesto en boca de Angel Roca, el más joven de los troveros, cuyo entusiasmo y competencia otorgan hoy al arte de la trovería su más decorosa expresión.

LA UNION, CIUDAD FANTASMA

Y llegó para La Unión el tiempo de la mala ventura. Ahí estaba el cielo limpio, con su azul cegador de todos los días, pero ya su luz no se volcaba sobre la prosperidad y dicha de una ciudad, sino sobre un desolado paisaje de relojes que habían comenzado a marcar la hora del infortunio.

—Que paramos el sábado, eso es lo que dicen.

El marido daba la mala nueva al llegar a la casa, mientras la mujer le preparaba la lejía y el agua limpia del zafero.

La esposa acogía la noticia todavía sin excesivo sobresalto. Centenares de minas habían aún...

—Pero es que esas minas ya no admiten a nadie, has de saberlo.

Aguardaban unos días. Luego, había que empeñar la colcha de ramos.

1919. La Guerra había terminado y sobre los escombros volvían a crecer flores nuevas.

—En la mina ya no hay demanda; mala cosa es ésa.

—Esto se acaba.

Todo coincidía con la menor ley del mineral. A lo que se unía la mezquindad de siempre en los procedimientos de extracción, la falta de industrias derivadas y complementarias, los problemas de los arriendos y subarriendos, y los de los explosivos de mala calidad, y los de los devaneos sociales... Comenzaba a tambalearse el gran tinglado de la minería.

—Hay que esperar: otros paros sufrió la sierra...

—Esto es otra cosa; esta vez la herida es de muerte.

—Que no, que ya está bien. Tres semanas llevas sin pagar y tu cuenta venga subir...

No, no fiaría un céntimo más el tendero, como un pequeño dios detrás de su mostrador.

—Ni una perra chica te he dicho.

Porfiaba la mujeruca.

—Mire usted que dicen que todo se va a arreglar pronto.

A ella se le iba la vista detrás de las piladas del bacalao, de las butifarras que colgaban en negras guirnaldas de la percha, de las largas salchichas cortadas en diagonal, dejando ver todo su relleno apretado y sabroso, salpicado de ojos de tocino. Y no hay que decir nada del lomo embuchado, todo de molla de cerdo curada, y del gran jamón que muestra su corte de ancha hebra de magra rosada, y del atún de ijada, atún de húmeda carne que deja en la boca un sabor concentrado, exquisito, de mar...

—Venderé el reloj y pagaré la cuenta.

Intervenía rápida la esposa del tendero ante una posible claudicación.

—Mira, esto no es la Cocina económica; allí por una perra gorda no te ha de faltar tu buen plato de guiso caliente y una naranja.

Y había de pasar en seguida al otro lado del mostrador para atender muy remilgadamente a las otras, las que pagaban con duros de plata, que arrancan al mármol un sonido musical, y todos han de decir entonces, por voluntad de chanza: «¡Voy!»

Fuera pasaba un grupo de mineros. Con la ropa de los días de fiesta, no siéndolo, parecían como amortajados. Se encontraban con otros parados.

—¿También, también vosotros?

—¡Anda, y el «Cabezo Rajao», y la «Buen Consejo», y la «Belleza...»

—Quien entiende de estas cosas dice que todo se viene abajo.

En las puertas de las casas, «tomando el sol», mujeres con delantal de mugre y una rosa en el moño hurgaban con el peine espeso la cabeza de los niños de greñas de estropajo, de piernas endebles salpicadas de churretes, piernas de oscuras rodillas, siempre con la desolladura, con el corte, en rojo, que gotea una baba de sangre podrida.

—«Limpiarse» los mocos, cochinos.

Pero no se los limpiaban, ya se sabía, y esa humedad permanente, ya cuajada, terminaba por abultarle para siempre la distancia de la nariz al labio. Algunos mostraban, por añadidura, el ribete rosado de la tracoma que hace guiñar los ojos arrastrando una mueca torcida.

Bajo la púa afilada del peine rebrincaban los crios. Los maldecía la madre, los maldecía inevitablemente, con el «mal dolor te dé».

—Entre las minas y los hijos... Ya tres semanas sin ir el hombre a la mina. Si un día me pierdo que me busquen en «el Pantano».

«El Pantano» era un inmenso depósito de agua situado en

mitad de la sierra, perteneciente a una entidad industrial, a la que abastecía. Las mujeres que acudían al manantial denominado «el Chorrillo», en busca del agua gratis, habían de pasar inevitablemente junto a las barandas de «el Pantano», balcones que daban a lo verde de sus aguas, hondas y misteriosas, y de esas aguas nacían secretas voces poderosas que arrastraban a las pobres mujeres que no sabían evadirlas... Unas cruces pintadas con almagra o «galipote» en los bordillos convocaban piadosamente al padrenuestro por las que en esas profundidades encontraron un mundo desconocido sin minas ni amenazas de paro.

A la noche llegaba el marido, fumando un pitillo delgado hecho de las puntas de otros pitillos delgados.

—¿Qué?

—Lo de siempre: nadie se atreve a dar trabajo.

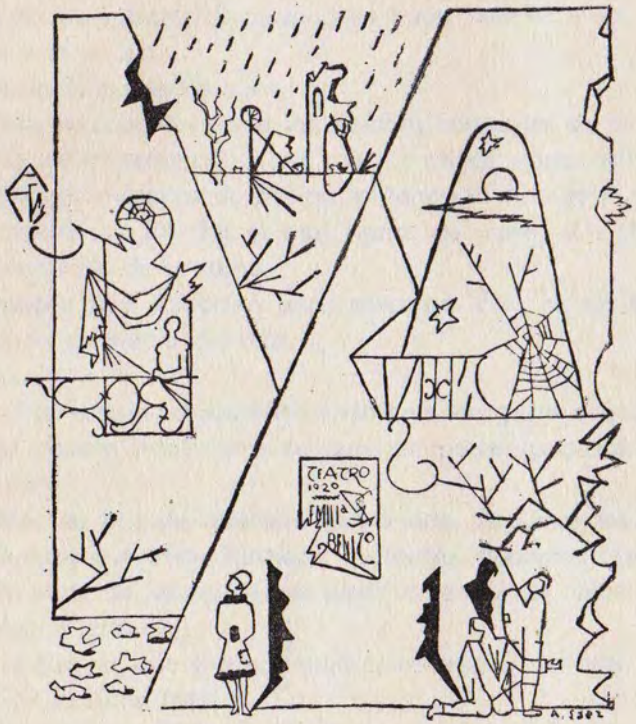
—Habrá que decidirse a vender la cómoda y la mesa del comedor.

—No sé quién va a querer esos trastos.

Dolía desprenderse de las cosas que eran ya un poco parte del propio cuerpo. Los ojos se habían acostumbrado a la figura de loza que era una molinera a la puerta de su molino de Holanda, al par de floreros sobre la cómoda, al reloj de pared, a los cuadros del comedor, de marco de purpurina, en los que bogaban, sobre el terso azul chirriante de un lago, dos cisnes suntuosos o en los que Romeo trepaba por una escala de enredaderas en flor hasta el balcón donde Julieta, de rosa y blanco, le aguardaba acariciando la nieve de una paloma... Y era difícil habituarse ahora a sus huecos, al doloroso volumen vacío que hasta ayer fue ocupado por esos objetos tan dulcemente ligados, sin haberlo sospechado antes, a sus propias vidas.

Tiempo de la angustia. Tiempo negro como el vuelo de un cuervo que acude al olor de la carroña de los muladares.

Aún el recuerdo del nombre viejo en la mala copla:



Pueblo de las Herrerías,
¡qué pobre te vas quedando!
Has perdido tu alegría,
los trajines van parando
y los tenderos no fían.

—No ha de faltarle al patrono su buen habano y los pendientes para la amiga.

—Toda la culpa es de ellos.

Y no era verdad. Por entre los pesados cortinajes de la casa pomposa de los mineros ricos, con macetones de flores artificiales y grandes gramófonos de bocina imitando la flor de la enredadera, también se filtraba el mal viento del caos, el siniestro relámpago morado de la ruina.

—Tampoco hay salvación para nosotros. Esto es un barco que se hunde en medio del mar.

—Pero...

Al final la esposa lo aceptaba todo con ese gesto que todas las esposas poseen intuitivamente para el momento culminante del infortunio.

—Bueno, no has de apurarte demasiado. Reduciré los gastos. Te advierto que estoy hastiada de teatro. Podemos prescindir por otra parte de los profesores particulares de los niños. Hay buenos colegios gratuitos.

El decía que no, que ella no había comprendido del todo, que se trataba de la ruina total.

—Una catástrofe, hija.

—¿Habrá que vender las casas?

—Todas.

—¿Esta también?

Se aferraba la esposa a las últimas esperanzas: se amoldaría al más modesto presupuesto. Fregaría los suelos. Pero aquí, entre estas paredes de las que ya no sabría prescindir nunca por-

que guardaban lo mejor, lo más puro y tierno de su existencia.

—Esta casa, no, ¿verdad? Aquí han nacido nuestro hijos, hemos sido felices mucho tiempo...

—Esta también. Y el coche y las joyas...

Si no se sabía resistir todo con entereza, si el dolor se agolpaba de pronto en las arterias, pinchándolas, desgarrándolas, ahí estaba la huída, en secreto, o el pistoletazo sobre la cama de sábanas revueltas.

Terrible cuadro el de la sierra con las minas paradas en un silencio funeral. Bocas de sepulcro semejaban ahora los pozos de las minas, ya sin el eco y el bullicio de la voz de los hombres. Donde hasta ayer se alzaba la victoria del trabajo, el ritmo vertiginoso de la faena minera, hoy sólo crecía, entre el polvo o la hierba, la estampa de la muerte y la soledad: vagonetas detenidas sobre los raíles que comenzaban a oxidarse, lavaderos parados, con telarañas; castilletes cuyas cintas de acero enmohecía la lluvia, inmensas piladas de minerales abandonadas, centenares de chimeneas apagadas sosteniendo ya sólo la lámina tirante del cielo que volvía a ser, sin el tizne de los humos, azul, azul, azul.

La misma fisonomía de la ciudad comenzaba a participar del terrible zarpazo de la crisis. Antes de abandonarla, el negocio de los derribos. La casa, vacía. Los muebles ya estaban vendidos hacía mucho tiempo. Con los dineros que dieran por los materiales habría para emigrar.

—¿Cien duros? A sesenta no llego.

—Mire usted que es una buena casa...

—Ni un duro más.

—...una buena casa con aljibe y patio para las gallinas.

—Ni con candil se ha de encontrar a un desgraciado que quiera habitarla. Buenas colañas es lo que necesito, y rejas, ladrillo sano, puertas de recia madera. Todo para el derribo.

Antes de cerrar definitivamente el trato, el titubeo del mo-

desto propietario. Más que por lo de los duros por todo lo que el corazón perdía en aquellos momentos. Días después, la última mirada al edificio, y la piqueta que cae, acuciante y demoledora, sobre el sitio donde, bajo la lámpara familiar, tantas ilusiones se trazaron; en el lugar donde la cuna del hijo perfumó horas descoloridas y marchitas.

—Dicen que también Pencho vende su casa.

—Y Joseíco.

—Y Juan el de la Anica.

—La casa del «Piñón» es la única que va a quedar en pie.

—Si es que no les da la mala idea.

—Para lo que les espera a los que queden aquí...

—Un cementerio, eso es lo que están haciendo de La Unión.

—A Buenos Aires emigramos nosotros en octubre.

—Al infierno me iría yo con tal de escapar a esta perdición.

Calles enteras, centenares de casas demolidas por unos cuantos billetes. La madera y el hierro eran llevados inmediatamente a Cartagena. Quedaban de los edificios las paredes maestras, con el hueco de los balcones recortados en el azul del cielo. Los tabiques se desmoronaban pronto, y sobre sus escombros brotaba la mata del cardo, de flor morada nacida entre un círculo de agudas espinas que recuerdan la corona de Cristo.

30.000 hombres buscando caminos nuevos. Detrás, La Unión, la sierra, ya en soledad de recuerdo. Otras tierras volverían a crecer ahora ante el pasmo de los ojos. ¿Qué nuevas esquinas imprevistas aguardarían al otro lado de esos horizontes a los que habrían de acercarse temblorosos de dudas, de temores, y en los que tantas cosas podían levantarse de pronto: la riqueza, el dolor, tal vez la muerte?

Pero había que huir, huir de prisa, sin saber exactamente a dónde. Huir: la esposa y los hijos detrás, sucios y despeinados, lloriqueando siempre.

—No lloréis, leñe.

El hombre ha de ser hombre siempre, ha de serlo aun pisando la brasa taladrante del dolor.

—He dicho que no lloréis.

Se volvía para decirlo, antes de subir al autobús destartalado o al viejo tren. Y al torcer la cabeza por última vez se le ofrecía la postrera visión de La Unión con todo su pasado encendido súbitamente: su boda en La Unión, las enfermedades de los hijos en La Unión, su trabajo en La Unión, la taberna y los amigos, en las tardes de los domingos en La Unión. Todo irremediablemente perdido para siempre. Y era entonces él, el varón fuerte que había de acercar el báculo de la conformidad hasta los suyos, el que terminaba llorando como un niño.

El éxodo, la huída acuciante. Sólo quedarían oquí los obstinados que esperaban el milagro bíblico de una resurrección o los que amaron siempre de veras a la ciudad, los fieles a la emoción de muchos días, al recuerdo que se aferra a las paredes y al corazón, atando para siempre a la tierra; seres que ya no son capaces de construir un sólo día lejos de su paisaje cotidiano, y lo resisten y acatan todo a cambio del ámbito poseído. Como sombras expectantes, como pobladores irreales de un mundo de ruinas, pasaban una y otra vez por lo que hasta ayer fue una amplia avenida y hoy era un puñado de cascotes, acariciando la memoria de las horas felices, complaciéndose en la evocación del pasado inmediato, dichoso, para referirlo en seguida a la desolación del momento...

Algunos mineros, amanecido, bajaban hasta Cartagena, ya sin afeitar, cuidando de acentuar la cochambre de la ropa, para la lástima de la buenas almas, a pedir. ¡Cuánta sangre árabe había de crecer en las venas para que así se aceptase tanto fatalismo y conformidad! De este momento amargo dejó señal en trovo el gran Marín, ya muy anciano en esos días:

Vierte sangre el corazón
viendo con vergüenza y pena
mendigar en Cartagena
los mineros de La Unión

Porque hasta eso se había llegado: a mostrar sin pudor la palma de la mano encallecida, magnificada antes por las herramientas de las minas.

—¿Vé usted aquel hombre del gabán raído que vive del timo y el sablazo? Antes encendió sus buenos puros, divertido y fanfarrón, con grandes billetes de Banco. Hombres conozco yo que ayer supieron del lujo fino y ahora tiran de la jábega con los pescadores de Portmán.

La que conoció la caricia de los brillantes sobre la piel empolvada del cuello, en la penumbra de los palcos del Principal, contemplando a María Guerrero, lavaba de sol a sol en Cartagena. La que asistió a los bailes del Casino luciendo fastuosas «toilettes», cosía «ajeno», enrojecidos los ojos por el trabajo y las lágrimas. Un día cualquiera, antes de acostarse en sus casas de La Unión, estas mujeres se asomarían a uno de sus balcones y contemplarían esas ruinas de la ciudad, sumergidas en las tintas apagadas de la noche, y en esa oscuridad tan propicia a la fantasía y a la ilusión habrían de imaginar por un instante, al modo del gozoso golpe de sol en los párpados detrás de la noche de la pesadilla, que todo volvía a ser como antes era. Una copla lejana, de versos muy tristes, las harían morder de pronto lo amargo de la realidad, y volverían, una vez más, a desnudarse desasidamente como quien está ya mucho tiempo cansado de estar cansado. Y aun en la cama, mirando a la luz de la bombilla con polvo las grietas del cielo raso, en el que las goteras con «láguena» habrían dibujado unos lagrimones, seguirían escuchando los versos de la copla cantada por alguien con toda la

finura y el primor del cante minero pero también con toda la tristeza del mundo enredada en sus renglones:

...tanto como la quería
y ella se escapó con otro.
¡Ayayayayayayayayayay!
Y que tanto como yo la quería.

LABOREO DE LAS MINAS

Desde el fenicio Aletes, que descubrió el medio rudimentario de beneficiar la galena argentífera al último lavadero de flotación diferencial, el laboreo minero no deja de ofrecer a través de los siglos las más interesantes facetas. No cabe aquí la prolija descripción, el menudeo, pero vale la pena dedicar unas páginas donde al menos en esquema aparezca la noticia de nuestra explotación minera de La Unión.

Según antiquísimos textos, el primitivo laboreo ibero de estas minas implicaba un escogido dentro de los minados, siendo ocupados los huecos de las explotaciones por la ganga. Volvíase a estriar el mineral, separando las pegas de estéril a martillazo y lavándose las menas molidas mediante el paso repetido de una corriente de agua a través de las cribas.

Los primeros hornos de fundición debieron ser excavados en el mismo terreno de la sierra. Cerrados por dovelas de pizarra arcillosa, poseían dos aberturas destinadas a la entrada del aire, y otra para la colada. Para la separación de la plata empleaban la copelación llamada «obrussa», quedando el plomo fundido en pequeñas barras o galápagos.

En tiempos de los romanos, los arroyos subterráneos de las minas eran pronto vencidos por las galerías de desagüe o pozos escalonados de manera que el fondo de uno se encontraba al nivel de la boca del siguiente, empleándose al mismo tiempo los «tornillos de Arquímedes», aparatos usados ya en Egipto, los cuales con las vueltas continuas de sus espirales impelían el agua elevándola hacia el exterior, para copiar de nuevo el pájaro y la nube y recobrar así su verdadero destino de agua.

En las minas a cielo abierto se doblaban los esclavos bajo el peso del mineral, en esportones grabándoles el entramado del esparto en la carne de las espaldas, carne brilladora por el esfuerzo, por la luz rabiosa del día, por el sol implacable de la sierra que les arrancaba de cada poro una gota espejeante de sudor. Acababan todos mostrando una piel oscura, de corteza de pan muy cocido. Una sed áspera, hecha de muchos sudores, de muchos cansancios, les atirantaban las fauces, agrietándoles los labios hasta hacerlos sangrar. Entonces acudía uno de los encargados y les ofrecía una enorme cantimplora de esparto embreado que transmanaba un frescor de manantial, de cisterna en una tarde húmeda de huertos. Mas si el esclavo se detenía en exceso, paladeando el chorro limpio que le regaba deliciosamente la carne de la boca, la fina sierpe de un látigo le volvía de nuevo al padecimiento y desventura de la faena.

De la estampa romana, con togas escarlatas y blancas, y columnas entre rosales con rocío, el salto a la otra estampa, como un grabado de «La Ilustración Española y Americana», del XIX, con quinqués de bombas rizadas, sombreros de copa y

«Desesperación» de Espronceda. Entre una y otra, median los conatos de resurrección minera, aislados, sin pena ni gloria. Ya a punto de doblar el XIX la esquina de su mitad, la victoria de la minería que se estremece y palpita ambiciosamente al amparo de las nuevas leyes favorecedoras. Y se descubren y aprovechan las viejas reliquias mineras, y se hurga y se excava en la costra de las escorias romanas, cundiendo la construcción de pozos para las explotaciones subterráneas, un tanto complicadas: algo así como fabricar una inmensa torre invertida, al aire los cimientos del brocal. Las paredes eran revestidas con ladrillos y mampostería, evitando con este procedimiento el que las tierras se desgajasen.

Las galerías seguían la dirección del brillante filón; otras, consumido el mineral, se rompían en distintos caminos, a la manera de uno de esos laberintos de las ferias. Horadar la roca buscándole la entraña suntuosa de mineral no era sólo labor de fuerza, sino de habilidad, habilidad remunerada con tres pesetas de jornal, al que se añadía una cuando los trabajos eran ejecutados dentro del agua. Los muchachos y los niños encargados de transportar el mineral, sobre las espaldas, hasta la boca inferior de los pozos, ganaban dos pesetas. El mineral era subido a la superficie en cubas. Un tablero volante o carro sobre cuatro ruedas que giraban por unos carriles, recogía arriba la cuba, impidiendo así el desprendimiento de la carga.

Cuando aparecía el mineral de plomo mezclado con otros, era sometido a la trituración, lavándose después por medio de cribas. El obrero que se destinaba a mover la palanca de las cribas se llamaba palanquinero. A fuerza de zarandear una y otra vez las cribas dentro del agua se separaban las distintas clases de mineral. Quedábase el plomo abajo y el fango subía a la superficie; entre uno y otro aparecían separados los otros productos minerales. Se veían brillar luego sus piladas, bajo el cielo

limpio, y era el plomo el que más relumbres arrancaba a las luces del día.

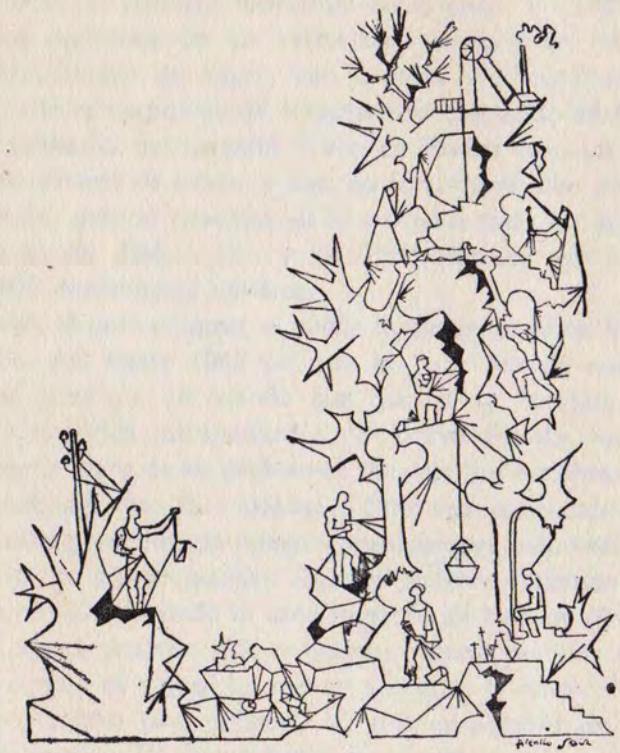
Fue exactamente en 1842 cuando se estableció el primer horno «castellano» para ensayar el beneficio de las escorias romanas y en 1851 se trabajaba ya en 290 minas que sostenían 45 fundiciones. Y en 1862 la producción ascendió a 175.000 toneladas. Así, en sorprendente gradación, hasta rebasar las 500.000 toneladas anuales. En 1913 las exportaciones que se hacen por Cartagena arrojan el siguiente resultado:

Mineral de hierro	410.880	toneladas
Minerales de cinc:		
(blenda y calamina)	63.660	»
Plomo fundido (galápagos)	56.721	»
TOTAL	531.261	»

En 1846 don Juan Martín Delgado levantó el primer horno atmosférico». Y en 1850 funcionaban en la sierra 38 fábricas de fundición de plomo, tres con desplatación, una de las cuales era la de «Roma», en Herrerías.

En 1860 se establecieron los primeros lavaderos gravimétricos, aumentadores de la ley de los minerales que habían de fundirse. En 1851, 207.000 toneladas de mineral produjeron 15.018 de plomo. Y en 1862, de 175.000 toneladas de mineral se obtuvieron 17.384 de plomo.

Ya en 1877 el Cabezo Rajado torna a recobrar su perdido auge, como en los mejores tiempos de Roma. Con su aire de sandía rota, produce la galena argentífera y las blendas más ricas de la sierra. Aún siguen aquí los esportones. Los tornos son en cambio, sustituídos, cuando la profundidad aumenta, por los típicos malacates, tornos verticales movidos por caballerías, con su simpática fisonomía de caja de música dieciochesca que añora la hora del chocolate con pastas, entre pelucas y biombos.



Aparecen las máquinas de vapor y, ya en el XX, mientras las señoritas de las «varietés» se buscan la pulga bajo los focos de colores, los primeros motores eléctricos, con esportones y cubas de fondo movible para extracción de mineral y cubas cerradas para los desagües.

Después, el zarpazo fantasmal de la crisis. En 1928, ya con las cejas depiladas de las «estrellas» del cine en las grandes pantallas orladas de negro, con claxons y «ricarditos» en las calles y ritmos negroides de «charlestón» creciendo en las pianolas, el Gobierno del General Primo de Rivera crea un sindicato para los mineros de plomo y cinc no fundidores, con primas a la producción, pero el desastre ya lo envuelve todo en un inmenso relámpago de destrucción, y en 1933 han de ser caducadas hasta 408 concesiones mineras.

Luego, el gran colapso, el sueño largo de los años. El silencio, el olvido. Así hasta 1942 en que la sierra ha de recobrar en parte su prestigio: el estaño que guarda su corteza, que adquiere demandas insospechadas; el nuevo Estado que se preocupa seriamente de los problemas mineros; los recientes sistemas de explotación, tan formidables... Otra vez encendida la esperanza; el auge al fin, de nuevo. ¿Para siempre esta vez?

Desde el primer esclavo ibero al último «pegaso» cargado de mineral, sustituyendo al asno humilde de pelo de plata y orejas de pitera, ¡cuánta vida y cuánta muerte metidas en medio de esa sangre de siglos! La misma sonrisa y el mismo llanto, sin embargo, contra una palabra. La misma palabra de ayer, de hoy, de siempre. La que aparece en la rústica cuba o en el moderno ascensor de la mina, en el café cantante o en el bar; en la galería, bajo la luz de los candiles o envuelta en la claridad morada del neón: vivir.

HOY, LA UNION

Sin alcanzar el auge del pasado, la sierra vuelve hoy a recobrar sus más estimables impulsos. El tratamiento de los minerales por el sistema de flotación diferencial, por el que se llega a la obtención de todo el contenido metálico utilizable, marca ahora un rumbo inesperado a la minería. Resulta que lo que ayer fue catalogado de escoria y residuo aún guarda, a la manera de la casa del rey moro —sobria por fuera, por dentro ennoblecida y postinera— todo un insospechado tesoro. Lo que ha animado, a partir de 1942, en que el estaño adquiere extraordinaria demanda, a enterrar la abulia para resucitar el ánimo propicio a las más legítimas ambiciones.

Nuevas generaciones, empujadas por técnicas imprevistas,

pueblan hoy el viejo paisaje de la minería, donde el antiguo «partidario» ha sido sustituído por las magnas perspectivas del gran coto minero que incluye desde la extracción del mineral hasta la preparación y beneficio de las menas.

Y sobre la norma que pone al día el milenario tablado de la sierra, La Unión recobra, por gracia de un grupo de hombres inteligentes y generosos, de un lado; por gracia de Dios, de otro, su clave y su sentido.

Como la música del mar en las paredes de la caracola, suena aún en el ámbito minero la profecía del trovero Marín:

Ya trabajarán las minas
y tendrá pan el minero;
aquí no hallará el viajero
solamente golondrinas.

Vuelven ahora, sí, a crecer el pan y la sal sobre el mantel lavado, a poblarse las calles cuyos faroles alumbraron durante mucho tiempo el escombro o la soledad, a construirse nuevas casas y, lo que es aún más importante, nuevas ilusiones.

Tengo que poner espías
a ver si mi amante viene,
al pie de Torre-García.
No sé para mí qué tiene
el camino de Almería.

Habría que decir la copla otra vez, habría que repetir jubilosamente el cantar minero y garboso. Porque por el simbólico camino de Almería, que tanta gente trajo antes, vuelven a llegar ahora nuevos hombres con el corazón abocado al optimismo y a la esperanza.

Desde su sillón de paralítico, junto al balcón donde tanto gustó contemplar los rojos crepúsculos de La Unión, como si alguien hubiese partido una inmensa granada contra los cristales, el poeta grande, el hombre bueno que fué Andrés Cegarra Salcedo escribía en los días, tan amargos para La Unión, de 1920:

«Soñamos ver La Unión despierta de su modorra, reanudar su marcha progresiva por los anchos caminos que la naturaleza le ofrece y los hombres obstruyen; edificar sobre las ruinas de hoy los palacios de sus edificios públicos, de sus centros de enseñanza, de sus instituciones sociales, de sus establecimientos de caridad, de sus Bancos de crédito; cambiar sus calles por anchas y rumorosas avenidas; engalanarse con jardines frondosos; ocupar plenamente el llano por donde hoy se reparte, y ascender por las suaves y graciosas colinas del norte, entre alegres boscajes, sus barriadas obreras... Crecer y crecer siempre, hasta que corte la montaña para asomarse al mar...»

¿Comienza hoy a cristalizar el sueño de Andrés Cegarra? Sobre el pasado fabuloso, tan triste a veces, sin embargo, ¿cuaja en gozosa realidad la vieja profecía del trovero?

Sea así si es para bien de la vetusta Iluro y crezca el hormigón armado sobre la moldura de rosas y frutales, el bloque de la viviendas uniformadas, con comedores en serie, sobre el vacío que ayer fue ocupado por el cortinaje suntuoso, las grandes lámparas de bombas talladas que recuerdan un «paso» de Semana Santa, los gramófonos esmaltados en verde, los inmensos muebles tallados, con hojas de acanto, como un retablo... Surja, bajo la luz fluorescente, la barra del bar en el sitio donde el último ritmo importado amordaza el recuerdo de «la Satisfecha». Trácese la nueva calle numerada en la que la cifra gane en eficacia y prontitud a aquellos nombres —¿tan bellos, tan inútiles? —del Clavel, de la Paz, de la Soledad, del Espejo, de la Luna...

Con todo a La Unión le va costar lo suyo olvidar aquella otra historia del café cantante, del «partidario», de la copla y el trovo. Porque es muy difícil borrar lo que está bruñido en la sangre a fuerza de años y de dolor. Precisamente por esta vieja

y caduca historia se ha mirado siempre a La Unión como a ese pueblo singular en cuyas esquinas se encienden al mismo tiempo que la bombilla urbana las luces imprevistas de la aventura. Un pueblo éste en verdad sorprendente, increíble a veces. La Unión minera. Ciudad que para entenderla y sopesarla se queda —poetas y escritores coincidieron en ello muchas veces— al margen de los pueblos españoles.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL • LA UNION (Murcia)

«Murcia y Albacete». *Rodrigo Amador de los Ríos*. Barcelona 1889.

«La Unión, ciudad minera». *Andrés Cegarra Salcedo*. La Unión 1920.

«Algo de mi vida». *José Castillo Rodríguez*. Murcia 1923.

«El poblado minero, iberorromano, del Cabezo Agudo en La Unión». *A. Fernández de Avilés*. Madrid 1942.

«Cancionero popular de Cartagena». *Antonio Puig Campillo*. Cartagena 1953.

«Sucinta historia de la minería cartagenera desde su mismo origen». *Bernardino Rolandi*. Actos conmemorativos de la creación del Cuerpo de Ingenieros de Minas. Madrid 1954.

«Historia de Cartagena desde su fundación a la Monarquía de Alfonso XIII». *Eduardo Cañabate Navarro*. Cartagena 1955.

Folletos de trovos. *Angel Roca*. Cartagena.

«La Unión, ciudad del sudeste». *Asensio Sáez García*. La Unión 1955.

INDICE

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL
LA UNION (Murcia)

	Páginas
Razón	7
La Unión Ibera. Fenicia y Carthago. Madre Roma	15
De Gunderico a don Antonio Sáez	25
Ciudad minera	35
Una viñeta romántica: Isabel II en la sierra minera	51
Calles. Gentes	61
Cante de las minas	73
La ermita vieja. El nuevo templo	93
La muerte, nuestra amiga	105
«The Carthagena and Herrerías Steam Tramways. Company Limited»	119

	Páginas
Procesiones de Semana Santa	127
Motines	141
Festejos	155
Trovos y troveros	167
La Unión, ciudad fantasma	185
Laboreo de las minas	199
Hoy, La Unión	209
Bibliografía	215
Indice	219

Se terminó de imprimir este libro el día 30 de noviembre de 1957, festividad de San Andrés, en los talleres tipográficos de capacitación infantil de la Casa «José Antonio», Murcia

ALEMAN SAINZ, FRANCISCO. — *«Cuando llegue el verano y el sol llame a la ventana de tu cuarto»*.—Premio «Saavedra Fajardo».—Murcia, 1953, 183 páginas.

HOYOS RUIZ, ANTONIO DE.—*«Yecla de Azorín»*.—Premio «Azorín».—Murcia, 1954, 126 páginas.

BARCELO JIMENEZ, JUAN.—*«Vida y obra de Federico Balart»*. — Premio «Andrés Baquero».—Murcia, 1956, 308 páginas.

MURCIA: PUEBLOS Y PAISAJES.—Ediciones Patronato de Cultura de la Excma. Diputación Provincial.—Murcia, 1957, 11 planchas en color más 361 en negro. Texto 70 páginas.

PAREJA MUÑOZ, FELIX LUIS. — *«Elementos de Estructura Económica de la Industria Conservera Murciana»*.—Premio «Ciencias».—Murcia, 1957, 208 páginas y 9 láminas.

GARAY, LUIS.—*«Estampas murcianas». Ensayos literarios.*—Premio «Baquero Almansa», 1955. Murcia, 1957, 128 páginas, y 1 lámina en tricomía.